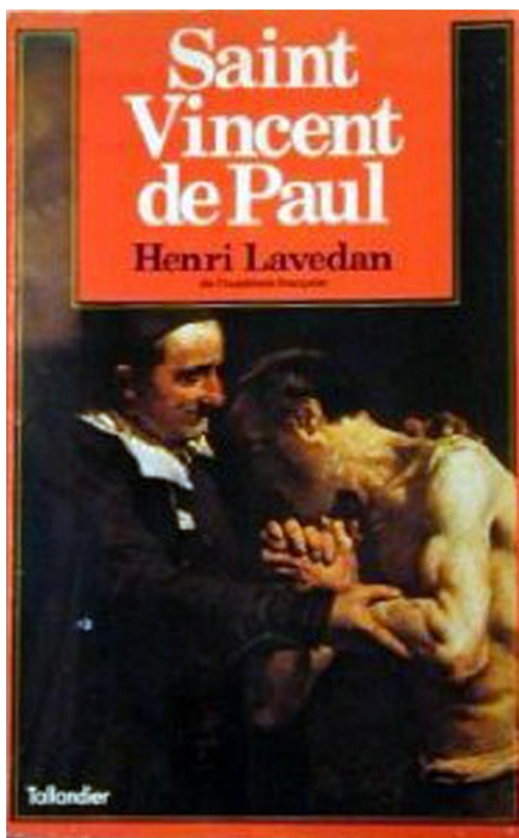


# SAN VICENTE DE PAÚL

Henri Lavedan

Trd. I. Fernández

Buenos Aires, 1859



## ADVERTENCIA DEL AUTOR

*No ignoro que la fecha del nacimiento de Vicente, fijada hasta estos últimos tiempos en 1576, ha sido puesta en duda por el P. Coste, sacerdote de la Misión, muy autorizado en la materia, según el cual el santo habría nacido en 1581; no obstante, sin rechazar categóricamente esta opinión, me atengo a la primera de estas fechas, que alega en su favor el haber sido juzgada durante tres siglos y medio como la exacta.*

*Finalmente, incurro con tanto menor escrúpulo en este error —si error va en ello— cuanto que éste nada quita al ardiente y piadoso homenaje que me propuse tributar a Vicente, lo cual para mí era lo principal.*

*Esto dicho, sólo me queda recomendar insistentemente a mis lectores ávidos de documentarse acerca de esta cuestión, las hermosas y sabias obras del R. P. Coste: Saint Vincent de Paul. Correspondance, documents, 14 vol. in 8°, Gabalda.*

## PRIMERA PARTE

---

### LAS LANDAS

Nada existe sobre la tierra que a cada hora y aun a cada segundo no sufra incesante cambio y transformación. Todo evoluciona en la naturaleza y en la historia, en el hombre y en su obra efímera, en todo lo cual vemos cumplirse como en virtud de un orden necesario, un perpetuo y regular trabajo de construcción y destrucción, de ruina y restauración en orden a un fin ignorado al par que exigido, tan difícil y lejano que parece fuera de alcance, exceptuando a aquel Ser divino en quien encontramos únicamente lo inmutable y perfecto.

Toda naturaleza, aún la más intangible, ofrece ejemplos perspicuos de las profundas modificaciones que en el decurso de las edades y a pesar de su aparente estabilidad realiza por sí misma o sufre bajo las manos de quien la reduce a servidumbre. Las regiones más aisladas y salvajes cuyos desiertos habían opuesto durante muchos años barreras infranqueables a toda empresa humana, se han visto obligadas a ceder ante la ofensiva reiterada del "mavimiento", misterioso como una ley venida de lo alto.

Dos mapas del África con un siglo escaso de distancia nos asombran. En el de ayer medio continente se extiende lúgubrememente desierto ocupado por estas solas palabras: "Hic sunt leones". En el de hoy la misma extensión desaparece bajo un aluvión de nombres nuevos y bajo el trazo de las largas carreteras construidas a través del desierto por el paso de los vehículos motorizados.

En todos los países del mundo sucede lo mismo, y en Francia igual o más que en otras partes. Especialmente en algunas de sus regiones es más visible tal variación de población, de vida y de topografía que el tiempo construye, destruye y reconstruye.

Las Landas, nuestro punto de partida, nos ofrece un ejemplo útil y adecuado de semejantes diferenciaciones históricas. Aunque esta región, poco afortunada a pesar de su especial belleza, se cuenta entre las menos evolucionadas, no se asemeja actualmente en nada a lo que fuera en las postrimerías del siglo XVI, cuando ostentaba a la par de las provincias más favorecidas cierto aspecto de "contemporáneo" en el cual si la Francia de hoy día se mirase le sería imposible reconocerse. Aspecto inquietante y tenebroso, exacerbado por continuas preocupaciones y perpetuas angustias. Días aquellos vividos bajo el azote de las guerras civiles y religiosas, mutuamente agravadas y exacerbadas. Nadie se libraba de participar en ellas. Ambas acosaban a todos y siendo una y otra la misma realidad, acechaban al ciudadano, y lo embanderaban individual o colectivamente, de grado o por fuerza. ¿Era posible permanecer neutral y no decidirse por ninguno de los dos bandos? ¡Imposible!

"¡Adelante, levanta tu mano, jura sobre la Biblia o sobre la Cruz y decídetelo inmediatamente! Estás por la Iglesia o por la Reforma? No hay término medio, o católico o protestante, pero

decídete por algo. De lo contrario sospechoso a ambos bandos, defendido por ninguno, te harás dos veces acreedor a la muerte".

Vida de ansia en el espanto y la audacia cotidianas. En el umbral de cada puerta, en el oscuro hueco de la bóveda, en el ángulo de la poterna, en lo profundo de la bodega la emboscada se agazapa invisible y segura, el crimen acecha y el asesinato merodea, Y de improviso, entre el revuelo de las capas, gritos, ayes, blasfemias y clamores. Nombres de santos y de caudillos vociferados con el de Dios entre el relámpago de las dagas; el fuego de los pistoletazos y de las espadas brota de alguna oculta grieta crepitando en el puño de gentes embozadas y después... la fuga inopinada a uña de caballo, cosidos los jinetes a la cabalgadura, dejando tras de sí los cadáveres "en cruz" del bando rival empapados en su sangre entremezclada.

Tal era en esa época de fanatismo y de odio el curso de la existencia, no solo durante las horas de la noche sino a la luz del pleno día. Los rayos del sol al alumbrar el tumultuoso cuadro parecían hacerlo más cálido y extenso. Pero las gentes concluían por habituarse a él.

Los humildes quehaceres del vulgo apenas eran interrumpidos. Pasada la avalancha, volvía el trabajador al callejón estrecho, teatro de emboscadas, para reparar los muros batidos por los estoques, el vitral desmenuzado del cual pendían las guarniciones de plomo, o la muestra que se balanceaba maltrecha en el dintel de la tienda.

—Sin duda, pensará alguno, tal era la suerte fatal de las ciudades, de los lugares donde pululan las grandes muchedumbres, donde forzosamente por inevitable contacto estallan al menor choque las pasiones siempre dispuestas a lo trágico, al tener como cómplices la concupiscencia del crimen y la sed del incendio. Pero... en la campaña, al menos en ciertos rincones donde la casi completa ausencia de habitantes hacía imposible todo conflicto, afirmar tal no sería un absurdo? ¿No reinarían allí la paz y el bienestar?

—Tampoco. ¿Por qué? Porque allí imperaba la mayor miseria, sin esperanza de recibir auxilio en toda la vastedad del horizonte, sin que nadie se acercara a remediarla trayendo víveres o limosnas, inexorablemente circundada de soledad postradora que alargando la duración de los días doblaba y agravaba el sufrimiento de las víctimas.

Tratemos de imaginarnos aquella región de las Landas como era hace cerca de cuatrocientos años antes que varios siglos de construcciones, de cultivos, de plantaciones, de cultura civilizadora, de mejoras de diversa índole, la transformaran en su casi totalidad. Afligía y descorazonaba el aspecto de su extensión desértica donde sólo a trechos brotaba una hierba corta y pálida. Enseguida las estepas donde el agua, cuando no se estancaba en pequeñas marismas formaba vastas lagunas de tristeza infinita que bajo los cambiantes de la luz o la bruma cenicienta inundaban el alma de melancolía.

Sin embargo tal desolación no era general en toda la extensión del infausto país y afectaba principalmente las inmensidades pantanosas que se extienden desde Capbretón hasta los alrededores de Born y desde las dunas de la costa hasta los límites del reino de Albret hasta el Adour ; pero hacia la costa, en la zona rodeada, diríase protegida por el río, se extendía a la izquierda de su corriente una región que guardando un carácter de melancólica gravedad y sin ser extraordinariamente rica, ofrecía en aquella época lejana un aspecto bastante amable y tales recursos que aunque modestos hacían allí la vida menos precaria. Al suelo inculto y llano sucedíase un terreno ligeramente accidentado, compacto y en comparación casi rico, salpicado de ralos plantíos, preludio del bosque, a través de los cuales se divisaban claras lontananzas ornadas de pequeñas espesuras rumorosas. También allí reina la soledad

inevitable e indestructible pero tan distinta de aquella otra, la de las marismas muertas e inanimadas... Porque existen, aunque parezca contradictorio, "soledades animadas" que gracias a la presencia y a la particularidad de los seres que turban su quietud se vuelven más acabadas, más bellas y hasta diríanse dichosas...

Cuando el agua viviente alberga en su corriente regocijada cambiantes azules y bullir de peces, cuando un ave furtiva se posa y trina en la rama del árbol, cuando la bestia huraña, jabalí o raposa, deslumbrada un instante desgarrar de súbito el matorral espeso, el rincón más oculto en el confín del universo y más sumido en la soledad posee un alma que se revela y lo transfigura.

En tales sitios el hombre adulto es raro como si temiera romper su secreto. Sólo se ven niños que lejos de ocultarse discurren libres, audaces y cándidos: los pastores.

## UN PASTOR DE TANTOS

Tiene apenas siete años. Aunque robusto, es algo curvado de espaldas y de pesado andar. En la redondez de su cabeza fuerte y rudamente modelada se incrusta, tallada como a buril para los bustos de la historia, una nariz deprimida bajo dos pupilas negras que centellean en las órbitas a la sombra de una frente prominente, roca de paciencia y de voluntad. Se cubre con una gorra oscura, del color de los tejados, encasquetada hasta las orejas, que posee privilegiadamente —como los destinados a una larga ancianidad— de amplios pabellones, hechas para escuchar confidencialmente muchas cosas y para guardar con sigilo las palabras confiadas.

Cubre sus piernas a modo de polainas con el "trabuch" de usanza inmemorial. Pende de sus espaldas una capa de lana a rayas de colores vivos y el zurrón de lienzo donde ha puesto sin prisa y en confusión pintoresca una flauta, un cuchillo, tres monedas de cobre, y la pequeña cruz de madera que tallara mientras silbaba una melodía... junto con el queso y la galleta que serán su almuerzo del mediodía, pues es de mañana, una mañana de primavera fresca y deliciosa adornada de neblina blanca que poco a poco se disipa dejando al descubierto el modesto rebaño, los abundantes copos de lana de los carneros y un perro ovejero de larga y pendiente lengua.

A manera de cayado empuña una vara terminada en horqueta en la cual se apoya andando a pasos cortos. Los carneros son de marchar lento y hay que darles tiempo de mordisquear a su placer las hierbas y el musgo empapado en rocío.

Al ver al muchacho avanzando, deteniéndose, volviendo a marchar, diríase que erra al azar según su capricho o el de las bestias. Parece ir tras ellas y sin embargo las guía. Y es que suavemente, con el ademán y la voz, con el roce del bastón y con el pensamiento que ellas adivinan, las dirige según su voluntad. Instintiva y decididamente sabe a dónde va, adonde las lleva, lo más conveniente para sus ovejas y las ama y vive para ellas. Tiene presente que le han sido confiadas y que es su obligación restituirlas al redil exentas de daño. Así transcurre el tiempo hasta la hora del mediodía, reconocida por la posición del sol; entonces se sienta sobre la tierra y come con apetito su pan y su queso. Entre bocado y bocado obsequia algún trozo a su perro, sentado también él como un ser humano mientras en las inmediaciones los carneros, para quienes la vida es pacer, prosiguen con el extremo de sus hocicos segando el suelo eterno.

Después el niño, el perro y el minúsculo rebaño vuelven a partir a igual paso, prudente y lentamente hasta terminar el recorrido cotidiano. Este itinerario no es idéntico todos los días. Ayer por el bosque, hoy por el llano, mañana por la ribera. Pero sea cual sea, a la hora en que la noche se eleva de la tierra hacia el cielo descolorido, el pequeño grupo entonces más compacto, se reúne en el punto habitual desde el cual vuelve a la casa paterna.

## LA CASA

Es tan humilde, oculta y agazapada que sólo se la distingue desde muy cerca. Muy baja y extendida, sin altos, está construida a base de paja y barro, con tabiques de madera. Entre dos pequeñas ventanas guarnecidas de postigos, una puerta sólida y rústica da acceso al vasto local con piso de tierra endurecida que sirviendo a la vez de cocina, sala y dormitorio, constituye todo el alojamiento de la familia.

Frente a la entrada entreabre su boca de horno, ennegrecida por el fuego de tantos inviernos, la chimenea coronada por penachos de hollín. En el medio, la mesa maciza y larga, ocupada por un plato y un fuentón, reúne en torno suyo dos bancos y varios taburetes. Las herramientas penden de las paredes y sobre repisas descansan los utensilios domésticos. Por fin arrinconados en los ángulos y en discreto alejamiento, los lechos extienden su silueta augusta y reposante.

La tela de sus doseles ondea al menor soplo como el vuelo de un manto. Y eso es todo.

Pero no. ¿Qué es ese rumor que se escucha tras la cocina a través del tabique? ¿Vive alguien allí? Sí; son seres amigos, valiosos, necesarios. Es el establo que comunica con la habitación principal por medio de postigos corredizos situados a la altura de un hombre para poder vigilarlo y además porque entre los campesinos de carácter humano y bondadoso los animales forman parte de la familia por tradición perpetua.

No sería justo, estando ellos tan cerca y siendo propensos a resentirse, darles el disgusto de tenerlos aislados y como en penitencia. Por eso después de oscurecer, desde fines de otoño y durante el invierno cuando todos rodean el lugar donde se columpia y ensortija la llama y en verano cuando puertas y ventanas permanecen abiertas hasta el alba como extáticas ante el cielo tachonado de estrellas, mientras la madre golondrina duerme en su nido primaveral cobijando a sus pequeñuelos... entonces los postigos de separación se deslizan sobre las ranuras, el buey asoma su cabeza, mugiendo, no estrepitosamente como en el campo, sino sólo para dar las gracias y los carneros de escasa altura pero deseosos también ellos de ver, se enderezan sobre sus patas traseras para apoyar sobre el borde, al menos un instante, su mandíbula siempre rumiante como entre sueños...

Pero las dulzuras de tal intimidad y comunicación se gustan más en invierno que en verano.

En la bella estación los rebaños no pasan de ordinario la noche en el redil y quedan fuera hasta la mañana siguiente, mientras que en la estación rigurosa las prontas tinieblas y los días breves con sus noches interminables reservan a la vida vespéral del campesino los más sólidos encantos siempre dispuestos a grabarse en los espíritus sencillos. También ellos debieron impresionar al extraordinario niño cuya historia intentamos reanimar piadosamente hasta en sus más sencillos pormenores.

## SU FAMILIA

Al regresar del pastoreo no encontraba un hogar frío y triste. Su dulce claridad se insinuaba en el alma del niño aun estando ausente. Se sabía esperado en su lugar habitual siempre reservado aunque se retrasara.

Conservaba viviente en su corazón infantil las imágenes de los seres queridos que constituían para él toda la humanidad: su padre, su madre, sus tres hermanos y sus dos hermanas. Por eso apresuraba el paso conforme se acercaba a la intimidad alentadora del hogar y divisaba su lejana humareda. Al llegar, las bestias se encaminan por sí mismos al abrigo en procura del sueño reconfortante.

Vuelve a contemplar los mismos rostros que desde la mañana han cambiado tan poco como las cosas. Se sienta a la mesa. Durante la cena se habla poco.

Cada cual narra según su edad y ocupación los menores acontecimientos del día. El a su vez cuenta los suyos: la espina extraída de la pata de su perro, la garza que pasó tan alto que ni el pico se distinguía... Lo escuchan con atención: esos hechos tienen su importancia. Después sí no hay motivo especial para velar no permanecen inertes perdiendo el tiempo. A una señal del padre que preside comienza de rodillas la oración en común. Los animales que escuchan el murmullo y que tal vez oscuramente perciben su sublimidad, retroceden bajando la cabeza. Después de la señal de la cruz los postigos corredizos se cierran como el ventanillo de un claustro; la pequeña lámpara suspendida en la pared, de antigua forma y llama oscilante con evocación de catacumbas, siente su luz apagada de un solo sople, y cada cual se tiende, según su sitio, en la oquedad de los viejos lechos o en el colchón extendido en el suelo sobre la hojarasca de maíz.

¡Cuán bello es el sueño en común de esta familia! Sueño profundo de fatiga y de paz, puro y tranquilo, ininterrumpido como el de los niños y durante el cual mientras el cuerpo reposa se recogen los pensamientos. Sueño en que el alma continúa pidiendo y dando gracias mientras las plegarias musitadas cuando el espíritu y los ojos todavía vigilaban caminan silenciosas a su destino.

No eran los Depaul gente basta y nada tenían de grosero o brutal. Dios los había librado de la miseria y de sus males. Poseían el mayor de los bienes : un retazo de tierra. Eran modestos campesinos pero más amantes de la altivez y de la honra que un habitante de la ciudad, ricos en su pobreza con la fortuna sabia del que no ambiciona ni envidia, aparentemente desdichados pero realmente dichosos con la felicidad de quien se contenta con poco y todo lo agradece.

Nobles, en fin, pero en la más alta acepción del vocablo y del objeto, de las ideas y de los sentimientos con la prueba auténtica de ambo apellidos paterno y materno, él Juan *de* Paul, ella Bertrade *de* Moras, nombres que hubieran reclamado con justicia sus pergaminos y ejecutorias. ¿Pero cómo hubiera sido posible a gente tan pobre enorgullecerse de su nobleza? Tan lejos de ellos estaban que para disipar toda duda y no aparecer estimándose por sobre su condición, el jefe de la familia no quiso hacerse llamar más que "Señor Vicente". Estas dos palabras despojadas así de todo título le bastaban para mantener su rango de simple' labrador. *Señor Vicente...*

Tal era el nombre que pensaba legar a sus hijos: oscuro, desconocido pero sin tacha, que el tercero de ellos, su preferido, habría de coronar de gloria en los cuatro ángulos del mundo, y con el honor de los altares en la eternidad.

En espera del futuro custodiaba el rebaño paterno. Genoveva, Juana de Arco, Vicente... Tríptico pastoril íntimo y sublime que extiende su influjo más allá de las tres tablas que lo componen sin limitarlo. Semejanza misteriosa, enseñanza y prueba que esclarece la mente y la sumerge en el ensueño...

¿No es conmovedor y sobremanera instructivo considerar que las más sublimes vocaciones han tenido su principio en ocupaciones tan vulgares que apenas emergen de lo común? ¿Cómo no percibir en ello intencionalmente oculta la necesidad, el honor de la elección divina e invisible. Cuánto echaríamos de menos en esos tres salvadores si no hubiesen sido pastores! ¿No nos parecerían faltos de poesía —lo cual no disminuiría su mérito— pero lo que es más grave por debajo de sus actuales grandezas? Su exaltación a la apoteosis, ¿sería concebible sin semejante punto de partida? ¿Hubiera sido posible sin él? Preguntas precipitadas y apasionantes surgen ante los pasos de estos tres adolescentes en su marcha pastoril por los bosques de Lutecia, de Lorena o por los campos arenosos de Las Landas en seguimiento de idéntica ruta. ¿Será tal vez en virtud de un contraste efectivo y patente que la custodia de los hombres, de las almas, de la patria, haya de aprenderse entre ovejas? Lo cierto es que siempre será significativo el que estos tres modelos de energía, de actividad física y moral ininterrumpida, de heroísmo entusiasta, hayan tenido su preparación en semejante escuela de lentitud, de silencio y de inacción. Tal vez la tranquilidad pacífica y casi deprimente de los prados los templó para el tumulto de sus existencias, para los 'Choques de sus combates futuros y la sujeción a innumerables pruebas. Sea como fuere, el hecho persiste soberano, ante el cual sólo resta doblegarse o mejor arrodillarse.

Después de tales reflexiones lo que parecía ofrecer aspectos contradictorios se desvanece. Lo asombroso se disipa para transformarse en luminoso.

Probablemente hacia el 6.º año de su vida comenzó Vicente a guardar el rebaño y continuó haciéndolo hasta los doce. Seis años en compañía de sus ovejas, de la mañana a la noche, viviendo a la intemperie y lejos de los hombres. Alejarse de los hombres es acercarse a Dios, se pensará. Inmejorable educación para tan cortos años. ¿Pero cómo a tal edad obtendría provecho de la majestuosa y benéfica compañía? Difícil suponerlo. Tal vez aún el niño lo ignora. Sólo Dios sabe que está muy cerca de aquel hombre del mañana y en camino hacia Él.

Examinémoslo sin embargo y observémoslo vivir en ésta época de su vida carente de historia.

¿Qué ve? Siempre los mismos paisajes limitados o prolongados por los mismos horizontes en variación eterna según el colorido de los meses, los cambiantes de la luz o el capricho del viento en los matorrales de las parcelas vecinas, en el árbol, en la nube.

¿Qué oye? El canto entrecortado del ave, el quebrarse de la rama, el rodar de la piedra, el balar de sus ovejas, el reteñir de cencerros en los cuellos oscilantes de las mismas, el extraño vibrar de su propia voz dirigida al rebaño y el pisotear de menudas patas en la arena... Y dominando el conjunto, el rumor arrollador e imponente del silencio donde vibran los ecos del mar que en los lejanos confines de la llanura bate sus olas contra el Golfo de Gascuña. Allí no resuenan otros rumores. Ni siquiera el ladrido de su perro. ¿A qué ladrar en

tamaño soledad? ¿A los lobos? Los hay en verdad, pero en lo profundo del bosque de donde no salen más que en las noches invernales cuando los fríos rigurosos los agujian y arrojan de sus escondrijos.

¿En qué pensaría Vicente en el curso de las horas monótonas en el correr de las cuales sólo se le ofrecía la ocupación de pensar? La respuesta es fácil. A través de las ondas de luz y de sonido que herían suavemente sus ojos y oídos, consideraba ante todo sus humildes deberes cotidianos, campestres y domésticos. Pensaba en el pesebre del establo, en el heno de las yacijas, en la hierba, la leña y el agua fresca ... insistiendo mentalmente para no olvidar ningún detalle. Después arreaba el recuerdo de sus hermanos y hermanas reunidos en torno a los padres venerados a cuyos pies se ponía con ternura, desde la ausencia lejana, atento a lo que habían conversado la víspera y los días anteriores.

Por la noche, especialmente en la estación invernal, la conversación familiar reunía a todos en torno a la lumbre crepitante de los piñones. Siempre el mismo inagotable tema: la inmensa desolación del reino de Francia, presa de la guerra civil y religiosa. Remontando el curso de los años anteriores a la falsa paz de Basilea evocaban desde el fondo de sus espíritus acontecimientos dolorosos e inolvidables, volviendo a trazar incansablemente la dolorosa historia: católicos y protestantes despedazando la Iglesia, desgarrándola, obligándola a seguir sus inspiraciones; los primeros para conservarla intacta y defenderla, los segundos para reformarla y rejuvenecerla, sin otro recurso para lograr su intento que la violencia y el crimen. Con ellos se mancharon y degradaron en especial los Hugonotes. ¡Cuántas provincias mostraban al desnudo las heridas por ellos abiertas! Pero entre todas el Béarn y la región de Gasuña habitada por los Depaul había soportado el furor de sus estragos. Evocaban, santiguándose de espanto, al Señor de Montgomery, hombre nefasto y diabólico, tal cual lo vieran pasar entre el estrépito de sus bandas, a caballo, armado de pies a cabeza, cubierto de negro casco tudesco cuyo penacho de plumas negras y rojas le azotaba la espalda hasta la silla. Así debió mostrarse en otros tiempos el día en que con lanzada furiosa y colérica —o tal vez traidora— hirió en la cabeza a su rey.

"En esos endemoniados tiempos, declara el padre volviéndose a Vicente, nos viniste al mundo por el año 76. El 24 de abril", completa la madre.

A continuación hablaban de la Liga Santa, de su Jefe el señor de Guisa y de aquel otro jefe protestante Enrique de Navarra, famoso después de la paz de Bergerac y de Fleix. Simpático y popular en aquel país del mediodía por ser originario de allí cerca, se conciliaba los corazones a pesar de su religión. Su casamiento con la reina Margarita había sido grato. En fin, se buscaba excusarle y simpatizar con él. Sin duda era necesario que estuviese dotado de dones singulares y de una atracción irresistible para ser tan popular después de las atrocidades cometidas por sus partidarios.

Estos formaban en la región el bando más considerable y fuerte. Desde Orthez, lugar escogido por centro de operaciones, dominaban y atemorizaban en un extenso ámbito. Sus depredaciones exacerbadas por el choque de las represalias sembraban el temor por doquier. Granjas incendiadas, ganado robado o degollado, violaciones de domicilios, saqueo de conventos, chozas y capillas entregadas por igual a las llamas o la piqueta, la abadía de Sorde destruida hasta los cimientos. Nuevos suplicios renovaban la era de los mártires. Se les mutilaba o vaciaba los ojos. Las pilas de agua bendita estaban secas o humedecidas de un líquido oscuro y sanguinolento que enrojecía los dedos y la frente. Las fuentes bautismales eran desmenuzadas por los impíos a golpes de maza o arrancadas de sus pedestales y



convertidas en comedero de las pjaras.<sup>21</sup> Intranquilidad y sobresalto durante la semana, batalla los domingos. Todos acudían armados a los oficios o al sermón, los unos con la Biblia pendiente del pomo de la espada, los otros empuñando el rosario y el puñal. Las vísperas solemnes acababan casi siempre en escándalo. A las miradas de los escasos fieles que indignados y temblorosos se arriesgaban a misa, las iglesias ofrecían estatuas decapitadas bajo pórticos oscilantes, santos convertidos en San Dionisios diferenciados de su "Jefe" por las extremidades convertidas en muñones. Las pétreas manos orantes arrojadas entre la hierba eran recogidas de noche por las mujeres que afrontando el temor las guardaban en sus casas como reliquias. Entre los santuarios más azotados se contaba especialmente uno del mismo territorio de Pouy impotente para evitar el furor del sacrilegio. Era el más modesto y pobre pero el más venerado desde antiguo: la capilla de N. Señora de Buglose, lugar de innumerables peregrinaciones para los habitantes de Las Landas y los Pirineos. De él solo quedaban ruinas informes. Los protestantes lo habían incendiado y la estatua milagrosa había desaparecido, según unos presa de las llamas, según otros robada y escondida. Tal destrucción e incertidumbre acerca de la santa imagen había enfervorizado más aún la fe de los habitantes en su protectora.

Y así, en la incesante y letánica evocación de viejas calamidades, que sin „vislumbre del final, azotaban y sacudían a los hombre como espigas en la era... y en la exhortación serena a la paz y confianza en Dios... transcurrían las tardes y las vigiliass en el tranquilo solar de los Depaul. Estas narraciones hogareñas casi siempre repetidas en los mismos términos, a las misma' horas, eran escuchadas por Vicente como por vez primera; entre sus imágenes se adormecía, de ellas se nutrían sus sueños, ante ellas despertaba, con ellas recorría eriales y bosques donde persistían obsesionándolo. Así pasaron seis años de solícita vida pastoril entre un grupo de ovejas, seis años de profundo silencio y soledad perfecta, implacable en su monotonía.

¿Quién podrá sospechar el contenido de planes fantásticos, de pensamientos lúgubres, pesimistas, de recogimiento, de meditación, capaz de encerrarse en ese período, aun en el caso de un niño cuyos proyectos, deseos, pasiones apenas nacidas pugnan por manifestarse al exterior? Mundo y abismo, sima o cúspide que igualmente producen el vértigo. Tal género de existencia abate y embota a no ser que liberándose en alas del espíritu todo el ser se eleve a lo excelso. Entonces de un pastor puede nacer un artista, un músico, un poeta, un soldado, un sabio, un genio o lo que es más un santo.

## TREINTA SUELDOS

Aquellos seis años de pastorea prepararon en Vicente al santo. Durante ellos, en el vasto claustro de la naturaleza, bajo el cielo sin límites, vivió en espiritual retiro. Sus ovejas se transformaban en hombres y para tener la ilusión de dirigir mayor número las multiplicaba mentalmente. La misma soledad suscitaba en él la idea y el ansia de muchedumbres. En el silencio percibía mejor la voz que lo llamaba desde las cuatro lontananzas. La llanura extendía ante él estepas desconocidas, espacios soñados que parecían esperarle. El viento marino portador de los mandatos del océano le susurraba al oído: "¡Embárcate!". Ante tales órdenes se sentía lleno de anhelos, de empresas misionales, inciertas todavía pero inmensas y múltiples. Entonces ante el arduo futuro los pinos oscilantes le prometían su suave flexibilidad y su savia vigorosa y las encinas su longeva fortaleza. El presente lo animaba, el porvenir confiaba en él. De aquel trabajo interior, de aquel brasero de sentimientos nada se

trasluce. Ni interior ni exteriormente hay resplandores extraordinarios, ardores místicos, fenómenos sobrenaturales. La obra se efectuaba en el orden de la más absoluta simplicidad, a ocultas del niño que conservaba las gracias, la sonrisa, y la paz cándida de su edad.

Sin perder el sueño ni el apetito mostraba la quietud y el espíritu sereno de los que son llamados y elegidos.

Por otra parte el espectáculo de los tiempos que le tocaba vivir en lugar de endurecerlo como hubiera sido natural y de apartarlo de la benevolencia aun imposible o injusta, había por el contrario ablandado su corazón. Las maldades que le rodeaban y ofendían le habían enseñado la bondad. Lo enemigo le dictaba el perdón. Al hambre y a la sed de la miseria oponía el don del pan y el agua de la caridad. A quienes no tenían con qué cubrirse daba sus ropas. Entre todas las virtudes que germinaban en él antes de crecer y formar un ramillete perfecto, campeaba la caridad, destinada a ser la norma directriz y la clave de su vida entera. Por ella estrenó sus armas haciéndola en primer término florecer y fructificar.

Cuando su padre lo enviaba por la harina del pan doméstico, sucedía con frecuencia que no traía la cantidad requerida. ¿La habría perdido o derramado por el camino? ¿El nada menos? ¡De ningún modo! Es que habiendo encontrado a su vuelta un anciano, una pobre mujer, un mendigo o un imposibilitado, les había dado espontáneamente algunas porciones. Y si después de esto no quedaba mucho, es que como sucede en los santos que Dios ha dotado generosamente, el nuestro no era de manos mezquinas o avaras. ¿Cómo arrostraba el padre lo sucedido? Admirablemente, asegura Abelly su biógrafo, cuyas palabras son fidedignas. "De lo cual su padre que era hombre de bien —son sus palabras— no mostraba el menor enojo". Lo que en buen lenguaje cristiano significa que tal conducta lo entusiasmaba.

Otro hecho: El inocente niño a fuerza de trabajo y privaciones y ahorrando *sus* monedas había logrado formarse un pequeño tesoro... capaz de desaparecer en la huella de uno de sus carneros, pero que él en su candor juzgaba enorme... ¡Treinta sueldos! Treinta sueldos que llevaba siempre consigo y que al vaciarlos del pequeño saco de tela contaba de tiempo en tiempo con orgullo y regocijo preguntándose: "¿Qué haré con ellos?". Pues bien, un pobre cualquiera tiene la suerte de pasar por allí. Vicente lo ve, se conmueve y le entrega los treinta sueldos sin quitar uno solo. "Tómalo todo". Después llamando a su perro que gruñe, se aleja pobre a su vez pero enriquecido con la limosna. ¡Treinta sueldos! La cifra de los treinta dineros, pero dineros sagrados que producirán en el curso de los tiempos el torrente inagotable de millones necesarios a todo un pueblo de niños, de mujeres, de ancianos, de enfermos, de prisioneros, segunda humanidad, la de la miseria y el socorro. Los treinta sueldos del pastorcito: he aquí el punto de partida, el primer fondo social, el primer depósito.

Una pintura del siglo XVIII conservada en París, hoy en el locutorio de los Lazaristas y hasta hace poco en la Capilla de las Hijas de la Caridad, celebra la escena en que Vicente, dando todo lo que posee, comienza a darse a sí mismo. El incógnito pintor manifiesta exceso de fantasía. A fin de honrar mejor a su modelo lo situó sobre el fondo de un paisaje ideal adornado de montañas a cuyos pies el pastor de la llanura jamás condujo su rebaño. Sin embargo tal como es y a pesar de sus defectos preferimos esta tela a muchas otras. Admirado e invocado en ella desde más de cien años por religiosos y santas religiosas que jamás han discutido su valor, ha adquirido ante sus miradas y plegarias tan potente realidad que hoy no nos atreveríamos a hacer el mínimo retoque. Sí, más vale que así haya sucedido.

Ha sido pintado al natural. Hay semejanza, es verídico. Es el primer cuadro enmarcado y suspendido en la galería maravillosa.

\* \* \*

Quien se imagine a Vicente extasiado en celestes visiones o sumergido en la oración perfecta, de seguro se equivoca. Oraba sin duda, preferentemente entre las ruinas de Buglose, donde gustaba arrodillarse y sentarse sobre las piedras abatidas, convertidas por el tiempo en tumbas. Una vieja encina de las inmediaciones, existente hace cincuenta años, había sido adoptada y aderezada por él para servirle de oratorio. En el vasto tronco excavado y ahuecado por el Dios de los anacoretas levantó un pequeño altar.

Allí acudía a recogerse, a defenderse del mistral, del sol y de la lluvia. Pero orientaba hacia fines prácticos sus pensamientos, sus oraciones, sus lentas idas y venidas, sus trabajos sin importancia, y de escaso brillo, más parecidos al ocio o a la indolencia. Las ruinas de N. Señora de Buglose sólo le retenían por el sentimiento que le inspiraba el no poder reconstruirlas. Sus ensueños eran de acción... y de buenas acciones. ¿Entregarse a la vida activa en qué y de qué modo? Él no se precipitaba. Dios cuando fuera servido tendría a bien comunicárselo.

\* \* \*

Los horrores de tiempos lejanos y próximos no eran los únicos que en las crónicas del hogar constituían el tema habitual de las conversaciones paternas, comenzando por el degüello de San Bartolomé; la vida cotidiana ofrecía más atrocidades que posibles comentarios sobre las mismas.

La existencia siempre inquieta de aquellos tiempos, parecería ofrecer en la campaña, lejos de los centros de discordia un curso más llevadero. ¡Sin embargo cuán terribles acontecimientos ofrecía! ¡Cuántas tempestades, terribles en sí o en sus consecuencias se habían desencadenado sobre el reino! La guerra religiosa se encendía al día siguiente de paces juradas y firmadas para extinguirla. En 1656 la peste causa sólo en París treinta mil víctimas. Las tres cuartas partes de Francia incultas y saqueadas, abandonadas por el campesino, trabajadas por la batalla y fertilizada por los cadáveres. Lobos y cuervos pululan en los campos. El país tratado como botín de guerra. Villas y ciudades tomadas a hierro, fuego y hambre. La victoria oscilante corona inopinadamente los dos partidos: a Enrique de Navarra en Coutras y al duque de Guisa en Virnory y Auneau. El duque, entonces, cuya fortuna atrae las miradas y las voluntades, en el paroxismo de la gloria, acaricia el proyecto de destronar al rey y subleva al pueblo en los días de las Barricadas. Después el rey toma asututamente el desquite en los Estados Generales haciendo asesinar en su castillo de Blois, sobre las gradas de su lecho al Jefe de la Liga, al señor de Guisa. "*¡No se atreverían!*". Su hermano acude a los clamores: Un cardenal con la cruz de oro, símbolo de su dignidad suspendida sobre el pecho. "*¡Aun así se atreverán!*". "*¡Blandid los puñales y mueran ambos!*".

La tragedia acabará antes de un año, cuando el puñal de un monje funesto se hunde hasta la empuñadura en el vientre del gran favorito destinado a reinar.

\* \* \*

Nadie ignora la rapidez prodigiosa con que se propagan en los países más apartados y privados de comunicaciones las cosas de interés público, aun las más ocultas. Las noticias devoran las distancias a pesar de los obstáculos, traídas por las aves, en alas del viento o atadas a una flecha invisible disparada por el arquero de las nubes. Caen como del cielo: sobre la tierra los caminantes, el viajero, el mercader, el nómada, el peregrino las diseminan en su itinerario por todos los caminos.

En casa de los Depaul se sabían sin duda, al mes de sucedidos, los principales acontecimientos. Vicente estaba enterado de ellos no sólo por su padre y por Su madre sino también por lo que oía.

Además de informarse por las narraciones escuchadas ávidamente, había visto pasar más de una vez aquella multitud de vagabundos contoneándose espadachinescamente, mitad soldados, mitad bandidos, que vendían al Temple o a la Iglesia sus ballestas y sus espadas. Había visto los grupos de rateros vestidos de andrajos multicolores llevando a la cintura racimos de gallinas. Después de Coutras había visto los fugitivos de Joyeuse fraternizar con los voluntarios del Bearnés repartiéndose el botín y huyendo hacia España. Había visto surgir de improviso en el verano las tropas de ribaldos semidesnudos, producto y gangrena de los ejércitos, en caravanas de mulas laceradas hasta el azul del pellejo, provenientes de las montañas o regresando a ellas. Más de una vez lo habían sorprendido para interrogarlo, en el recodo de algún camino, los espías del bosque con apariencia de extraviados, gigantes tudescos de anchas espaldas y enmarañada barba rojiza u hombres de baja estatura, enjutos, de piel cobriza y negra cabellera, tan ininteligibles los unos como los otros, cuya única ocupación consistía en recorrer el país profiriendo bárbaras amenazas.

Vicente aprovechaba sus correrías por el campo para coleccionar monedas herrumbradas y espuelas retorcidas, viendo a más de un peregrino acurrucado al borde de los aguazales contemplándose la planta de los pies en carne viva deshollada por los guijarros y los había ayudado a curarse y a proseguir su camino.

Sus ojos habían visto flotar a la deriva en el Adour cunas vacías; y por las inmediaciones animales domésticos, perros y gatos vueltos salvajes, caballos muertos al paso de las tropas y hasta cadáveres despojados teniendo por único sudario su mortaja de insectos. También habían desfilado ante su vista religiosos recorriendo sin temor los barrancos, los llanos y los bosques, desde el amanecer hasta entrada la noche, linterna en mano, para recoger los heridos, suministrar pan, vino y carne a los hambrientos, llegando hasta la choza y el hospicio para asistir a los enfermos y tender a los agonizantes en su último viaje un puente de misericordia. Había visto acudir presurosos en ayuda de los humildes a los notables de Dax, a los monjes de Orthez, a labriegos como su padre, mujeres, jóvenes y ancianos de toda condición y niños pastores fuertes y ágiles como él. Muchas veces se encontró en las rogativas ordenadas para que cesase la guerra en todo el reino.

Por entonces su espíritu estaba ya maduro por la experiencia, beneficio de las desgracias en los tiempos de calamidad. Grave y animoso hablaba poco como sucede en los que a fuerza

de vivir en la soledad piensan más profundo. A sus doce años había adquirido tal desarrollo que lo hubieran juzgado un adolescente.

## PROYECTOS PATERNALES

Era el momento en que su padre, de haber pensado que Vicente sería más útil en otras ocupaciones, lo hubiera empleado junto a sí en la labranza, en el molino o en la casa, en trabajos de mayor esfuerzo y actividad. Pero el jefe de la familia, siempre atento y sagaz, había comprendido desde mucho antes que el presente y el porvenir de su hijo no se encontraban allí. ¿Había concebido el deseo y aun la ambición de que su preferido, cuyas precoces dotes intelectuales y morales le habían sorprendido, fuese un día capaz de honrar su apellido? ¿Ambición noble o justificado y secreto impulso? En resumen, su decisión fue siempre ofrecer y consagrar a Vicente al servicio de la Iglesia, tal vez en cumplimiento de algún voto hecho en tiempos tan calamitosos para la Iglesia, y entregándole lo más caro que poseía, este buen padre y buen católico obedecía a un doble deber. Un pensamiento interesado, irreprochable a su solicitud, —no tememos decirlo— entraba igualmente en ese designio : asegurar a su hijo y a su familia, una vida menos precaria. Uno de sus vecinos y amigos, de condición igual a la suya, ¿no había llegado a ser prior, lo cual le había permitido aportar a sus padres, gracias a la renta de su beneficio, una ayuda inesperada? El mismo caso podía repetirse en Vicente. "En lo cual se equivocaba gravemente". Así lo afirman sin más indagaciones y con escasa perspicacia todos sus biógrafos. ¿Pero quién sería capaz de quitar a un pobre labrador el ensueño de ver a su hijo excepcionalmente dotado, en el desempeño de una brillante función aun superior al priorato, a la cual podría aspirar según sus méritos en la Iglesia o en el Estado? Para procurar a los jóvenes la educación necesaria no existía más molestia que la elección. Un gran número de universidades y establecimientos especiales cumplía satisfactoriamente este cometido. Pese a las calamidades de la época no faltaban conventos preservados de la borrasca o rehabilitados después de ella, provistos de maestros distinguidos, los más apropiados para la educación superior de los jóvenes cuando habían recibido la de la escuela parroquial. El colegio de los Jesuitas era en la región el de las clases elevadas. Las más modestas y de menores recursos acudían a los Mínimos o a los Menores. Entre estos últimos resolvió Depaul educar a su hijo.

Podríamos mencionar en pocas palabras la entrada en el convento de Das. Pero detengámonos un instante ya que señala en la vida de Vicente una fecha importante. Momento impregnado de emociones, de suprema delicadeza que no consentimos pasar por alto. Imposible no interesarse por el extraordinario y simpático niño en el instante en que su padre le anunció la gran nueva, penetrando en sus emociones de aquellos momentos. ¿La esperaba? ¿Lo había deseado? Poco importa. Fue para él, aun cuando lo esperase, una anunciación de acuerdo a sus deseos y a los del Altísimo.

## EL ADIOS A LA LLANURA

Sin atribuirle una sensibilidad muelle, enfermiza o casi profana como suele ser la nuestra, las diversas impresiones e imaginaciones que se apoderaron de él fueron más bien melancólicas, independientemente de su alegría.

El hombre y el niño se parecen siempre aun a siglos de distancia. Los sentimientos que hoy día experimenta el pequeño campesino cuando abandona su familia, su techo rústico y los campos en que naciera, para ir a la ciudad y entrar en el colegio o en el Seminario o dedicarse a algún oficio, poco difieren de los que pudiera sentir en semejantes circunstancias un pastorcillo de Gasuña bajo el reinado de Enrique III. Los mismos pensamientos les son comunes y naturales. Sus reacciones son idénticas.

Imaginémonos a Vicente, después de recibir la noticia sumido en una meditación dolorosa y dulce que lo acompaña por doquier. Cesa de ser pastor, renuncia a la tierra, sus ovejas le dejan de pertenecer. Sin embargo las ama y las añora como si ya no estuvieran ante sus ojos, aunque allí están a pocos pasos paciendo como lo hacen habitualmente. Acompañado de ellas recorre los páramos y matorrales, el bosque y el oratorio de la encina, los rincones antes visitados por donde otro las conducirá. El perro, más cariñoso o más mohino, presiente el suceso y marcha oblicuamente con la cabeza baja. El número de días disminuye en tanto. Sólo faltan dos. Por fin llega el último: mañana es la partida. Aquella tarde permanece fuera hasta las últimas claridades del crepúsculo. Al despuntar la primera estrella se levanta y vuelve a casa. Pero antes, todavía en la soledad, da desde la oscuridad piadosa un adiós calmo y sencillo a las bestias indiferentes. No son numerosas: siete u ocho. Las acaricia; hunde sus manos, como el niño Jesús cuando jugaba con ellas, en la espesura de los vellones. El cencerro que retiñe a sus cuellos, le parece repiquetear en la sombra con dulzura inusitada. Habla a su perro que asiente comprensivo, le recomienda los carneros, la oveja grande y perezosa, el cordero travieso. El perro lo mira moviendo la cabeza como para decir que sí. Ya están próximos a casa. Se detiene para acariciar la frente ardorosa del fiel amigo de su pasada infancia con el cual levantara el polvo de tantos caminos, a cuyo lado las márgenes del Adour lo vieran tantas veces cantar y jugar, correr y retozar y hasta consolarse en las horas tediosas de pastoreo.

Después deja a un lado las ternezas. Grave y juicioso entra en la casa donde su vuelta era esperada ansiosamente. No parece preocupado; sus padres lo están más que él. La noche pasa parecida a las anteriores. Es la última en familia y se adormece sobre el duro lecho con efluvios de aprisco. Sueño tranquilo como el agua azulada que corre en los arroyuelos. Se despierta muy temprano y se viste con rapidez: sus vestidos son los mismos de siempre pero él no es ya el mismo de ayer. El alumno desplaza al pastor. No más zurrón y cayado : allí están pendientes del clavo donde permanecerán... Dios sabe por cuánto tiempo.

Llega el momento final: abrazos de todos, besos de la madre, pocas lágrimas. ¿A qué llorar tanto? No va al extremo del mundo, a tierra de turcos, ni siquiera a París. Vivirá allí cerca, en Dax en el convento de los Menores; para llegarse hasta el mismo basta atravesar dos pueblos en un corto viaje. Lo irán a visitar y él vendrá de vez en cuando para Navidad o Pascua. ¡En camino! ¿Pero qué alboroto es ese?

Es el perro que ladra y rasguña "para seguirle el rastro" y por eso está encerrado, porque si lo dejan ir saben que no volverá. También él quiere entrar en el Convento. Las ovejas balan. Es el minuto más penoso.

Por fin Vicente se aleja con su padre y desaparecen en la campiña donde sale el sol.

Lo que sigue es sencillo y fácil de suponer. A la llegada al colegio, bajo las arcadas del claustro, el pequeño "nuevo" es entregado a uno de sus futuros maestros, tal vez al mismo superior. Una mano cariñosa le acaricia la frente y le da dos golpecitos en la mejilla... con,

mucha brevedad, porque lo principal es —escuchemos aquí las condiciones— la suma de sesenta libras anuales que pesan porque hay que entregar por adelantado.

Y he aquí a Vicente, el alumno Depaul, lejos de su familia para hacerse clérigo y ser algún día, según les descabellados proyectos paternos, aunque Dios nunca le escuchó, *prior* de algún claustro tranquilo, como aquel vecino que también fue simple labrador.

## LOS FRANCISCANOS

Es conocido el origen de los Franciscanos. Dependientes de los Frailes Menores instituidos por Francisco de Asís en el siglo XIII, vestidos de una túnica de tosco paño y ceñidos de una cuerda —una verdadera cuerda con dos gruesos nudos— comenzaron por ser una orden mendicante que se mantenía únicamente de limosnas. Sólo más tarde se dedicaron a la enseñanza y en especial a la filosofía y teología, mereciendo bien pronto una reputación semejante a los Dominicos que en esas ciencias eran considerados maestros insuperables. ¿Quién no se sentirá admirado al ver al pequeño Vicente, que sería toda su vida modelo de pobreza, de humildad y de caridad franciscanas, comenzando sus estudios en casa de los hijos del pobre de los pobres, del *Poverello*? ¿Dónde hallaría mejor preparación para emprender el largo camino en el que recién entraba con los ojos aun cerrados? ¿Dónde hubiera recibido una enseñanza más conforme al espíritu de sacrificios que sería la regla de su vida?

En estos comienzos era necesario trabajar con tesón, pues era mucho o mejor todo, lo que debía aprender. Como sucede con los de su edad y condición, no había hablado hasta entonces más que el dialecto corriente de su región derivado del bajo latín. Gramática y francés, literatura e historia, geografía y ciencias conforme al programa y a la capacidad de los jóvenes cerebros, fueron el objeto de sus estudios. Hizo tales progresos que asombró a sus profesores por su clara inteligencia y por sus cualidades extraordinarias. Cuando él intervenía en un asunto, éste se hacía claro, fácil, armonioso. Más de una vez se hubiera dicho que era él el profesor: tales eran los destellos de su comprensión y sus oportunas sugerencias. Por otra parte se vio muy pronto elevado a un nivel superior entre sus condiscípulos y sin él quererlo, por el poderoso impulso de su saber y de su dulzura al par que de sus virtudes. En este niño maravilloso la modestia crecía en proporción de la ciencia. Cuanto más crecía ésta y se manifestaba su valor, con tanto mayor empeño procuraba reducirla y ocultarla. Ignoraba el orgullo. Su piedad consolidaba sus méritos y los realizaba como una corona. Era el ejemplo y la gloria del Colegio. "Mirad a Vicente e imitadlo", repetían los maestros a sus discípulos. Al cabo de cuatro años su perfección despedía tales rayos que no era posible acercarse a ella sino con respetuoso espanto. "¿Qué llegará a ser?", se preguntaban los buenos religiosos. ¿Estará destinado a pasar como nosotros toda su vida en el encierro del claustro practicando un ministerio limitado, sin que le sea posible darle mayor extensión, como sería digno, y ampliar su medida? ¿Será éste su porvenir? ¡Qué lástima! Pronto se presenta una ocasión de aliviar las inquietudes de sus maestros y responder a sus deseos.

## EL SEÑOR DE COMMET

M. de Commet, célebre abogado de la corte presidencial de Dax y juez al mismo tiempo del distrito de Pouy, por lo cual no conocía a los Depaul, buscaba un preceptor para sus dos hijos. Habiendo oído los continuos elogios de los PP. Menores acerca del alumno privilegiado, del cual estaban tan orgullosos, propuso a éste que una vez terminados sus primeros estudios viniera a su casa para encargarse de la instrucción de sus hijos. Tal ofrecimiento tan útil como honorable fue muy del agrado de Vicente. Lo aceptó como un beneficio, beneficio que duró cinco años, tratado por el abogado como un hijo y por todos como un amigo. Cuando los dos alumnos empezaron sus estudios pudo él continuar los suyos, incansable en buscar siempre lo mejor. Se le veía así agasajado, escuchado, respetado, considerado, —a veces demasiado y contra su voluntad— en el seno de aquella honorable y antigua familia de magistrados y de estimable aunque modesta nobleza, tantas de las cuales establecidas entonces en el corazón de nuestras provincias las unían e impedían su dislocación a la manera que las raíces profundas retienen en la pendiente las tierras movedizas. Estas familias vivían en casas heredadas, bien construidas, rodeadas de muros, de solidez a toda prueba, casas de trabajo y de reposo, de silencio y de paz, de alegrías tranquilas. Hogares de buenas costumbres y de buenos modales donde se perpetuaba la urbanidad, la discreción, la paciencia, la indulgencia, la consideración y todas las formas de cortesía y de bondad que atenuando los defectos contribuyen a la quietud; casas mantenidas con magnificencia aunque sin lujos vanos y en las cuales en la verdadera economía se vivía tan bien como sólo es posible imaginarlo.

Obligado a vivir en medio de aquellas comodidades, sin complacerse en ellas. Vicente observaba, llevado de su espíritu curioso y práctico, los métodos de administración y vida y sus excelentes resultados. Es lícito pensar que allí, en el disfrute personal de aquel bienestar sabiamente regulado y disciplinado, debió adquirir las primeras nociones de orden interior, de economía, de conducción de los negocios, que más tarde le serían de preciosa utilidad cuando empezase a trazar el plan de sus fundaciones. Tanto los Menores como la casa Commet le inspiró, cada cual en su género, el mismo espíritu de comunidad.

## ZARAGOZA

Han pasado nueve años desde que diera el adiós a la llanura natal cuatro años de Colegio y cinco en casa del juez de Pouy. Actualmente el hijo de Guillermo Depaul tiene veintiún años. Es un hombre en plena juventud. ¡Un joven ! Vale la pena imaginarse que lo fué; tan distinta es la imagen, podernos decir la única, que lo popularizó e inmortalizó: la de un anciano encorvado, de cabellos blancos y rudos, de nariz prominente y cuyos ojos, bajo la bóveda de la anchurosa frente nos miran suaves e indagadores en un sonreír angelical...

Sin embargo, en esta época, debió ser un robusto mozo trigueño, de mejillas sonrosadas, de firmes pómulos, de labios rojizos, de tesonera mandíbula coronada de dientes que debió perder pronto, adquiriendo entonces una expresión de mansedumbre infinita.

Pero su piedad más madura que él, precediéndolo y arrastrándolo, indicaba cada día a todos que estaba destinado solo a Dios. Se lo dicen; él ya lo preveía. Pero fue necesario convencerlo para que aceptara con ardor y sin presunción a pesar de la tímida idea de no poder realizarlas, las esperanzas, irrazonables a sus ojos, que sobre su porvenir le forjaban



sus maestros. Tomada la determinación, la mantiene. El 20 de diciembre de 1596 recibe la tonsura y las órdenes menores... la amplia tonsura de entonces practicada en los espesos cabellos, y que más tarde ampliada por la tijera de los años, brillará bajo el negro solideo como una aureola semiculta... el hábito cuya aspereza le da bríos, más suave a la piel que los antiguos vestidos de pastor; y ciñe a su cintura con impetuoso entusiasmo el cordón nuevo que a la larga le trazará un surco sobre los riñones.

Todo esto sucede no en Dax sino en la Iglesia Colegiata de Bidache, cerca de Bayona. Consagrado soldado de la Iglesia decide abandonar su familia y su patria para dedicarse exclusivamente a ella. ¿A dónde irá? No lo sabe pero lo indaga activamente. Todos los caminos que conducen al bien son buenos. El camino deseado en este caso es el que lo conduzca a la teología con la mayor rapidez y seguridad, en cuyas lecciones siente la necesidad de perfeccionarse, de armarse y acorazarse para los combates futuros.

Con este intento Zaragoza lo invita y después lo fascina por completo. La distancia es larga pero no lo arredra. La salvaría aunque fuese el doble. Siempre en pos de esta idea, en la que cree escuchar un llamado de la providencia, vende un par de bueyes y en posesión del importe, más rico ahora que en tiempo de los treinta sueldos, parte. A pie, por supuesto.

En su vida posterior, recorrerá a pie y entre el polvo, sus caminos de apostolado, de socorro y de limosna, estimando este medio de locomoción como el más rápido y adecuado para detenerse ante el necesitado, inclinarse hacia él, interrogar, responder, escuchar, alentar, sostener los cuerpos debilitados, darles de comer y de beber y consolarlos de cerca con más comodidad que desde lo alto de un asiento o- desde la ventanilla de un coche. Comprende que no es cristiano que mientras el pobre y el enfermo son socorridos permanezcan con el rostro al nivel de su estribo. Jesús nunca anduvo a caballo. A lo más se sirvió del asno y del más pequeño que tuvo a mano, desde el cual casi tocaba la tierra con los pies. Tan humilde cabalgadura le sirvió para todos sus recorridos: desde el establo hasta la huída a Egipto y la entrada triunfal en Jerusalén

\* \* \*

Entretanto Vicente se encamina a su destino a través de los abruptos Pirineos y de sus senderos áridos y rocosos. Su itinerario era: Saint-Palais, Mauléon, los desfiladeros de Roncesvalles para llegar a Pamplona de Navarra y desde allí, atravesando regiones siempre escarpadas, llegar a las vastas e infecundas llanuras de Aragón. Este trayecto aunque el más corto era sin embargo largo y penoso. Cuántas veces debió preguntar a los arrieros, peregrinos y montañeses: "¿Zaragoza?".

Por fin pasa el Ebro. Admira la limpidez de sus aguas y las primeras aldeas: momento de emoción física e histórica. *Los nublados con que la Edad Media ensombreció el noble y altivo país* asaltan su pensamiento. El rudo y cadencioso acento aragonés llega a sus oídos como el despeñarse de un torrente pirenaico. Los pañuelos rojos anudados en las cabezas a modo de turbantes, las mantas pendientes de los hombros que desciende en largos pliegues monacales hasta las rústicas alpargatas, las cinturas erizadas de cuchillos y cruces, el oro de las joyas, el flamear de las banderas y estandartes, las calles sombrías y tortuosas cuyas casas defendidas por rejas muestran rostros adustos, el fanatismo del ambiente pronto a estallar, ocupan la imaginación del joven clérigo. Entra en la ciudad y hacia la puesta de sol

sube a la Torre Nueva. Desde allí su mirada abarca los campanarios, las cúpulas, la verdura sombría de los paseos y la Universidad que alcanza a distinguir entre la abigarrada confusión de los techos.

Pocos días después la fiebre de sus impresiones decae: se siente solo, desterrado, perdido. A la dulzura de los prados pastoriles y a la vida tranquila y familiar de Pouy y de Dax se sucede el tumulto abrumador que pretende ahogar la solemnidad de tantos silencios. Experimenta dolorosamente la manera áspera y brusca con que se realizaban los estudios teológicos. Esperaba encontrar en la célebre universidad reflexión, gravedad, recogimiento, prudencia, respeto al parecer ajeno, atenta cortesía aun en la controversia. En su lugar se siente entre batallas de ásperos discursos y disputas, en las cuales los clamores cubren el sonido de las palabras y la razón es desalojada como a fustazos. A veces faltaba poco para que los profesores viniesen a las manos con motivo de la "ciencia media" o de "los decretos predeterminantes". Los contendientes se mostraban el puño mientras argumentaban.

Con creciente disgusto veía Vicente que no era aquella la escuela de su vida espiritual. Entonces cerró sus libros para obedecer las lecciones de su corazón. Con todo decidió permanecer en aquel país que ofrecía ante sus ojos todos los problemas de la miseria, de una miseria que hasta entonces nunca había imaginado, y que le parecía descubrir por primera vez.

España era en aquel tiempo el reino de la pobreza, del pillaje y de los grandes sufrimientos y plagas que afligían el corazón del buen franciscano.

Dotado de espíritu metódico al que subordinaba todos sus actos, supo, a pesar suyo, diferir el día de la compasión. ¿Para qué había venido de tan lejos a Zaragoza? ¿Para socorrer a los indigentes y cuidar a los enfermos? No, sino para perfeccionarse en la doctrina religiosa y en las cosas divinas. He ahí el objeto de su viaje, su primera *misión*. La caridad, el prodigarse a sí mismo serían obra de días futuros y con ellos los pobres nada perderían. Era necesario ante todo acabar lo comenzado.

Vicente siempre se impuso esta norma de conducta en sus tareas, su lema fue éste: "Vivo al día". Es el santo más acabado del *age quod agis*.

Viendo, pues, que disponía en su patria de cuanto necesitaba para terminar sus estudios, se dirige a Tolosa, donde rodeado de una atmósfera apropiada a sus deseos, obtiene al cabo de siete años de trabajo el título de bachiller y según otros el de doctor.

Pero el dinero del par de bueyes se dispó pronto en Zaragoza y las pequeñas sumas que recibía de su padre anciano, enfermo y pobre no le permitían afrontar las exigencias de la vida. Se dedica a la enseñanza: los alumnos afluyen.

Ahora sus entradas le bastan y renuncia a los bienes que su padre le legara al morir en virtud del mayorazgo. Habiendo pues cumplido con su conciencia y con su deber ante su madre y hermanos, libre de todo y maestro experimentado, sólo le queda aprobar el examen final. El 13 de setiembre de 1600 se ordena sacerdote.

## SACERDOTE Y PASTOR

No se sabe con certeza el día y lugar en que cantó su primera misa. Se diría que por un exquisito pudor él mismo quiso que esas circunstancias se ignorasen. Para estar más cerca

de Dios se aparta de los hombres y se oculta en el seno de aquella naturaleza que le había abierto los ojos y héchole mirar a lo alto.

Según atestigua Abelly, "ante la idea de celebrar los divinos misterios, un terror sagrado lo invadía hasta el punto de hacerle temblar, y no atreviéndose a celebrar su primera misa públicamente, eligió para ello una capilla retirada". Es casi indudable que pensó en las ruinas de N. Señora de Buglose o en la bóveda de la vieja encina convertida por él en oratorio. Pero a pesar de la dulzura especial que evocaban en él aquellos sencillos altares de su infancia, eran demasiado pobres para el acto capital cuya majestad lo abrumaba. Cerca de Bazet se levantaba —si es permitido hablar así de tan humilde santuario— una pequeña capilla solitaria, Nuestra Señora de la Gracia. De difícil acceso, se ocultaba en la cumbre de una montaña, semiocultada en la maleza de un bosque. Tan elevado y alejado retiro era muy del agrado de Vicente Depaul. Según la tradición aquí celebró por vez primera el santo sacrificio, de la manera que más le plugo, teniendo un sacerdote por asistente y un sólo acólito, cuya presencia podrá olvidar. Nadie del mundo en torno a su Dios, que para él era todo el mundo.

Acompañémosle desde lejos mientras desciende aquel sendero que subió tantas veces para visitar la capilla de

Nuestra Señora de la Gracia. Ahora se trata de emprender después de éste, otro camino más largo y tortuoso: el Gran Camino trazado por la Providencia en su destino.

En este punto de su inaudita existencia en que los rasgos novelescos se entremezclan en juego prodigioso, ocurre un incidente velado por el misterio y al parecer de escasa importancia pero que sería lamentable no revelar porque muestra la admirable y aun excesiva reserva del religioso cuando trataba de su persona al par que su modestia y su repugnancia por los honores.

Le fue preciso viajar de Tolosa a Burdeos.

—"¿Para qué? "

—"Para un asunto, —se limita a contestar en una carta llena de prudencia— que requería grandes gastos y que juzga temerario declarar".

Pero de ciertas alusiones de un amigo suyo, M. de Saint-Martin, se deduce que el objeto del viaje era una entrevista con el duque de Epernon que había llamado a Vicente (quién lo hubiera adivinado) para ofrecerle un obispado. ¡Obispo él! Caso inaudito. ¡Qué alegría y orgullo hubiera experimentado, si viviera, su padre, el viejo landés, cuyas ilusiones jamás habían traspasado los límites del priorato!

Sin embargo el tal asunto no prosperó.

Sin indagar los motivos, es fácil conjeturar que el único obstáculo consistió en la negativa del candidato. Pero no. Felizmente estaba escrito en el gran Libro de la Santidad que el señor Vicente jamás sería llamado monseñor, que jamás vestiría el hábito violeta ni la púrpura cardenalicia, aunque tuviera para ello todos los méritos requeridos. ¿El usando medias de seda y de color, cuando siempre las usó de lana gris? Después de usar tanto tiempo el cayado de pastor, su báculo sería un simple bastón; en lugar de mitra y de capelo' un solideo no mayor que una escudilla. Durante toda su vida no cubrirá su enjuto cuerpo más que con una sotana negra de paño tosco y raído dentro de cuyos pliegues penará, marchará y sudará en todo tiempo y bajo todos los cielos y a cuyo abrigo vivirá, respirará, envejecerá y morirá, siempre de negro como un sencillo sacristán. Se diría que cuando la ocasión le ofrecía aquel

género de vida sedentaria, se resuelve a renunciar por completo a ella y que la Providencia quisiera intencionalmente prepararlo para más vastas actividades y adiestrarlo para las peripecias de su vida.

## FELIZ VIAJE

Apenas vuelto a Tolosa, una sucesión inesperada y tal vez importuna a su parecer, lo obliga a volver a Marsella. Felizmente no está lejos. Llega, pues, armado de aquella serenidad que previene lo inevitable. Todo resulta satisfactorio. Desinteresado por hábito, se alegra de desentenderse pronto de los leguleyos. Se disponía a regresar por tierra como había venido, cuando cierta persona a la cual había conocido durante su hospedaje en el mismo hotel, le invitó a hacer el viaje por vía marítima hasta Narbona. Sería interesante conocer el nombre de este hotel que probablemente no pasaría de una vulgar posada con vista al puerto. Y más interesante saber el nombre de aquel personaje caído de las nubes. "Un gentilhombre de Languedoc", dice sólo Vicente. Intentemos imaginárnoslo: Segundón de una familia gascona, saleroso y chispeante, alegre, seguro de sí mismo, locuaz y persuasivo. Es el mes de Julio; el sol resplandece entre el cielo azul y la mar tranquila. Cálida alegría que se difunde por doquiera.

--¡Qué tiempo para navegar, Padre, y con mil ventajas a favor nuestro! Por ejemplo, con gasto mínimo, el máximo de placer; el trayecto se abrevia y el viaje se hace en menos de un suspiro. Hoy mismo estamos en Narbona.

Me parece imaginarlo hablar con el acento agridulce del mediodía. Cortés y complaciente, Vicente acepta y tal vez "el gentilhombre de Languedoc" lo abraza como si se tratara de un viejo amigo.

Aquel agradable viaje de apenas un día dejó sin embargo en los viajeros recuerdos tan imborrables que Vicente experimentó la necesidad de relatarlo y de enviar la narración con los menores detalles a M. de Commet su antiguo protector. Pero esto ocurrió sólo dos años más tarde.

¿Por qué después de tanto tiempo?

La misma carta, de conmovedora y graciosa sencillez nos lo explicará con toda exactitud. Conservamos el estilo del original, pues cualquier cambio atentaría contra su primitiva belleza.

"Estando a punto de partir por vía terrestre fui persuadido por un gentilhombre con quien me albergaba, de embarcarme con él hasta Narbona en vista del tiempo tan favorable, cosa que hice más por hacer alguna economía o por mejor decir para no hacer ninguna y perderlo todo. El viento era tan favorable como lo pedía el viaje que era de 50 leguas. Pero permitió Dios que tres bergantines turcos que custodiaban el golfo de León para apresar los buques que venían de Beaucaire, donde suelen tenerse ferias que dicen ser las mejor provistas de la cristiandad, nos persiguieran y atacaran con tal empeño que dos o tres de los nuestros quedaron muertos y los demás heridos y yo mismo recibí un flechazo que me servirá de reloj para el resto de mi vida. Así, pues, nos vimos obligados a entregarnos a aquellos piratas más feroces que tigres. Su primer estallido de furor consistió en hachar a nuestro piloto en cien mil trozos por haber perdido ellos uno de sus principales cabecillas además de cuatro o cinco remeros que los nuestros les mataron. Hecho esto nos encadenaron después de curarnos

groseramente y prosiguieron su ruta haciendo mil piraterías pero dando libertad a los que se entregaban sin combatir, después de haberlos despojado. En fin, cargados de mercancías, al cabo de una semana tomaron rumbo a Berbería, madriguera y guarida de los ladrones vagabundos del Gran Turco.

Llegados a aquel lugar nos expusieron en venta después del proceso verbal de nuestra captura que decían hecha de un navío español porque sin tal mentira hubiéramos sido puestos en libertad por el cónsul que el Rey mantiene allí para asegurar el comercio libre a los franceses.

"Para proceder a nuestra venta nos despojaron de toda nuestra ropa y nos entregaron a cada uno un par de bombachas, una casaca de lino y un bonete, después nos pasearon por la ciudad de Túnez a donde habían venido para vendernos. Habiéndonos hecho dar cinco o seis vueltas por la ciudad con la cadena al cuello nos volvieron al barco para que los mercaderes viesan que podíamos comer y que nuestras heridas no eran mortales.

"Hecho esto nos llevaron a la plaza donde nos visitaban los mercaderes como si se tratase de comprar un caballo o un buey. Porque nos hacían abrir la boca para examinarnos la dentadura, nos palpaban las costillas, nos sondaban las heridas, nos hacían caminar al paso, trotar y correr; también nos hacían llevar cargas pesadas y luchar para ver la fuerza de cada cual y mil otras brutalidades.

A mí me vendieron a un pescador que pronto se deshizo de mí, pues nunca tuve nada más contrario que el mar; y del pescador fui a manos de un viejo, médico y alquimista muy ducho en extraer quintas esencias, hombre muy humano y tratable, el cual según me decía había trabajado cincuenta años en la búsqueda de la piedra filosofal; y en lo de la piedra poco, pero muy versado en otras transmutaciones de metales. Yo mismo le vi muchas veces fundir oro y plata en cantidades iguales, y disponerlos en capas con un polvo especial en un crisol o vaso para fundir que usan los orfebres, tenerlo al fuego veinticuatro horas, después abrirlo y encontrar la plata convertida en oro.

Otras veces lo vi hacer congelar o consolidar el azogue en plata fina que él vendía para darlo a los pobres. Mi ocupación consistía en mantener el fuego de los diez o doce hornos, cosa que a Dios gracias hacía sin pena ni gloria.

Me quería mucho y le causaba gran placer discurrir conmigo de alquimia y más aun de su ley, a la cual con grandes esfuerzos procuraba atraerme prometiéndome grandes riquezas y todo su saber. Pero Dios me dispensó su continua protección por las asiduas plegarias que yo le dirigía, como también a la Virgen María por cuya intercesión creo firmemente que fui preservado.

Estuve pues con dicho viejo desde el mes de setiembre de 1605 hasta el mes de agosto siguiente en que fue llevado al Sultán para que trabajara para él, pero en vano, porque murió de añoranza en el camino.

Quedé como propiedad de su sobrino, verdadero antropomorfito, que me vendió después de la muerte de su tío porque oyó decir que M. de Breve, embajador del Rey en Turquía, venía con credenciales del Gran Turco para libertar los esclavos cristianos.

"Un renegado de Niza en Saboya, enemigo de natura, me compró y me llevó a su "temat", como llaman a las posesiones que tienen en arriendo del Gran Señor porque el pueblo nada posee; todo pertenece al Sultán.

El "temat" de este tal estaba en la montaña, donde el país es extremadamente cálido y desierto. Una de sus tres mujeres de origen griego y cristiana aunque cismática, de gran espíritu, me cobró gran aprecio; pero más otra de origen turco que sirvió de instrumento a la inmensa misericordia de Dios para sacar a su marido de la apostasía y librarme a mí del cautiverio. Era muy curiosa por saber nuestro modo de vivir y me venía a ver todos los días a los campos donde yo cavaba, mandándome ante todo que cantase alabanzas a mi Dios. El recuerdo del *Quomodo cantabimus in terra aliena* de los hijos de Israel cautivos en Babilonia me hizo comenzar con lágrimas en los ojos el salmo *Super flumina Babilonia* y después la *Salve Regina* y muchas otras cosas, en todo lo cual se complacía tanto que era de maravillarse. Una noche dijo a su marido que había hecho muy mal en abandonar su religión que ella estimaba muy buena por lo que yo le había dicho de nuestro Dios y por las alabanzas que yo había cantado en su presencia, oyendo las cuales la inundó tan divino placer que no creía fuese el paraíso de sus padres y el que a ella le esperaba, tan glorioso ni gozoso como el placer que sentía mientras yo alababa a mi Dios. Esta nueva burra de Balaam hizo con sus discursos que el marido me dijese al otro día que por las circunstancias era difícil escaparnos a Francia, pero que él en pocos días pondría tales medios que sería para alabar a Dios.

Estos pocos días fueron diez meses, pasados en vanas pero al fin ejecutadas esperanzas, al cabo de los cuales nos escapamos en una pequeña embarcación, llegando el 28 de junio a Aiguesmortes y poco después a Aviñón donde monseñor el Vicelegado recibió públicamente al renegado con los ojos arrasados de lágrimas y la voz ahogada por los sollozos, para gloria de Dios y edificación de los presentes. Dicho monseñor nos retuvo a los dos para llevarnos a Roma a donde va para el trienio que se cumple el día de San Juan. Ha prometido al penitente que lo hará entrar en el austero convento de los *fate bene fratelli* donde cumplirá su voto, y a mí que me conseguirá alguna prebenda.

Después de la lectura de esta admirable y deliciosa carta nos sentimos tentados de releerla para recoger una a una las flores de modestia, sencillez y suave esplendor que campean entre la resignación, la gracia y la fina ironía, dignas del buen estilo aromático y francés de Montaigne.

En algunas de sus frases como ésta: "*el pueblo nada posee, todo pertenece, al Sultán*", se respira con un siglo de anticipación el perfume de las *Cartas de Persia*; y toda esa pintoresca baraúnda de caballero de Languedoc, bergantines, alquimista, renegado, esclavitud y conversión, de ser pura invención, darían pretexto a Voltaire para algunas de sus más irreverentes y entretenidas parodias

Pero no se trata de historietas jocosas ni de cuentos de las *Mil y una Noches*. Nos hallamos a mayor altura que Aladino. La lámpara que aquí nos alumbraba es la única en verdad "maravillosa" que jamás se extinguirá, alimentada con las virtudes de Vicente, de rara belleza. La carta que comentamos la contiene todas en forma emocionante y es el prefacio de su obra y de sus trabajos futuros. En ella observamos el aprendizaje necesario a las empresas de su caridad a la vez que se vislumbra la extensa perspectiva de su futuro apostolado.

En el curso de esta larga prueba debió aceptar la esclavitud, y sus sacrificios, heridas, cadenas, ser vendido, revendido, pasar del fuego de los hornos al del sol, bajo cuyos rayos ardientes se vio obligado a cavar la tierra, a trasportar cargas y a extraer de su agotamiento el ánimo de entonar cánticos para la mujer de su señor... En esta escuela de *su dolor*

despreciada y olvidado conoció y quiso sentir *el* dolor humano y concibió los medios de aliviarse. Su esclavitud lo encaminó hacia *los* esclavos de las ciudades y desiertos. Cuando más tarde se encontró ante los forzados de las galeras, nada nuevo vio en ellos; sólo recordó: "También yo fui uno de ellos". Y como había soportado en su cuello, y en sus pies el peso de las cadenas y conocía en carne propia la mordedura de los eslabones, se convirtió en protector y amigo de los galeotes y aun de aquellos turcos "más feroces que tigres" que lo había apresado en el mar cuando pacífico y gozosa navegaba hacia Narbona en un plácido día de julio.

Examinemos lo más íntimo de estas páginas, escritas en tan sobrio estilo, en las cuales se encierran tantos acontecimientos. Cada línea nos reserva una sorpresa, una admiración. Ni una protesta, ni un lamento. Vicente no pierde nunca la confianza. Se inclina ante su suerte sin que ésta lo abata. La saluda como orden de Dios "que permitió" que los tres diabólicos bergantines lo persiguiesen y capturasen. Si habla de sí es con la mayor parsimonia y sin poder evitarlo; en ese caso desliza alguna agudeza para que el lector no le atribuya importancia: "y yo mismo recibí un flechazo que me servirá de reloj para el resto de mis días". ¡Al hacer esa mención de sí mismo, cuánto se empequeñece! Se diría que se excusa de su flecha y pide perdón por haberla recibido.

No es necesario poseer una imaginación ardiente para suponer que aquel ataque naval debió ser una verdadera carnicería: muertos y heridos por ambas partes, el piloto destrozado a hachazos; el barco está inundado de sangre donde resbalan los pies desnudos. El agua azul teñida de rojo, muchos metros alrededor de los cascos de las naves.

El, sin embargo, no intenta hacer descripciones. Se limita a narrar los hechos con prudencia y lealtad. Si puede en algún punto honrar a sus enemigos, lo hace, aunque se trate de sus verdugos y no duda en afirmar: "*dando libertad a los que se entregaban sin combatir*". No los injuria ni conjura sobre ellos el rayo divino. Cuando le introducen en la boca los dedos sucios para examinarle la dentadura como a un buey y le palpan los costados, ni siquiera al recordar estos incidentes expresa el menor sentimiento de odio o de disgusto; y cuando le examinan las heridas ensanchándolas dolorosamente, no profiere una queja. No se indigna ante tales tratos que parece disimular y los designa sencillamente con el nombre de "brutalidades". Cuando dice que su primer amo, un pescador, se vió obligado a deshacerse de él "pues nunca tuvo nada más contrario que el mar", parece confesar su falta de no tener espíritu ni corazón de marino. Y cuando puede hablar favorablemente de aquellos a quienes servía fielmente y dirigirles algún cumplido, ¡cuán feliz se siente! Su médico alquimista "muy ducho en extraer quintas esencias" le inspira términos laudatorios de tierno reconocimiento a pesar de que en su frenesí por la piedra filosofal le hace abrazar junto a los doce hornos. De su último amo, el renegado de Niza, se expresa con gran moderación, aun antes de sospechar que podrá un día convertirlo.

Entre este hombre "enemigo de natura" y sus tres mujeres, júzguense las dificultades que su posición le ofrecía, a su edad de veintinueve años. Sin embargo las supera de tal modo —no teme expresarlo en la pureza de su corazón— que se atrae pronto las simpatías de la griega cismática que dotada "*de gran espíritu le cobró mucho aprecio*". Y, cosa extraordinaria y rayana en milagro, llega a conmover a *la turca* tan profundamente que convertida secretamente obtiene de su marido que vuelva a la religión y se dedique a obtener la liberación de aquel hombre admirable, en el cual ve un enviado de Dios digno de ser su señor en lugar de ser su esclavo.

Aquí llegamos a lo patético. La mujer, impelida por una fuerza irresistible, viene un día, velada y ocultándose, hasta los campos devorados por el sol donde Vicente, solitario y sudoroso se curva sobre la azada, mientras ella lo mira "cavar". De pronto, impulsada por la gracia, la neófito le ordena "*cantar las alabanzas de su Dios*"; Vicente deja en tierra la azada y con los brazos en cruz, y las mejillas bañadas de lágrimas entona el *Super flumina* con voz temblorosa, mientras la turca cristiana lo escucha a sus pies ahogada por los sollozos. Sobre las notas del cántico se extiende el silencio africano y el cielo deslumbrante de azul como el manto de María... las almas casi libradas de los cuerpos se elevan sobre la tierra que desaparece.

Aquellos minutos sobrenaturales permanecerán impresos en el alma de Vicente por todo el resto de sus días.



## SEGUNDA PARTE

---

### ENTRE LOS GRANDES DE LA TIERRA. EN ROMA

Cualquiera diría que apenas llegó a manos de M. Commet la historia de la cautividad de Vicente, produjo gran revuelo y acrecentó la admiración de todos hacia él por haber salido airoso de tales pruebas. Pero no sucedió nada de esto. Por el contrario todo quedó oculto, sin duda porque Vicente recomendó al juez de Pouy el más estricto secreto y éste lo custodió fielmente hasta su muerte.

En esa oportunidad, revolviendo sus papeles un caballero de Dax, nieto de AL de Saint-Martin, cuya amistad con Vicente mencionamos antes, tuvo el placer de hacer el descubrimiento. Sabiendo la vinculación existente entre Vicente y su tío, puso la carta en manos de este último, quien pensando que Vicente habría olvidado las circunstancias de su antigua aventura y que tendría gran placer en recordar los detalles, le envió una copia fiel del original. A veces nos gloriamos de conocer a fondo los hombres, tanto sus defectos como sus cualidades, sus virtudes, sus vicios... y nos equivocamos. Con más razón cuando esos hombres son superiores y tocan las regiones de lo sublime. Hacía un cuarto de siglo que el gran servidor de Dios se ejercitaba en despreciar todo lo que pudiera atraer sobre sí la atención, la curiosidad y más aún los homenajes o las alabanzas; había logrado así la paz completa que la súbita comunicación de M. de Saint-Martin vino a turbar. El recuerdo de la vieja historia, que según sus deseos había de permanecer oculta e ignorada a todos y que él casi había borrado de su alma, lejos de agrardarle le causó gran contrariedad. Si nos atreviéramos a pronunciar una palabra, inadmisible tratándose de este modelo de paciencia y de mansedumbre, diríamos que se irritó... no más que por algunos segundos. Arrojó al fuego la copia de la antigua e imprudente carta como si le quemara los dedos con ardor diabólico y escribió inmediatamente a M. Saint-Martin para ordenarle... —no, era demasiado amable para expresarse en ese tono— para suplicarle que le enviase el original. Este, que comprendió las intenciones de Vicente de destruir la carta, precisamente por consideración a su santo amigo, se hizo el desentendido. Vicente insistió y reiteró sus instancias con tal energía que hubiera sido imposible no acceder a su deseo: "*Por las entrañas de Jesucristo*". Decía además: "Por todas las gracias que Dios ha tenido a bien concederos, os conjuro me enviéis esa *miserable* carta que hace mención de Turquía". Esto acontecía seis meses antes de la muerte de Vicente, quien enfermo, viejo, tullido y casi sin fuerzas, se veía precisado a dictar. El religioso que le servía de secretario juzgó sagazmente —como afirma uno de sus biógrafos— que la tal carta cuya posesión deseaba el santo con tanto ahínco debía contener algo referente a su gloria y que el objeto de su impaciencia era destruirla cuanto antes. Por lo cual deslizó en el mismo sobre un billete rogando a M. Saint-Martin que enviase la carta a otra persona, si no quería verla perdida sin remedio. M. Saint-Martin se persuadió no solo que podía, sino también que debía desobedecer a sus amigos tratándose de publicar las gracias de Dios y siguió el consejo al pie de la letra.

La preciosa carta, objeto de tantos y tan diferentes deseos fue a parar a manos del superior del Seminario, establecido en el colegio de Bons-Enfants. Sin este astuto juego sólo nos hubiéramos enterado muy vagamente de la esclavitud de Vicente de Paul y del glorioso triunfo que rompió sus cadenas. En efecto, en todo el proceso verbal de su beatificación sólo se encuentra un solo testigo que hubiera oído hablar de su cautiverio y M. Daulier, secre-

tario del rey, que conocía por otros conductos toda esta historia, incitó varias veces a Vicente a hablar de ella comentando asuntos de Túnez y de los cristianos que sufren esclavitud en aquellas regiones sin obtener de él una sola palabra de la cual se dedujera que aquel país le era de algún modo conocido.

Pero reunámonos a nuestro libertado donde le hemos dejado, es decir, en Roma.

Fue una gran fortuna para un alma como la de Vicente poder escapar "en un pequeño esquife" y arribar, después de las luminosas escalas de Aigues-Mortes y Aviñón, a la ciudad eterna, al puerto de la cristiandad.

El recién llegado admira aquella Roma pomposa, engalanada y embellecida por la munificencia artística de los papas. Pero sus esplendores no lo deslumbran, Saluda las obras maestras de la antigüedad y las maravillas que la civilización ha acumulado progresivamente y se empeña aún en seguir acumulando, pero el homenaje que les tributa no es el más entusiasta de su corazón. Cumplido una vez por todas, aparta de ellas los ojos para dirigirlos a la tierra donde reposan los mártires buscando las huellas de sus pasos que se alegra de poder hollar gravemente. Por esos caminos se desplazan todos sus deseos y corren y se estacionan sus pensamientos.

Se encamina presuroso a las iglesias y sólo Dios sabe la alegría que experimenta durante muchos días orando en ellas. No lo cautivan precisamente los tesoros famosos encerrados en los depósitos de las sacristías. Es el hombre del polvo. Desciende a las criptas. Prefiere a las cenizas de los mausoleos de mármol, las que esconde a la vanidad el ángel de los sarcófagos. Cuántas veces las catacumbas lo envolvieron de la mañana a la noche entre sus pliegues funerarios de roca. Sus laberintos son su jardín donde las luces rutilantes de sus lámparas brillan como fragmentos de estrellas. El humilde altar, la grada carcomida o quebrada, el atrio donde brota la hierba lo ven aplicar sobre ellos sus manos, su frente, sus labios y sus rodillas. Los palacios más fastuosos no atraen sus miradas; sus museos son las capillas. No asedia las moradas de los grandes; las salas de los hospicios son sus antecámaras.

Cada pobre es para él un santo que resucita.

Y si se encamina "fuera de los muros" es para contemplar mejor y abrazar desde la distancia a la Roma majestuosa y dulce capital del mundo y reina de las reliquias. Ante todo prosigue sus estudios. ¿Qué más espera? Recuérdense las últimas palabras de su famosa carta: *Una prebenda*. No hay duda; lejos de ocultarlo, lo confiesa ingenuamente y es allí donde confía lograrla. ¡Y cómo no aprobar esta su manera de pensar y decir! Abrumado de deudas, sin tener de qué vivir, ¿cómo podrá ejercitar el apostolado sin ser una carga para los suyos?

Si desea la tal prebenda es con espíritu desinteresado, sabiendo que el prójimo saldrá más beneficiado que él. Con toda tranquilidad se confía a la bondad y a la omnipotencia del legado Montorio que le ha hecho la promesa. A pesar de todo, como si Dios hubiese juzgado a su siervo muy por encima de las ventajas materiales que son el principio de una carrera banal, Montorio, por más que fuese legado, no pudo obtener lo que solicitaba para su joven amigo.

La noticia lejos de abatir a Vicente lo turbó tan poco que se alegraba viendo en ello un signo manifiesto de lo alto y esta vez fue el fracaso lo que le pareció *beneficio*.

El fracaso por lo demás honraba tanto al protector como al protegido. Tuvo por causa los grandes méritos de Vicente y los elogios que de ellos hacía ante todos el vicelegado,

enterado como nadie de sus virtudes, pues se albergaba en su casa, comía en su mesa y proveía a sus necesidades. Esta intimidad cotidiana había originado en él una admiración sin límites por su huésped que publicada de tal modo fue lo que hizo frustrar sus deseos había de permanecer oculta e ignorada a todos y que él casi había borrado de su alma, lejos de agradarle le causó gran contrariedad. Si nos atreviéramos a pronunciar una palabra, inadmisible tratándose de este modelo de paciencia y de mansedumbre, diríamos que se irritó... no más que por algunos segundos. Arrojó al fuego la copia de la antigua e imprudente carta como si le quemara los dedos con ardor diabólico y escribió inmediatamente a M. Saint-Marlin para ordenarle... —no, era demasiado amable para expresarse en ese tono— para suplicarle que le enviase el original. Este, que comprendió las intenciones de Vicente de destruir la carta, precisamente por consideración a su santo amigo, se hizo el desentendido. Vicente insistió y reiteró sus instancias con tal energía que hubiera sido imposible no acceder a su deseo: "*Por las entrañas de Jesucristo*". Decía además: "Por todas las gracias que Dios ha tenido a bien concederos, os conjuro me enviéis esa *miserable* carta que hace mención de Turquía". Esto acontecía seis meses antes de la muerte de Vicente, quien enfermo, viejo, tullido y casi sin fuerzas, se veía precisado a dictar. El religioso que le servía de secretario juzgó sagazmente —como afirma uno de sus biógrafos— que la tal carta cuya posesión deseaba el santo con tanto ahínco debía contener algo referente a su gloria y que el objeto de su impaciencia era destruirla cuanto antes. Por lo cual deslizó en el mismo sobre un billete rogando a M. Saint-Martin que enviase la carta a otra persona, si no quería verla perdida sin remedio. M. Saint-Martin se persuadió no solo que podía, sino también que debía desobedecer a sus amigos tratándose de publicar las gracias de Dios y siguió el consejo al pie de la letra.

La preciosa carta, objeto de tantos y tan diferentes deseos fue a parar a manos del superior del Seminario, establecido en el colegio de Bons-Enfants. Sin este astuto juego sólo nos hubiéramos enterado muy vagamente de la esclavitud de Vicente de Paul y del glorioso triunfo que rompió sus cadenas. En efecto, en todo el proceso verbal de su beatificación sólo se encuentra un solo testigo que hubiera oído hablar de su cautiverio y M. Daulier, secretario del rey, que conocía por otros conductos toda esta historia, incitó varias veces a Vicente a hablar de ella comentando asuntos de Túnez y de los cristianos que sufren esclavitud en aquellas regiones sin obtener de él una sola palabra de la cual se dedujera que aquel país le era de algún modo conocido.

\* \* \*

Pero reunámonos a nuestro libertado donde le hemos dejado, es decir, en Roma.

Fue una gran fortuna para un alma como la de Vicente poder escapar "en un pequeño esquife" y arribar, después de las luminosas escalas de Aigues-Mortes y Aviñón, a la ciudad eterna, al puerto de la cristiandad.

El recién llegado admira aquella Roma pomposa, engalanada y embellecida por la munificencia artística de los papas. Pero sus esplendores no lo deslumbran. Saluda las obras maestras de la antigüedad y las maravillas que la civilización ha acumulado progresivamente y se empella aún en seguir acumulando, pero el homenaje que les tributa no es el más entusiasta de su corazón. Cumplido una vez por todas, aparta de ellas los ojos para dirigirlos

a la tierra donde reposan los mártires buscando las huellas de sus pasos que se alegra de poder hollar gravemente. Por esos caminos se desplazan todos sus deseos y corren y se estacionan sus pensamientos.

Se encamina presuroso a las iglesias y sólo Dios sabe la alegría que experimenta durante muchos días orando en ellas. No lo cautivan precisamente los tesoros famosos encerrados en los depósitos de las sacristías. Es el hombre del polvo. Desciende a las criptas. Prefiere a las cenizas de los mausoleos de mármol, las que esconde a la vanidad el ángel de los sarcófagos. Cuántas veces las catacumbas lo envolvieron de la mañana a la noche entre sus pliegues funerarios de roca. Sus laberintos son su jardín donde las luces rutilantes de sus lámparas brillan como fragmentos de estrellas. El humilde altar, la grada carcomida o quebrada, el atrio donde brota la hierba lo ven aplicar sobre ellos sus manos, su frente, sus labios y sus rodillas. Los palacios más fastuosos no atraen sus miradas; sus museos son las capillas. No asedia las moradas de los grandes; las salas de los hospicios son sus antecámaras. Cada pobre es para él un santo que resucita.

Y si se encamina "fuera de los muros" es para contemplar mejor y abrazar desde la distancia a la Roma majestuosa y dulce capital del mundo y reina de las reliquias. Ante todo prosigue sus estudios. ¿Qué más espera? Recuérdense las últimas palabras de su famosa carta: Una *prebenda*. No hay duda; lejos de ocultarlo, lo confiesa ingenuamente y es allí donde confía lograrla. ¡Y cómo no aprobar esta su manera de pensar y decir! Abrumado de deudas, sin tener de qué vivir, cómo podrá ejercitar el apostolado sin ser una carga para los suyos?

Si desea la tal prebenda es con espíritu desinteresado, sabiendo que el prójimo saldrá más beneficiado que él. Con toda tranquilidad se confía a la bondad y a la omnipotencia del legado Montorio que le ha hecho la promesa. A pesar de todo, como si Dios hubiese juzgado a su siervo muy por encima de las ventajas materiales que son el principio de una carrera banal, Montorio, por más que fuese legado, no pudo obtener lo que solicitaba para su joven amigo.

La noticia lejos de abatir a Vicente lo turbó tan poco que se alegraba viendo en ello un signo manifiesto de lo alto y esta vez fue el fracaso lo que le pareció *beneficio*.

El fracaso por lo demás honraba tanto al protector como al protegido. Tuvo por causa los grandes méritos de Vicente y los elogios que de ellos hacía ante todos el vicedelegado, enterado como nadie de sus virtudes, pues se albergaba en su casa, comía en su mesa y proveía a sus necesidades. Esta intimidad cotidiana había originado en él una admiración sin límites por su huésped que publicada de tal modo fue lo que hizo frustrar sus deseos.

## EL LANDÉS Y EL BEARNÉS

Enrique IV se aseguró en 1608 las perspectivas de un largo reinado. Sin embargo persiguió con no menor ahínco y habilidad la realización de un vasto proyecto según el cual había de reunir a todos los estados de Europa para hacer contrapeso al poderío de la casa de Austria.

Calculó acertadamente que la entrada del Papa Paulo V en la Liga sería de una importancia decisiva, pues seguirían su ejemplo los príncipes de Italia, el duque de Saboya, el gran duque de Toscana, Venecia y las demás potencias italianas. Con este fin destacó en Roma numerosos embajadores encargados de negociar ante la Santa Sede dicha unión. Estos hábiles ministros buscaban algún intermediario verbal, entre ellos y el rey, en quien pudieran

depositar toda su confianza. Mucho habían oído ensalzar por boca del vicelegado la valía y las cualidades de su protegido, por lo cual no dudaron en convenir que él era el hombre que necesitaban.

Después de conversar con él quedaron tan prendados de sus virtudes que inmediatamente le declararon sus intenciones y le confiaron una importante misión ante Enrique IV teniéndolo por suficientemente enterado del asunto para tratarlo y dilucidarlo con su rey tan pronto como el príncipe lo juzgare oportuno. Vicente llegó a principios de 1609.

Aquí nos encontramos ante el secreto. Si está permitido a los historiadores deducir con verosimilitud las principales razones que motivaron el viaje, el objeto preciso de su entrevista con el monarca y de su viaje a Roma permanecen en el misterio. ¿Se trataba sólo de una entrevista? Tal vez de algo más importante. El objeto era de demasiada importancia para poderlo suponer. Sea lo que haya sido, sentimos que nada se haya traducido de lo que allí se trató o resultó.

Enrique IV tenía cincuenta y seis años, Vicente treinta y tres. No obstante los veintitrés años de diferencia, apenas en presencia el uno del otro debieron entenderse plena y francamente y a través de simples insinuaciones. Con toda seguridad la seriedad de los asuntos y de los pensamientos no impidió el giro ingenioso de los conceptos. Los dos interlocutores eran *paisanos*, oriundos del mismo suelo ya que el Béarn y Las Landas son países vecinos y se asemejan como un hermano a otro hermano. El hombre de Francia y el hombre de Dios poseían igual finura; igual amor al bien público, igual profundidad de miras. Con idéntico acento que los asemejaba aun más, hablaban la misma lengua. Sentados ambos a cada lado de una mesa, el bearnés invita al viajero que llega de tan lejos a vaciar con él una copa de vino juraron rosado. Cordial y sonrosado, rápido el gesto, cálidas la mano y la mejilla, el rey habla, expone, ríe, jugando con los dedos en la barba rizada; el súbdito lo escucha atento, comprendiéndolo tan perfectamente, con semblante risueño que en pocos instantes se gana la voluntad del rey. Entre tanto la entrevista se prolonga y el tiempo pasa. En el amplio vestíbulo los introductores y encargados del servicio de antecámara comienzan a asombrarse. Las opiniones y los celos corren con rapidez en el Louvre.

En los pasillos, en los rincones, se oye esta pregunta en voz baja: "Por qué se demorará tanto tiempo con su Majestad? ¿Quién es ese religioso moreno que vimos pasar como una sombra por los corredores?". Algunos, temiendo una ambición en marcha, una influencia, puesta en movimiento, arrugan el entrecejo. No falta quien los tranquilice: "Vamos, al fin y al cabo de quién se trata? De un pobre franciscano de un rincón de Gascuña. Un desconocido. ¿Su nombre? Vicente... me parece, Vicente de... no me acuerdo qué... Bueno, Vicente de... nada".

Ah, señores, tranquilizaos. El recién llegado no os causará la menor molestia. No es su afán granjearse la gracia del rey haciendo que vosotros le perdáis. Sus fines son otros. Ya terminó la audiencia, y sale sin la menor promesa. Es probable que si el rey le ofreció favores, los declinó y al salir se vuelve y os saluda amablemente. No temáis cuando le veáis regresar, dentro de algún tiempo, al despacho del rey. Pero saludadlo con presteza y en voz baja, como a los grandes personajes porque es más importante que Sully, Bassompierre y Crillon; es el embajador de Dios, el futuro ministro de los pobres.

## VICENTE ACUSADO DE HURTO TOMA OTROS RUMBOS

Su breve estadía, en la corte le hizo concebir por ésta un gran temor y huyó de ella. Sin duda el rey le dispensó una acogida benévola que jamás habría de olvidar. Vicente admira y ama en el rey al monarca paternal, al hombre de bien, al político y al católico, tan hábil bajo uno como otro aspecto.

Una vez finiquitada su comisión sólo le persigue una idea: desaparecer en el retiro. La piedad es su única ambición. Un modesto y apartado albergue del barrio de Saint-Germain, casi enfrente del hospital de caridad, le parece la vivienda más adecuada. Admirable ocurrencia la del futuro padre de aquellas santas mujeres que extenderían su gloria por toda la tierra, ocultar su existencia a la sombra de este hospicio de caridad. Los destellos de su obra completa iluminan plenamente el comienzo de la misma. Ordena pues sus actividades en forma simple y laboriosa. Visita los enfermos, los exhorta; acompaña y anima hasta el umbral de la muerte a los pobres moribundos que no tienen más cama que sus brazos. Ofrece a los pebres los socorros que más necesitan, tanto corporales como espirituales y cura a los enfermos del alma más con el aliento de su espíritu que con sus manos de carne. Nada en su vocación, si es lícito hablar así, como en un piélago de felicidad. Pero hay más. La amistad con M. de Berulle que data de este tiempo, llena el colmo de su alegría.

Este modelo de perfección sacerdotal atrae inmediatamente a Vicente. Eran más o menos de igual edad y los une una amistad desde entonces indestructible.

Vicente que conocía bien cuánto vale la consolación, busca un consolador y más todavía un guía. ¿Dónde habría de encontrar un hombre tal sino en el discípulo del gran Francisco de Sales? Nada tiene ya que desear. En la soledad, donde ya no está solo, se siente plenamente dichoso, tal vez demasiado.

Se diría que la dicha, aun siendo ejemplar e irreprochable y tan pura como se puede imaginar, está proscripta no solo a los grandes hombres sino también y con mayor razón a los que Dios ha destinado a la santidad. Esta se opone al ocio y rechaza la comodidad, tanto corporal como espiritual. Un santo sin congojas, sin contrariedades, sin ningún tormento físico ni moral... o que en cada tribulación se mostrara tan injusto y candoroso que se admirase de ella exclamando: "¡Dios mío, jamás me dejas tranquilo, ni siquiera para hacer el bien según mi deseo y el tuyo!", tal santo ya no sería un santo. Perdería de inmediato el título de aspirante a tal. Los santos están destinados a ser infortunados y atormentados proporcionalmente al grado de santidad a que Dios desea elevarlos. Según esto Vicente, como se verá, había de ser objeto de un especial favor.

Se vió precisado, quizá por razones de economía a compartir su habitación con un compatriota, el juez de Sore, aldea cercana a Pouy. El tal juez guardaba su dinero en un armario y siempre que salía tenía la precaución de cerrarlo y llevarse consigo la llave, en lo cual hacía bien, porque en aquellos tiempos, aun en París, el dinero no admitía que se le dejara solo y a puertas abiertas. Una mañana el juez al salir olvidó la llave en la cerradura. El santo que precisamente ese día se encontraba indispuerto y debía tomar un medicamento... —porque la virtud no impide los achaques corporales— se había quedado en cama. Pronto llegó el encargado de traer la medicina. Necesitaba un vaso y buscándolo por todos los rincones abrió el armario donde ojeó las monedas y las arrebató sin dejar una.

El enfermo, que en ese momento estaba vuelto de espaldas, no tuvo tiempo de hacer la menor observación. Después que éste tomó su medicina, el malandrín se retira

"conservando una gran serenidad". Son cuatrocientos escudos. El juez al volver sorprendido y turbado al no encontrar su dinero, fue presa de gran conmoción.

Lo reclama, primera con energía, después con cólera a su compañero de habitación. Vicente le responde que no lo ha visto tocar y que, por supuesto, él nada tiene que ver en el asunto. Entonces el juez, fuera de sí por la pérdida, llega al punto de insinuar que sospecha de Vicente. Y como a tal demencia el pobre sacerdote prefiere oponer un digno silencio, se le acusa del latrocinio. El estupor y la tristeza que embargan al desventurado al saber tal suposición inaudita no hacen más que aumentar la ceguera del juez. Ve en ello una prueba de culpabilidad y arroja a Vicente de su compañía, quien no se resiste. Paciente y manso abandona el cuarto como un culpable. ¿Obtendría así la tranquilidad? No. El vengativo juez se encarniza más aun y lo denuncia ante todos, incluso ante M. de Bérulle al cual lo describe como un criminal.

M. de Bérulle debió sonreír, aunque solo un instante; tal fue el dolor que le causó ver a su inocente amigo tan vilmente calumniado. Probablemente sufrió más él que la misma víctima.

Aunque los clamores divulgados hubiesen llegado a convertirse en un "espantable rumor", Vicente de Paul no exteriorizó la menor señal de molestia.

Conservó su equidad de ánimo, de lo cual tenemos el comprobante en su propio testimonio, aunque expresado a su manera. No pudiendo ocultar el suceso, como lo hiciera con su aventura por tierras berberiscas, se refiere a él con la modestia habitual que evita lo escénico. Relata el hecho, pero como si se tratase de otra persona: "Conocí una persona que acusada por su compañero de haberle sustraído cierta cantidad de dinero, contestó suavemente que no lo había hecho. Pero viendo que el otro perseveraba en la acusación, tomó otros rumbos, y se dirigió a Dios diciéndole: "¿Qué haré, Señor ?, tú sabes "la verdad". Entonces confiado en El resolvió no responder a las acusaciones que llegaron a propalar el latrocinio y decidió hacérselo conocer".

En verdad es imposible meditar estas líneas sin concluir de ellas la admirable y piadosa sabiduría que constituían en Vicente el fondo de su carácter. Posee el "buen sentido de lo divino". Toda su vida observará esta regla de conducta. Siempre que tropiece en su camino con un obstáculo humano grande o pequeño, "cambiará de rumbo" en el sentido de lo bueno. Como recompensa obtendrá, aun más tarde, el triunfo de su causa y contra toda esperanza se justificará más allá de sus deseos.

Tal fue el caso del asunto que nos ocupa, cuya solución él mismo relata: "Pues bien, sucedió y quiso Dios que después de seis años, el que había perdido el dinero encontrase al ladrón, a unas ciento veinte leguas de aquí. Este ladrón así como el robado vivían en Burdeos. "Allí fue puesto en prisión a causa de un nuevo crimen. Conocía perfectamente al juez de Sore y no ignoraba que el dinero robado hacía tanto tiempo, le pertenecía. Asediado de remordimientos llamó a su víctima al calabozo y le confesó todo lo sucedido". El magistrado sintió entonces lo detestable de su pasada conducta y escribió a Vicente una extensa carta en la cual le conjuraba le perdonase, protestando *que si no lo hacía iría personalmente a París, se arrojaría a sus plantas e imploraría gracia con la soga al cuello*. Vicente se juzgó por demás indemnizado con tan feliz arrepentimiento. Perdonó al juez dispensándolo del viaje y de la humillante diligencia. Recordemos que el arrepentimiento del magistrado se produjo recién seis años después. Volvamos al tiempo en que calumniado no obstante su bondad angélica y apenado por el incidente, decidió, para evitar la repetición de semejantes

contratiempos, ocultar más que nunca su vida. Creyó, desde que llegó a París, haber hecho lo bastante al respecto. Suprimió su apellido de familia, aun cuando hayamos seguido aplicándose, por parecerle demasiado solemne, contentándose con llevar el solo nombre de pila, único por el que se le conoció, aun en vida. Proscribió de su alrededor hasta la menor señal que pudiera revelar los destellos de su inteligencia, la amplitud de su saber y los títulos conquistados. Asediado por las preguntas, se hacía pasar por un pobre estudiante, apenas en posesión de los primeros rudimentos de la gramática. Permanecer en la oscuridad lo henchía de alborozo. Hablaba de sí —él mismo lo atestigua— "como del último de los hombres".

Pero sería demasiado bello e injusto que tantas precauciones fueran suficientes, para asegurar, aun a los espíritus superiores, el éxito fundado en ellas. El placer de la vida desapercibida no se dispensa a los santos durante mucho tiempo. No pertenece a la iniciativa humana escoger los sacrificios que han de agradar a Dios. Es Dios quien los envía al hombre y quien en ellos se ostenta.

Por esto acontece que las medidas más severas adoptadas por el hombre en este sentido, son con frecuencia de efectos opuestos. La extrema discreción acucia a los indiscretos. Esfuércese quienquiera por ocultar su vida y los curiosos perecerán por penetrarla, no sólo los malévolos sino también los bien intencionados.

## LA REINA MARGARITA

En el suburbio de Saint-Germain, donde se radicó Vicente para sepultarse en el olvido, se elevaba a escasa distancia de su residencia el palacio de la reina Margarita.

Sobre la calle que ahora lleva su nombre ocupaba una vasta extensión, rodeado de jardines y terrazas que avanzaban hasta las orillas del Sena. La magnífica construcción que se ve en el número 6 puede ser, sino en su totalidad al menos en parte, la mansión donde vivió la hija de Enrique II después que abandonó el trono. Cuando Vicente se instaló en dicho barrio no ignoraba la terrible vecindad..., sin embargo no se arredra. ¿Habría alguna posibilidad de que la soberana de ayer, hoy moradora del palacio, se preocupase por el pobre y mal vestido sacerdote de la calle, oculto en su vieja bohardilla? ¿Sabía siquiera que existía un tal Vicente? ¿Quién le hablaría de él? "¡El rey, temió un instante, el rey que me recibió!". Pero se tranquiliza: "Las razones que motivaron la entrevista secreta harían desistir al rey de comunicar sus asuntos políticos a aquella alocada mujer. Además se veían sólo rara vez. Por consiguiente, no había que inquietarse por este lado".

Pero por apasionado que sea en alguien el deseo de no aparecer, es muy difícil evitar ciertas amistades aun contra la propia voluntad. Vicente trabó amistad, por acaso y sin ningún género de desconfianza con un tal Dufresne, hombre piadoso y probo, que le pareció digno de toda simpatía. Después descubrió que este amable personaje era el secretario privado de la reina Margarita. ¿Lo supo desde los primeros días o más tarde? Poco importa. M. Dufresne impresionado por las raras prendas del sacerdote, habló de él a la princesa en forma tan persuasiva que ésta quiso elegirlo al punto por su capellán. Es de imaginar la sorpresa de Vicente decidido a vivir en adelante en el más completo ocultamiento. Pero sea que M. Dufresne hubiera desplegado suficiente elocuencia como para vencer sus escrúpulos, sea que el santo hubiese visto en la afirmativa un medio providencial de hacer mayor bien al



amparo todopoderoso de la reina que el que podía llevar a cabo en la vida mediocre a que se había confinado, el caso es que aceptó aunque con ciertos recelos la ventajosa oferta.

Es comprensible su inquietud. Ya no se parecía la princesa a la Margarita de los impíos tiempos de los últimos Valois, delirante por el lujo y cuya ligereza de costumbres obligó a su marido, airado por sus amores escandalosos a pesar de su escasa severidad, a encerrarla en el castillo de Usson, en la soledad de las montañas.

Más tarde, cuando éste subió al trono de Francia, obtuvo del Papa Clemente VIII la anulación de su matrimonio; ello significó para la ex-reina la vuelta a la cordura y a la vida ordenada.

Tanto en París como en Auvernia se esforzaba por borrar los escándalos de su juventud por medio de una vida regular en la que sobresalían las buenas obras. Frisaba por este tiempo en los cincuenta y seis años. A pesar de los afeites con que velaba su marchita hermosura no podía disimular el avance de los años. Ostentaba sin embargo cierta frescura y un resto de ardor juvenil, pero empezaba como su madre a envejecer en la obesidad. Había sido muy bella y jamás había atormentado su rostro con siniestros propósitos, por eso no tenía el taimado mentón maternal ni el labio flácido de los Médicis. Gozaba todavía de cierta fama y prestigio, más tal vez debido a los desórdenes de su célebre pasado que a la tardía dignidad de su retiro. A falta del trono perdido, sus faltas le erigieron un pedestal, desde el cual ejercía sobre su séquito y sus allegados cierta autoridad inofensiva y consentida. Sin incurrir en el desprecio, no pudo nunca granjearse la estima completa. Tal vez se hablaba de ella con sonrisas malévolas, pero había sido tan amable y amada que inspiraba una especie de consideración, porque a pesar de sus años conservaba cierta bondad y sencillez sin etiqueta.

La edad era incapaz de detener el torrente de liberalidad y osadía que siempre brotara de ella; de igual manera el ceremonial y la etiqueta, exigidos hasta el fin por la difunta reina Catalina no tenían cabida en el palacio de Margarita. Sin embargo su vida transcurría en una verdadera corte, con sus fiestas, sus luces y sus horas de brillantez.

La hija de Enrique II heredó de sus padres la pasión por los espléndidos caballos, por los mastines, por la alegre algazara de una lujosa servidumbre.

De su madre heredó aquella cultura de espíritu rayana en lo pretensioso así como el cariño por las bellas letras, por los manuscritos iluminados, por los libros hermosamente encuadernados, de los cuales Catalina poseía en su gabinete verdaderos tesoros. Por lo mismo gustaba rodearse de autores, de músicos y de poetas. Tenía entre manos la redacción de sus memorias.

En este ambiente deslumbrante y nuevo iba a entrar Vicente, como un libro de oraciones arrojado en medio de un palacio.

Dos años permaneció en el palacio de la reina Margarita. Sólo es posible sospechar cuántas cosas vió y oyó en este breve tiempo, aun con los ojos y oídos cerrados y a pesar de la modestia con que desempeñaba su cometido. Es de lamentar que guardara siempre, fiel a su ordinaria reserva, el más completo silencio acerca de su estada en la Corte. Intentemos sin embargo un ligero esbozo, no por el vano placer de describir, sino para formarnos una idea sensible y útil de la vida del santo en esos momentos. Espectáculo curioso y atrayente que no podía dejar de interesarlo a pesar de su despego de las cosas del mundo y que debió impresionarlo con rudas lecciones y recuerdos imborrables.

Cuando vio a la reina Margarita adornada con sus joyas más espléndidas, sentada frente al retrato de su madre en vestiduras solemnes pintada por Francisco Clouet acariciando

soñadora uno de sus falderos, o cuando escuchaba los numerosos episodios que solía narrar de su infancia, de su desgraciado noviazgo con Enrique de Navarra que no amaba y con quien se había casado obligada por su madre, y cuando con brusco salto pasaba a evocar las fastuosas fiestas de su casamiento en el Louvre y en Nôtre-Dame sin olvidar detalle : " ...Y yo, Padre, deslumbrante de piedras preciosas, vestida, de reina con corona y manto de arminio moteado y gran capa azul con cola de cuatro varas de largo llevada por tres princesas, y el pueblo abajo estrechándose y ahogándose por vernos... ", ¿qué pensaría el encogido sacerdote negro desde lo más profundo de su respetuoso y triste silencio?

Y cuando en el ejercicio de su ministerio escuchaba la confesión de los últimos pecados, tal vez no más mortales, de aquella "Margot" y cuando usando de toda la generosidad de su corazón depositaba la sagrada hostia sobre la lengua en otros tiempos pecadora, ¡cuántas comparaciones y estremecimientos surgían en su espíritu, iluminado siempre por la plegaria! Todo esto debió aumentar su compasión y madurar las fuerzas de su alma. ¿Dónde hubiera hecho mejores experimentos acerca de las grandezas y miserias humanas? Los Franciscanos, Zaragoza, Tolosa, fueron escuelas donde comenzó y perfeccionó sus estudios.

Y ahora la Corte. ¡Qué Universidad!

## EL DELFIN

Entre las personas que por allí se dejaban ver, una sobre todo llamaba gustosamente su atención. Este gran personaje, aunque pequeño en edad, residía enfrente, en la orilla opuesta del Sena, en un palacio mucho más suntuoso que el de la barriada de Saint-Germain: en el Louvre. El joven delfín Luis, hijo de María de Médicis era llevado de vez en cuando al palacio de la reina Margarita. Lo distinguía con su afecto a causa de la extraña e instintiva antipatía que el príncipe demostraba desde que tenía dos años por los hijos naturales del rey; y la recreaba el vigor inconsciente de su conversación en la que gustaba respirar la impetuosa lozanía paterna.

En aquel año de 1609 tiene ocho años. Héroard, su fiel médico, a quien Enrique IV le ha confiado desde su nacimiento y quien más tarde en un asombroso diario anotó escrupulosamente lo que el niño hacía y decía desde que se levantaba hasta que se acostaba, escribe el 24 de enero : "*A la una de la tarde el rey lo lleva al palacio de la reina Margarita. El 10 de febrero va a la Cartuja y a la Feria, acompañado por vez primera por la reina Margarita quien le regala un camafeo y un collar de diamantes, valuado en diez mil escudos y ordena al orfebre, entregarle lo que pida prometiendo pagar lo que fuere*". De aquí se puede inferir cuánto le placía mimar al delfín. El 16 del mismo mes: "*Lo llevan al palacio de la reina Margarita, a lo de M. Concino y a lo de M. Gond. El 7 y el 14 de agosto la vuelve a ver. El 13 de noviembre vuelve a estar con ella después de haber perseguido una liebre en el palacio de Luxemburgo. El 10 de diciembre y vuelve en carroza, y de nuevo el 21, día en que juega en los jardines, baila y oye música*". La visita, pues, nueve veces en el año, aunque es posible y probable que hubiera estado otras veces y que Héroard no lo juzgara digno de consignarlo. Esto basta para poder afirmar que Vicente lo conoció y habló con él, si no en todas las visitas, por lo menos en algunas. Luis era de carácter ardiente y arrebatado, a tal punto que su padre ordenaba con frecuencia recurrir al látigo.

El 24 de junio, a pesar de sus ocho años, incurre en este castigo por haberla emprendido a raquetazos con uno de sus lacayos... Es pues muy verosímil que en vista de su difícil carácter,

la reina Margarita lo pusiera en contacto con su capellán para que éste, llegada la oportunidad, lo aconsejase y atrajese a la suavidad. Si se pregunta por qué en el diario de Héroard no existen indicios de la intervención de Vicente, responderemos que el médico no se creía obligado a referir más que los nombres de personas importantes y que probablemente el capellán, víctima de su modestia, era considerado a pesar de sus virtudes como un buen sacerdote sin importancia.

El delfín oye regularmente misa con el rey, va a vísperas a San Antonio des Champs, es conducido entre semana a la iglesia, lava el jueves santo los pies a los pobres y el viernes santo oye el sermón del P. Coton con quien se confiesa el sábado y a quien vuelve a oír el domingo de pascua, reza mañana y tarde sus oraciones y algunas semanas va a misa casi diariamente, el 12 de agosto a l'Abbaye, el 15, 21 y 22 al bosque de Vincennes, el 30 a los Mínimos, el 13 de setiembre a Picquepusse. Un día dice a su médico:

—Señor Héroard, acabo de inventar una sentencia. —Señor, decídmela, si tenéis en ello placer.

—Sí, señor. Dicen que Dios castiga a los niños malos. Pero yo he inventado esta otra: A los niños que temen a Dios, Dios los ayuda...

Ahora bien, es inadmisibles que un niño educado en semejantes condiciones, no fuera presentado al capellán en ninguna de sus visitas, no más que por respeto y cortesía; en este caso nos parece necesario que Vicente conoció entonces al pequeño delfín, del cual había de recibir entre sus brazos, treinta y cuatro años más tarde, el último suspiro de rey.

Pero nuestro santo no se encontraba en la corte de Margarita, en el verdadero lugar de su destino. A pesar de tantas ceremonias, la religión cortesana que se practicaba en el palacio de la anciana y siempre frívola princesa, no era más que pretexto de suntuosas solemnidades. En ellas se respiraba un incienso profano.

El arrepentimiento de la antigua coqueta era alimentado y endulzado con mil añoranzas, expiación de sus amoríos. No obstante los monjes, los altares, las procesiones, las visitas en carroza a los conventos y a los cementerios, Dios ocupaba el segundo lugar en la mayoría de estas piadosas diversiones en que las genuflexiones alternaban con los pasos de danza. Además de esto, meriendas con vinos de España, poesía, delirio por Ronsard, odas, justas de ingenio que anunciaban la venida de las "Preciosas", comedias, jaulas de pájaros azules, música de M. de Bouillon "ejecutada por un laúd, un clavecín y una viola", algazara de alegres carcajadas que sobresalían sobre el piafar y el relinchar procedente del piso bajo "de la gran cuadra de las caballerías...".

Entretanto Vicente continuaba desempeñando su trabajo de hormiga, completamente calmo en medio de aquella pajarera humana. No se preocupó por abandonarla poniéndose en manos de Dios y esperando que El le indicara el momento decisivo. Este vino pronto y de manera por él jamás imaginada.

## VICENTE Y EL DEMONIO

La reina Margarita a quien gustaban sobremanera las conversaciones sabias, tenía en su palacio cierto doctor, controversista famoso por su celo y por sus trabajos contra los herejes, el cual se vió en la necesidad, a causa de sus nuevas ocupaciones, de renunciar al cargo de teólogo que desempeñaba en su diócesis. Con esto se descaminó su vida.

Pero escuchemos a Vicente acerca del particular: "Como no predicaba ni explicaba el catecismo era turbado en su inactividad por una ruda tentación contra la fe; lo que de paso nos enseña cuán peligroso sea vivir en la ociosidad, tanto corporal como espiritual. Porque como la tierra por fértil que sea, viene a producir luego cardos y espinas si se la deja inculta, así también nuestra alma no puede permanecer largo tiempo en el ocio y la inacción sin ser víctima de pasiones y tentaciones que la lleven al mal. Este doctor, pues, viéndose en tan lamentable estado, vino a mí y me declaró que se sentía agitado de violentas tentaciones contra la fe y que hasta le venían a la mente blasfemias horribles contra Jesucristo y desconfianza de su salvación. A veces era víctima de la desesperación en grado tal que se sentía impulsado a arrojarle por una ventana y llegó a tal extremo que fue menester dispensarlo del rezo del breviario, de celebrar misa y hasta de hacer cualquiera oración ya que apenas empezaba a rezar, aunque sólo fuera el *Pater*, veía aparecer mil espectros que grandemente lo turbaban; y su imaginación estaba tan debilitada y su espíritu tan agotado de hacer actos contrarios a dichas tentaciones que le era imposible seguir haciéndolos". Parece probable que este pobre hombre trastornado por pavorosas visiones fuera víctima de una violenta neurosis. Pero en aquellos tiempos tales fenómenos se atribuían al diablo. Al primer síntoma anormal que la ciencia era incapaz de explicar, se acudía a la intervención del maligno haciéndose cruces. Todos los desarreglos nerviosos se suponían efecto de su poder y maldad. ¿Alguien perdía la razón? Era bajo su soplo. ¿Un cuerpo se retorció? Era bajo su garra...

Pero por otra parte cuando se han visto tantos cerebros firmes, tantas almas escogidas como el P. Barré, Pascal, el cura de Ars... por no mencionar sino pocos nombres, asediados, revolucionados en lo más íntimo de su espíritu por semejantes tempestades, ¿quién se atreverá a afirmar que la perfección y la santidad no atraen con preferencia el rayo satánico y que tales conmociones sobrenaturales no son la condición misma de lo sublime a que tienden y el elemento indispensable de su salvación? Vicente quedó tan impresionado ante el lamentable infortunio de, aquel desventurado que concibió, en el ardor de su fe, la conmovedora resolución de sustituirlo en su tribulación. Y no solo por temor de que su amigo desesperado acabase abandonándose a la blasfemia, sino también por espíritu de penitencia y sacrificio, se ofreció al Señor como víctima para soportar en vez del teólogo las torturas que dieran con éste en el borde de la tumba.

Quien dijo por primera vez, "que no hay que tentar a Dios", pronunció ese día una verdad eterna. Dios, al hacer a Vicente el tremendo favor de escuchar su plegaria, la aceptó en toda su extensión. Por un primer milagro libró al enfermo de su tentación. Desaparecieron las angustias, sobrevino una profunda paz y los nubarrones que ensombrecían su alma se disiparon. Su tierna piedad por Jesucristo volvió a florecer más viva que nunca y hasta la hora de su muerte pudo bendecir a su Creador por haberlo librado del abismo en que estuviera sumergido. Pero al mismo tiempo, por un nuevo milagro tan asombroso como el primero, las tentaciones del liberado pasaron al espíritu de Vicente conmoviéndolo con su ímpetu. Como nuevo Job, parecía entregado a los furores del demonio, y hubiera sido el más doloroso de los espectáculos ver a este santo, modelo de virtud, de bondad y de mansedumbre, atacado de esta manera por el infierno y torturado como un condenado, si al mismo tiempo este suplicio no le hubiera dado ocasión de demostrar a todos el más admirable valor y la más celestial resignación.

Como no conseguía aliviarse ni con la oración ni con la mortificación, se impuso la ley de proceder siempre en sentido contrario de las sugerencias diabólicas; redobló la humildad y

la caridad entregándose a los pobres con todo el ímpetu del mal que lo aquejaba. Cuatro años duró la lucha. Vicente, a fuerza de resistencia, escribió el *Credo* en un papel que llevaba sobre el corazón, previniendo a Dios que cada vez que asaltándolo Satanás llevara la mano al pecho entendiese que rechazaba con horror sus ataques. "Un día en que no podía más, nos cuenta su confidente M. de Saint-Martin, determinó tomar una resolución firme e inviolable para honrar a N. S. Jesucristo e imitarlo como hasta entonces nunca lo había hecho *entregándose toda su vida al servicio de los pobres*". Sin duda se había ocupado de ellos, pero los cuidados que les dispensaba carecían del carácter de exclusividad total y sin límites en el tiempo. Pronunciar un voto tal significaba para él renunciar para siempre a todo honor, a todo bienestar, a toda riqueza personal, a toda ambición aun permitida, era podarse para el mundo, formar su existencia de un modo "*para volverse al otro*" y permanecer en él para siempre. Apenas hubo encontrado el camino de su vida formulando este solemne propósito, cuando la tentación se desvaneció y la luz inundó su alma bienaventurada. Como otrora en las costas del Africa, debió cantar sonriente y "con la voz entrecortada por los sollozos" el *Super flumina Babylonis*.

## LOS ANGELES DE CLICHY

Vicente, desde el final de la crisis que acababa de sortear, tomó la resolución de renunciar al cargo de capellán de la reina y de abandonar la Corte, demasiado agitada para él, de la cual lo apartaban además sus nuevos pensamientos. ¿Pero a dónde retirarse en busca del recogimiento deseado? Pensó que nadie como M. de Bérulle podía procurárselo. ¿No fue en el hospital de la Caridad donde sin conocerse se encontraron y trabaron amistad a la cabecera de los enfermos?

El recuerdo de aquella amistad efectuada en semejante lugar dirigió a Vicente de manera completamente natural por el camino que deseaba emprender en adelante. El P. do Bérulle también lo esperaba. Con gran regocijo le ofreció el retiro de su casa ya que precisamente entonces se dedicaba a congregar una falange de hombres capaces de reparar bajo su dirección los males del protestantismo y de restaurar la piedad perdida o entibiada.

¿Desempeñaba todavía el cargo de capellán en 1609, época en que María de Médicis no se ruborizaba de tomar parte en las danzas del palacio de la reina Margarita? Y algo más tarde, cuando fueron trasladados a París los restos de Catalina, ¿participó en las ceremonias?

Sin que sea permitido deducirlo del ceremonial fúnebre, es sin embargo muy probable. Hacía veinte años que la viuda de Enrique III, fallecida y sepultada en Blois, aguardaba en una miserable fosa los honores del mausoleo que construyera para, sí en vida en San Dionisio, donde su imagen arrodilla oraría eternamente junto al rey su esposo.

Pero Margarita se preocupaba poco por su madre. Si

Catalina ocupó al fin el lugar por ella elegido, no lo debió a su hija, sino a los buenos e inesperados oficios de una anciana, Diana de Augulema, duquesa de Montmorency, hija bastarda de Enrique II. El traslado de los reales restos dio ocasión a suntuosas ceremonias en las que participaron ambas cortes, la del Louvre y la del barrio de Saint-Germain, con asistencia de la reina Margarita, el Delfín y dignatarios del Clero. Es pues difícil de creer que faltara el ex-capellán de la hija de Catalina. Entonces, delante del catafalco de la que había querido o permitido el crimen de San Bartolomé, el antiguo pastor de Pouy revivió los

momentos de aquellas veladas en que sus padres mencionaban temblorosos la fatal noche de 1572.

FA asesinato de Enrique IV ocurrido poco después de su partida de la Corte produjo sin duda en su alma iguales sentimientos de dolor y compasión. Aun no siendo testigo de los incidentes de aquellas horas de desorden, padeció sin embargo sus penosos efectos. A pesar de sus desvíos, estimó siempre a este príncipe ardiente pero justo y bueno al que apreciaba como gran rey y del cual pudo decir más tarde "que haciéndose hijo de la Iglesia se convirtió en el padre de Francia". La pérdida le fue sensible... y quién sabe si al oír la noticia del atentado no corrió al Louvre para contemplar una vez más y bendecir a aquel a cuyo lado lo reclamara hoy como ayer "una misión".

No obstante la falta de pruebas, es lícito creer que Vicente estuvo presente a las escenas fúnebres que tuvieron lugar a la muerte del rey, así como a la ceremonia de la víspera, a la misa solemne celebrada igualmente en San Dionisio con motivo de la consagración de María de Médicis, en la cual la primera mujer del difunto, Margarita, de la que hasta ayer fuera capellán, llevaba, erguida la frente; la cola del manto de su rival.

Por este tiempo vivía en París l'Oratoire, siendo designado a los dos arios para ocupar el curato de Clichy, a la sazón vacante. Aunque el nombramiento no fue muy de su agrado, concluyó por aceptarlo. Su modestia fue la única causa de su duda.

Ignorando sus méritos no se creía capacitado para ocupar puestos de responsabilidad. En Clichy como en otras circunstancias anteriores se reveló superior a toda esperanza, desplegando tan grande celo que a poco de entrar en contacto con sus feligreses, éstos le dispensaban ya el más sincero afecto. No contento con conocerlos a todos, interesarse de cada uno, visitarlos, confortarlos, ser su guía y su modelo, quiso ser también un amigo fuera de las funciones de su ministerio. No hacía acepción de personas, antes bien, cada cual pensaba al dirigirse el santo a otra persona: "Yo soy el preferido" y no dando lugar a celos ni envidias gracias a su mansedumbre hábil y soberana. De tal manera supo multiplicar alrededor de sí su acción bienhechora que al poco tiempo parecía no tener más que hacer en provecho de sus fieles. Llegó a realizar cuanto es posible imaginar. Volvió a las prácticas religiosas a aquellos que las despreciaban, llevó la esperanza a los desconsolados y la salvación a los que parecían condenados. Su iglesia estaba en ruinas: él la reconstruyó; estaba falta de mobiliario y ornamentos: él la abasteció de todo lo necesario y aun la enriqueció de modo que más de uno encontraba placer en visitarla. Para hacer frente a tantos gastos no andaba en busca de dinero. El dinero venía en su busca y sin que sus ovejas tuvieran que sufrir por ello debido al cuidado que ponía en administrarlo. El dinero provenía de París como venido de arriba, dispensado por el Gran Tesorero, pues su afabilidad era tan conmovedora que ya fuera Dios, ya fueran los hombres los importunados, con sólo desear obtenía lo deseado. Si se permite la expresión, seducía a cuantos trataba. Dicen sus contemporáneos que pintaba la virtud con colores tan atrayentes que la hacía aparecer deleitosa y digna de envidia. El sacrificio adquiría en sus labios un encanto tan poderoso que el oyente volaba a su encuentro. No pudiendo suprimir la cruz, que de grado o por fuerza todos hemos de llevar, la presentaba cubierta de flores.

Su mano aun de lejos sostenía, su voz secaba las lágrimas.

Los habitantes de Clichy de 1610 vivían con tal edificación que un contemporáneo asegura : "vivían como ángeles".

Sin embargo, estos pobres ángeles debieron resignarse a que su serafín los abandonase : "Hecha la casa, se va el albañil", dice el refrán. Siendo más necesario en otros campos de mayor trascendencia, M. de Bérulle hizo un llamado a Vicente. Si éste escuchó su deseo se debió a la autoridad, que su maestro y amigo ejercía sobre él y a la cual su voluntad estaba lejos de sustraerse. Tratándose del deseo de un amigo de absoluta confianza, carecía de libertad. Sabía los riesgos de seguir la propia voluntad; ahora bien, este pedido no lo era. Sólo reconocía una voluntad: la de Dios, que estaba siempre pronto a seguir, sobre todo cuando le era expresada por otro de más cualidades que él. En su sublime modestia sólo dudaba de sí mismo.

Vicente experimentó en Clichy tal contentamiento que decía para expresarlo: "El Papa es menos feliz que yo". Llegado el momento de abandonar el incomparable rebaño de "sus ángeles", el corazón se le partió en dos. Lo acompañaron fuera del pueblo lo más lejos que pudieron, todos lloraban y él tanto o más que todos. En particular se lamentaban los pobres, pues a ellos dedicó sus preferencias.

Después de muchos adioses y apretones de mano, llegó el momento de arrancar las suyas a los que las besaban, impartió la última bendición a su pueblo congregado de rodillas al borde del camino y partió, volviéndose desde el coche que lo llevaba "con su pequeño ajuar", no muy velozmente, porque el cochero no quería azuzar los caballos para que el pueblo pudiera verlo más tiempo agitando su sombrero. Para atenuar el pesar de los que quedaban y engañarse un poco a sí mismo, decía a su pesar: "¡Hasta vernos otra vez!", pero sabía muy bien que había cumplido allí su cometido y que no volvería jamás. Qué tremendo y profundo contraste entre la vida tranquila de la víspera y la que le aguardaba mañana! Al pensarlo se estremecía. ¿Volvería a la Corte? No, sino a un alto puesto que ocuparía en el palacio de Felipe Manuel Gondi, Conde de Joigny, general de las galeras del rey.

## UN DISTINGUIDO PERSONAJE

Por su ilustre pasado, por su presente digno de él, la casa de Gondi brillaba entre las más famosas. Originaria de Florencia, había dado a Enrique II un jefe del palacio, después un mariscal, sobrino y hermano de tres Gondi que se sucedieron de 1572 a 1622 en la sede episcopal de París, más tarde un diplomático célebre por su boato, dueño en Saint-Cloud de una residencia, donde se encontraba Enrique II cuando fue asesinado. Manuel, hijo del mariscal y esposo de doña Francisca Margarita de Sully, tenía entonces dos hijos varones, Pedro, más tarde duque de Retz; par de Francia y heredero de los cargos paternos, y Enrique, muerto en la flor de su juventud a consecuencias de una caída de caballo. En 1614 tuvieron un tercero y último hijo, más tarde cardenal de Retz, de talento genial y vida escandalosa. Manuel de Gondi se hallaba en aquel año de 1610 en el apogeo del brillo irresistible que prodiga la juventud y la fortuna a sus favorecidos.

Imposible enumerar los "por vida de..." que como balas de arcabuz escapaban de los labios de quienes por vez primera contemplaban al espléndido señor. He aquí al arrogante caballero, al sonriente personaje. Un birrete de blanco penacho, elegantemente inclinado hacia una oreja, oculta un ángulo de su espaciosa frente. El rostro, perfectamente oval, se recorta entre un oleaje de espesos cabellos. Cejas a la Ducerceau se extienden sobre los ojos meditabundos. La nariz aguileña se detiene sobre un bigote felino. La barba puntiaguda avanza sobre la gorguera almidonada, sobre pliegues de terciopelo bordado de oro y encajes en los cuales campea la cruz del Espíritu Santo. Con tales atavíos y paramentos nos lo trae un

grabado de Duflos, a cuyo margen, orlada de cintas, se lee su divisa: "*non sine labore*" y se ve su escudo de armas : Dos mazos de sable en sotuer sobre campo de oro, ligados en su parte inferior por cinta de gules ; el blasón timbrado con corona condal, teniendo por cimera un mazo de armas, rodeado el todo por los collares de San Miguel y del Espíritu Santo. En la parte baja dos anclas en sotuer, recuerdan las funciones de Felipe Manuel de Gondi, general de las galeras a los treinta años.

Junto a esta solemne estampa pongamos la humilde imagen de Vicente, vestido de humilde sotana negra, emblanquecida en los codos y especialmente en las rodillas, sin duda menos brillante que el último de los lacayos de antecámara Contemplemos su actitud a la vez digna y humilde, no menos imponente bajo la modestia de sus vestidos que la del señor cubierto de fastuoso paño. El cuadro nos presenta la reunión de dos hombres que hechos el uno para el otro y llamados a completarse mutuamente, echarán más tarde los cimientos de una obra admirable y monumental.

Por de pronto se dedica a la educación de los dos pequeños Gondi, ocupación sencilla pero no carente de importancia. Educar en sus tiernos años, cuando han salido de la tutela de los ayos, dos pequeños grandes señores contentes de que lo son, enseñarles en qué consisten los deberes que de ello se derivan, atribuyendo a la palabra *educar* su sentido más elevado y estricto, es decir, *obtener* verdaderos hombres conscientes de las funciones a que Dios los ha destinado, imbuir en la obediencia a quienes han de mandar, enseñar el justo empleo de las riquezas a quienes han de ser el sostén de los pobres, encaminar dos personajes hacia las cumbres divinas y humanas honrando un glorioso apellido, tal fue la misión confiada a Vicente y por él resueltamente aceptada. Madame de Gondi fue su principal colaboradora, pues la opulencia de su casa lejos de menoscabar la religión, contribuía generosamente al esplendor de la misma. En ella, no estaba la piedad supeditada al lujo, sino el lujo al servicio de la piedad. Dios primero y el rey después Ambos señores y el resto de los hombres recibían, cada cual según su condición, su parte proporcional de fasto y munificencia. Todo ello sucedía, como se comprenderá, entre no poco estrépito y rumores profanos. El ex-capellán de Margarita de Valois, maltrecho aun de su paso por la Corte y temiendo iguales contratiempos, elaboró, para evitarlos una severa regla de conducta que nos revela uno de sus biógrafos: "Firmemente determinado a combatir la disipación con la prudencia y la sencillez, hizo propósito de no presentarse a M. y Mme. de Gondi sin ser por ellos llamado y de no entrometerse en lo que no atañese directamente a su cargo de preceptor. Fuera del tiempo consagrado a la educación de sus alumnos o a obras de caridad, jamás abandonaba su habitación. Era ésta para él una verdadera celda y a pesar de las idas y venidas supo hallar en ella el más absoluto retiro.

Sólo un hombre de sus cualidades era capaz de llevar, dentro de la mayor perfección, esta vida múltiple de silencio y de clausura, de profundo estudio, de solícita dedicación a sus alumnos al par que de participación en las fiestas y recepciones, en las que M. de Gondi le juzgaba indispensable. Nada digamos de su vida exterior de caridad, de limosnas, de visitas a los hospitales y de su correspondencia, que empezaba ya entonces a absorber buena parte de su tiempo. Cuán difícil es, en medio de tantas ocupaciones, conservarse de continuo en la presencia de Dios! Felizmente encontró para ello un medio eficaz. Se impuso la obligación "de tener presente a N. S. Jesucristo y honrarlo en la persona de M. de Gondi, y a Nuestra Señora en la persona de Mme. de Gondi; y de ver en la de cada uno de los domésticos y siervos, cualesquiera fuesen, la muchedumbre de discípulos que seguían al Salvador". Declara candorosamente "que esta consideración lo conservó siempre en gran modestia y



prudencia de todas sus palabras y le confirió el afecto de sus señores y de toda su servidumbre y el medio de hacer notable fruto en esta familia".

Y añade "que este medio tan sencillo le había sido de gran provecho para no ver sino a Dios bajo diversos aspectos en todas las personas con quienes trataba habitualmente y para no hacer nada ante los hombres que no fuera lícito a los ojos del Hijo de Dios, si hubiera tenido la dicha de vivir con él durante su vida mortal".

¡Declaración de excelsa sublimidad! Habla aun el pastor con la inocencia de los eriales y la frescura primaveral de su fe. ¡Ver a Dios en todos y en todo! "Medio sencillo" lo llama él, en el cual le bastaba solo pensar para tenerlo a mano. Quien se imagine a Vicente viendo en la enojada figura de Manuel de Gondi, deslumbrante de pedrería, de espada y daga a la cintura, al Señor de su señor, al Salvador inmaterial envuelto en sencilla túnica de pliegues paralelos hasta los pies desnudos; y en la persona de la generala solemnemente ataviada y cubierta de verdugados y canelones, a la Inmaculada cuyo único adorno son los lirios... y tenga presente la clave del sistema, estará tan lejos de sonreírse como de asombrarse, por poco que sea. Es que los santos son los más grandes visionarios y poetas. Sólo ellos son capaces de contemplar las cosas de este mundo a través de su apariencia terrena.

De esta manera nos revela, sin nombrarse a causa de su modestia, su manera de vencer los obstáculos y la política de su vida entera. Ver todo en Dios y Dios en todo, he aquí su programa habitual. Había penetrado el gran secreto: Dios no está únicamente en el cielo, lejos de nuestros ojos y de nuestro espíritu, sino también en la tierra, en medio de nosotros, "en lo de todos los días", encerrado y conteniendo todas las cosas. Lo supo descubrir en la humanidad y en cada uno de sus miembros, aun en los injustos, los rastreros, los indignos. A la vista de un miserable, de un impuro, olvidaba la miseria y la impureza para no acordarse más que de la inocencia y de las grandezas ignoradas o perdidas, restableciéndolas al esplendor que hubieran podido o debido tener, reconstruyéndolas en Dios cuya imagen indeleble y majestuosa veía de tal manera en todos los hombres que llegaba a sustituirlos y aniquilarlos. El hombre quedaba entonces reducido a la nada y para Vicente todo se explica y se hace fácil. El infeliz, deshecho de la sociedad, el pobre, inmundo y repelente, la pecadora, llorosa o sonriente, el muchacho cruel, el bandido, el galeote, los monstruos reprobados de toda laya... allí está Dios. Dios está en ellos o muy cerca de ellos, asediándolos para convertirlos en su morada; tal vez ya lo son o lo serán muy pronto, quizás esta misma tarde. Más aun; son ellos su morada predilecta. "A través de sus males y de su ceno, lo veo y lo palpo. Acogiéndolos y amándolos, es a Él a quien saludo, amo y honro. Curando sus llagas, beso las suyas. Prodigándoles mis cuidados, obro mi salud".

De este modo desaparecían y caían ante Vicente las carnes corrompidas de la humanidad para dejar al descubierto tan sólo el alma invisible. Y cuando los harapos del dolor, del vicio o del odio se estremecían con la sonrisa del agradecimiento o se iluminaban con la mirada del amor, el santo sentía el corazón rebosante de júbilo. Era el reflejo de Dios que le decía: "En ellos estoy yo, y tu lo has comprendido".

\* \* \*

La reserva con que el capellán se mantenía en el lugar de su humildad voluntaria, no le impedía hacer salvedades cuando lo juzgaba necesario. M. de Gondi recibió o creyó haber

recibido una grave afrenta de parte de un señor de la corte. En aquellos tiempos un asunto de honor se anteponía a todos los demás y ni siquiera se discutía. Los duelos, aunque recientemente prohibidos por Enrique IV so pena de incurrir en crimen de lesa majestad, se practicaban frecuentemente y sin ningún escrúpulo, se imponían, llegado el caso, con la fuerza y el respeto de una segunda religión, tan potente en su especie como la que los prohibía. Hasta se creyó que mutuamente se completaban. Lejos de ver un crimen en un acto condenado por la Iglesia, se lo consideraba como un ejercicio de virtud permitido; los contendientes conjuraban al cielo para que estuviese de su parte y erguida la cabeza, entraban al templo para encomendar a Dios su lance, acompañados de la espada que pronto habrían de desenvainar. Más de uno, si hubiera podido, la hubiera hecho bendecir.

M. de Gondi siguió este plan. La mañana del día en que debía cruzar el acero oyó misa como acostumbraba y después de ella permaneció, en la capilla más de lo ordinario. Rezadas sus oraciones se disponía a salir, cuando Vicente que lo esperaba como emboscado, cierra la puerta y cae a sus pies: "Permitid, señor, que os diga humildemente una palabra. Sé de buena fuente que habéis determinado batiros a duelo, pero yo os digo de parte de mi Salvador al que acabáis de adorar que si no abandonáis ese siniestro propósito, descargará su justicia sobre vos y sobre vuestra descendencia".

Suspendido y excitado por aquellas palabras, quizá Gondi hubiera contestado aunque respetuosamente, exponiendo todos sus motivos: "Veamos, ¿qué me echáis en cara? ¡Y a mí? ¿Olvidáis quien soy y a lo que me obliga la honra de mi casa y la gloria de mis antepasados, el recuerdo de mi padre, el mariscal de Retz, mi cargo en el reino y en fin mi honor y el de mis hijos? Pero si el general pensó todo esto, no llegó a decirlo, pues el capellán, hecha su exhortación, había desaparecido, dejándole presa del más completo asombro. Por alterado que se sintiese ante el estrépito de las razones que se entrechocaban en su alma, no estaba menos turbado ante la prohibición y advertencia del sacerdote. ¡La ira de Dios! ¡La amenaza de su justicia suspendida sobre él y sobre toda su posteridad!

¡Cuán grandes motivos de reflexión! Y por primera vez la espada lista a pecar se detuvo en la vaina.

## LA SEÑORA DE GONDI

Vicente no se contentó con esta feliz victoria. Podemos fijar este suceso como principio de la celosa campaña que llevó a cabo contra la manía de los duelos y que más tarde intensificó mediante sus consejos al rey.

Sin intentar disminuir su mérito, debió participar en este primer éxito la señora de Gondi, la cual ejercía sobre su esposo una gran autoridad y cuyos sentimientos referentes al falso concepto del honor no podían discrepar de los del religioso. En materia de educación, en toda familia ordenada, quien tenga a su cargo la educación de los hijos tendrá también que entrar en contacto con la madre y ocuparse de ella; y si el educador es capaz y prudente, no es raro que obtenga tanto o más provecho que sus alumnos, de sus mismas lecciones. No era este el caso de la generala, mujer de inteligencia y saber parejos con su virtud. No necesitaba por lo tanto mayor instrucción. Pero de frecuentar al preceptor, de asistir a su diminuta clase, de verlo y oírlo a cada paso, aun fuera de las horas de estudio, de sentirlo hablar, pensar, obrar, aprendió lo que no se enseña en los libros ni en el mundo, y por encima de todo comprendió a Vicente, aprendió su bondad, su piedad, su inalterable sabiduría

y la profundidad de sus miras que sin desdeñar nada del hombre, traspasaban los horizontes de lo humano Parecía que por permisión especial, se elevaba al cielo y descendía a la tierra, subiendo y bajando a voluntad y sin esfuerzo alguno. No hacía todavía un año que vivía en su casa, cuando la generala resolvió tomarlo por director espiritual. Tuvo para ello que recurrir a medios ajenos, por valederos que fuesen los suyos, pues conocía la humildad del ejemplar sacerdote. Se dirigió al P. de Bérulle rogándole se interpusiese para vencer la resistencia que preveía.

Este intercedió, y aunque tan gloriosa y grave responsabilidad como la de dirigir a Mme. de Gondi atemorizase a Vicente, la aceptó como aceptaba todo lo que le era costoso y sus superiores le prohibían rechazar.

Estaba habituado a ser "el que no se pertenece a sí propio".

Desde aquel día perteneció más aún a la casa de Gondi representada en la generala, y a la Santísima Virgen que le inspirara la idea, como él pensaba, de escogerlo por director espiritual.

Por virtuosa que hubiera sido antes la generala, podemos hacernos una idea de la perfección que llegó a alcanzar después de haber confiado a Vicente el cuidado de dirigirla. Unidas por el nuevo y sagrado vínculo que los fortificaba, estas dos almas compenetradas en el amor de Dios comenzaron a cumplir una obra magnífica. Los Gondi poseían dominios tan vastos que ni siquiera una mujer de la inteligencia y del orden de la condesa de Joigny parecía capacitada ejercer en ellos la dirección moral como ella lo deseaba. Ocuparse de su mantenimiento, de su cultivo y de sus rentas no la contentaba. Su principal preocupación consistió en poner al frente de sus tierras magistrados de probidad reconocida, en prevenir los procesos, en dirimir justicieramente las diferencias, en hacer a sus vasallos pronta y sana justicia, en asegurarles su bienestar y sus buenas costumbres y en fin en que Dios fuese conocido y honrado en todas las dependencias de sus dominios. Pero además de éstas, ¡cuántas otras preocupaciones! Los ancianos, los recién nacidos, los enfermos las viudas, los huérfanos, todo un pueblo que juzgar, calmar, conducir, esparcido a veces por lugares remotos y distantes a donde era a veces necesario trasladarse para inspeccionar y decidir personalmente; y todo esto en medio de los deberes cotidianos que imponían a la generala, en París, el mundo, la Corte, los príncipes, la Iglesia, el rey... su marido y sus hijos. Sin embargo los satisfacía, pero gracias Vicente, su hermano en celo y en caridad, quien tomando sobre sus hombros la mitad de la carga, dejaba a su dirigida tan solo la otra mitad.

De este modo en su doble ministerio lograron de común acuerdo instruir, cultivar, bautizar, casar y sepultar centenares de servidores, humildes gentes de la plebe, súbditos de su blasón y que bajo otros señores hubieran sido equiparados a una manada de bestias, como dije más tarde el poeta:

Útiles para el manejo de la azada, del hacha, del arado y de la espada.

Notable por su belleza y su finura como por sus virtudes angelicales, noble y sencilla a la vez, pura y suave en su exterior, alma ardiente continuamente atormentada por crecientes ansias de perfección, tal nos describen a Mme de Gondi cuantos han escrito sobre ella.

Al dedicarse, bajo la dirección de Vicente, a las obras que acabamos de enumerar, no cambió por ello su carácter piadoso y apasionado. Su delicada salud no pudo soportar tantos esfuerzos y cayó enferma de peligro.

Y como si estos dos inseparables compañeros del buen obrar lo fuesen también en el sufrimiento del mal que a veces no perdona a los bienhechores, Vicente, que se había prodigado no menos que su penitente, abrumado a su vez por la fatiga, se vió obligado a hacer una pausa.

## LA CONFESION GENERAL

Algo más tarde tuvo lugar un hecho imprevisto y accidental que debía señalar el rumbo definitivo de su carrera y orientarlo hacía los fines fijados por la providencia.

Apenas restablecido, encontrándose con los Gondi en sus dominios de Folleville cerca de Amiens, fue llamado por un campesino gravemente enfermo que reclamaba sus auxilios. Se trasladó al lugar a toda prisa. El enfermo había sido tenido siempre por piadoso y buen cristiano. Sin embargo por una especie de intuición se le ocurre aconsejarlo a que haga una confesión general ya que sus fuerzas aún se lo permiten. A pesar de apoyar sus exhortaciones con su habitual fervor, triunfador de todos los obstáculos, no se debió a él sólo la victoria, pues Mme. Gondi que había acudido a la cabecera del enfermo en busca de noticias, acabó de doblegar con su intervención la voluntad de éste, quien descubre a Vicente su conciencia manchada de pecados mortales que la vergüenza le había impedido confesar hasta aquel momento. Los tres días que sobrevivió no cesaba de publicar, llevado de impulso irresistible, sus miserias y alegrías. Acercándose los últimos momentos y habiendo vuelto Mme. de Gondi a su lado, la reconoció y reuniendo sus fuerzas exclamó ante los vecinos de la aldea congregados en torno al lecho : "¡Sí, señora, si no fuera por vos y por esta confesión estaría condenado!".

Abelly nos refiere así la escena: "Lo cual hizo que esta virtuosa persona, asombrada al extremo, exclamase, tomando por testigo al capellán: "¡Ah, señor, qué es lo que vemos y oímos! Si éste, tenido por hombre de bien, le hallaba en estado de condenación, qué sucederá con otros que viven en peores costumbres! ¡Ah, P. Vicente, cuántas almas se pierden! ¿Qué nos queda por hacer?". Al expresar su angustia, imploraba el remedio sólo por él conocido y que sólo él podía administrar. Se expresaba con tal vehemencia y con tal confianza en el hombre de Dios que los presentes conmovidos la acompañaban extendiendo las manos. Y ante el resonar de lloros y lamentos el anciano agonizante entrega a Dios su alma iluminada, en brazos de un santo y de una de las damas más ilustres de Francia.

El suceso fue de incalculables consecuencias. La impresión de aquella muerte y de las circunstancias particulares en que se produjo causó tal sensación en todos que Mme. de Gondi considerando el creciente peligro que amenazaba a tantas pobres almas propuso a su capellán hiciera un breve discurso a los habitantes de Folleville sobre la utilidad de las confesiones generales.

Vicente habló el 25 de enero de 1617, día en que la Iglesia honra la conversión de San Pablo y elegido a propósito. Debió hacerlo con su acostumbrada sencillez, amistad persuasiva e impulsiva que penetraban los corazones de los oyentes y los sojuzgaba. Todos se apresuraban a indagar los más íntimos repliegues de sus conciencias para exhumar los antiguos pecados y confesarlos, avergonzados y orgullosos a la vez, pareciéndoles ahora fácil lo que hasta ayer creyeran un imposible sacrificio. La población entera invadió la iglesia y asedió al confesionario. También los habitantes de las villas cercanas quisieron escuchar al santo. Por toda la provincia cundió la sed de gracia. Vicente que siempre pensó ser una débil

antorcha, se encontraba espantado como ante un resplandor inmenso y enceguedor o ante un repentino incendio. Todos sentían su ardor, y se creían condenados. El horror de morir sin ser absueltos les convulsionaba el espíritu. Nadie quería aguardar un sólo instante. La confesión general hasta ahora desconocida, o no practicada, se había convertido en una necesidad inmediata. La multitud se apretujaba en la capilla y cada cual pugnaba para ser el primero en arrodillarse junto al santo y liberarse de sus culpas.

—¡Me toca a mí! —¡No, a mí! —¡Yo estaba antes que él! ¡Rebaño turbulento y más difícil de contener que el de otros tiempos, aun en los momentos en que el hambre o el pánico enfurecían las ovejas! ¡Menos mal si las confesiones hubieran sido de las rápidas! ¡Pero estas eran de las que duran! Cada uno de los que empezaba parecía no tener fin. Y para colmo, la fila de los penitentes aumentaba y se impacientaba. El gentío se tomó tan ingente, que Vicente se encontró anonadado y Mme. de Gondi se vió obligada a enviar desde Amiens dos jesuitas de refuerzo para acabar de purificar aquellas buenas gentes.

¡Acontecimiento prodigioso! ¡Fecha memorable, no sólo en la historia de Vicente, sino también en los anales de la religión! ¿Tuvo el santo conciencia de ello? Sus biógrafos aseguran que no. Nosotros lo ponemos en duda. Nos parece difícil de creer que este visionario del bien, con la clarividencia que le era tan propia en todo, no abarcase en toda su plenitud el largo itinerario, del cual los sucesos de Folleville no eran más que la etapa inicial. Vicente jamás olvidaría aquel 25 de enero, que sería para él un sagrado aniversario. Lo celebrará todos los años.

Más de un cuarto de siglo después, invitará a sus sacerdotes de San Lázaro a recordar el sermón de Folleville, el mismo día en que fundó su compañía en espíritu y en acción. La gran hora había sonado. La Misión discurría ya en el mundo, plena de vitalidad.

## LA FUGA DE VICENTE

Es raro que las grandes obras dejen de producir, aun en forma imprevista, un cambio inmediato y radical en la existencia de sus iniciadores. Vicente, no bien recobrado de la profunda impresión de aquellas fecundas jornadas, experimentó la necesidad, no de descansar, sino de recogerse, de aislarse, tanto para meditar la lección de los hechos como para abandonar un ambiente cada vez en menor consonancia con el nuevo estado de su espíritu.

También influyó en la determinación la fama del éxito, rápidamente divulgada a pesar suyo y el cúmulo de alabanzas de siervos y señores que lo abrumaban y ofuscaban. Se complacía en el pueblo, pero no en la popularidad. Temía vacilar en el vértigo de la soberbia donde habían caído tantos, adornados al parecer, de sólidas virtudes, desde las cumbres de la santidad.

Sus alumnos crecían, acentuando la edad el violento temperamento heredado del padre. Carecía además sobre ellos de la influencia necesaria. Hasta la excelente Mme. de Gondi llevada de las perpetuas exigencias de su imaginación, de la tiranía de su religiosa amistad y más que nada de su excesivo reconocimiento llegó a discrepar con él y a considerarlo injusto. ¿Pero podía admitir —aunque ella se empeñara en repetirlo— que su discreción era indispensable? Ninguna persona de recto juicio sería capaz de pensar tal y menos él "el *miserable*" como se apellidaba a sí mismo en la esperanza de volverla a la cordura.

Finalmente los disturbios precursores de la Fronda conmovieron a París y le impulsaron a retirarse a alguna apartada provincia, para consagrarse exclusivamente en la paz y el retiro al servicio de los pobres campesinos. Este era su único deseo. La ciudad lo rechaza y el surco lo atrae. Como había entrado en la casa de Gondi sólo a persuasión de M. de Bérulle, tampoco quiso abandonarla sin su parecer. Viéndole éste tan decidido que parecía inspirado, aprueba su resolución y le propone "ir a trabajar" a Châtillon-les-Dombs, en Bresse.

Era ésta una pequeña ciudad abandonada y arruinada por las guerras de religión, habitada por católicos y protestantes en continuas discordias, sin párrocos ni pastor, en manos de mercenarios que sólo la visitaban para cobrar sus rentas, y se contentaban con hacerse representar por sacerdotes relajados y sin sentimiento de sus deberes. ¡Magnífico presente el que se le hace! Otro que Vicente se hubiera sentido desesperar. El parte inmediatamente y con alegría. Precisamente entonces el general de las galeras se encontraba en Provenza. Vicente le escribe para darle a conocer su decisión. Le manifiesta que carece de los méritos y distinción necesarios para educar a dos jóvenes señores de gran porvenir en la corte y le ruega acepte su dimisión. Después, habiendo terminado sus preparativos, dando por excusa un corto viaje, abandona la casa de Gondi sin duelos ni despedidas y parte para Châtillon donde quisiera estar ya en aquel momento. Mme. de Gondi lo sabe cuando ya está en camino, no por él sino por una carta de su marido en la cual le dice en estilo lleno de dolor, que se halla inconsolable, "la conjura que *le implore por todos los medios posibles* que desista del viaje". Pero es demasiado tarde. A esas horas está muy lejos, quizá ya ha llegado. Mme Gondi conoce muy bien a aquel hombre extraordinario y firme para ignorar que una vez determinado sea posible hacerle cambiar de decisión a su voluntad. El golpe sin embargo fue rudo y quedó desolada. Era el día de la Exaltación de la Cruz. Derramó torrentes de lágrimas, perdió el apetito y el sueño y has

ta se temió por su razón. Jamás pudo imaginar la huida del guía y protector en quien había depositado sus más seguras esperanzas de salvación y que la abandonaba sola y débil a todas las corrientes de sus miserias. El alegaba su "misión". Evidentemente. Pero aquella que había aceptado desempeñar en su casa y que ahora dejaba, ¿no hubiera debido retenerle? Sentía una especie de decepción moral, cierto desencanto de espíritu y los sufría sin saber a quién confiarse. Sin duda no se atrevía a pronunciar la palabra cobardía ante tan extraña conducta, pero el vilipendio resonaba en el fondo de su corazón pronunciado por una voz secreta que a duras penas lograba acallar. Pero la virtud habló en su alma más alto que la amargura y volvió a ser la mujer fuerte y cristiana de siempre.

## EL LUGAR AFRENTOSO

El prófugo había llegado a Châtillon. ¿Qué encontró allí? Todas las suposiciones de M. de Bérulle no eran más que pálido reflejo de lo que le esperaba. Un largo y severo proceso verbal invocado por los vecinos más caracterizados y del cual damos un resumen, testimonia el deplorable estado de aquel lugar a la llegada de Vicente. Muchas casas derruidas o abandonadas por sus antiguos dueños servían de asilo a los vagabundos y asaltantes que infestaban los caminos. Otras de aspecto hermético y hostil eran morada de numerosos protestantes amargados por los sufrimientos y repletos de crueldad. Las pasiones y los peores excesos reinaban doquier, pero lo que apenaba más al hombre de Dios era la casa parroquial inhabitable y en ruinas y la iglesia despojada, de un desaseo tal que sublevaba el corazón y revolucionaba el espíritu. Este espectáculo le dio ánimos ¿No era él la justificación

de su conducta y la prueba fehaciente de que estaba en lo justo al creerse más necesario en aquel muladar que bajo los artesonados de los Gondi o en sus opulentos dominios de Joigny y Montmirail? Procedió por orden. Comenzó por hacer venir de Lyon un auxiliar y un doctor cuya capacidad y celo le fueron recomendados. Ambos, instalados en una casa modestamente reparada, dieron el primero ejemplo de vida regular y piadosa.

Se levantaban a las cinco, a continuación, oración, limpieza, oficio, misa, visitas a todos sin distinción, enfermos y sanos, católicos y hugonotes. Además el estudio, el confesionario y el trabajo manual si las circunstancias lo exigían.

Al mismo tiempo se llevó a cabo una limpieza a fondo de la iglesia profanada, la cual acondicionada, quedó por efectuarse otra clase de "limpieza", la de los antiguos ministros del culto que habían descuidado al resplandor de sus almas. Todos o casi todos languidecían en una vida de malicia y de groseros placeres. Sin renunciar a sus armas favoritas cuales eran su mansedumbre y bondad de férrea contextura interna, logra conmoverlos. Los que recibían en sus casas—"ciertas personas que él llamaba sospechosas" las destierran para siempre. Aparta de las tabernas y de las casas de juego a los más empedernidos. Suprimió ciertos abusos vergonzosos como el de cobrar una suma por el sacramento de la Penitencia. Sin detenerse un instante a respirar después de tan abrumadoras tareas, hablaba, aconsejaba, exhortaba con palabras y gestos llenos de dulzura y gracia, con ojos de sonrisa infantil. Cuando no se encontraba afuera en plena labor, era seguro hallarlo en la iglesia donde estaba a disposición de todos.

Al menor ruido de pasos, aparecía balanceando su gran cabeza en la cual resplandecía la belleza de la eterna acogida. Ignoraba la impaciencia y aunque aceptaba las fatigas por aliviar a los demás, jamás se fatigaba. Las cargas ajenas lo fortificaban. Eran éstas las que robustecían sus espaldas rotundas de molinero, agobiadas por los sacos de grano celestial, convirtiéndolas en portadoras de la Cruz. Gracias a este régimen inflexible, en menos de un año quedó restablecido el orden. Las conversiones y los retornos a la fe se sucedían con un ritmo de avalancha.

El juego y los duelos terminaron. Se purificaron las costumbres; la iglesia parecía pequeña; el pueblo era feliz. Vicente había renovado en Châtillon el milagro de Clichy. Si no convirtió a sus feligreses en "ángeles", al menos hizo de ellos hombres cabales y buenos cristianos. Su caridad fina y discreta, el encanto de una frase dirigida al corazón y a la razón por caminos humildes y elevados, habían obtenido estos resultados sin ninguna violencia. Dos de sus más hermosas victorias merecen ser citadas en la orden del santo ejército, del cual fue y sigue siendo jefe, ante los asaltos del enemigo *per saecula saeculorum*.

## EL CONDE DE ROUGEMONT

La primera fue la conversión de dos jóvenes damas, de vida escandalosa que renunciando a la frivolidad y deseosas de servir a Dios se dedicaron para siempre al servicio de los pobres. Ejercía sobre los libertinos un singular influjo, procedente no tanto del conocimiento de los vicios en el confesionario, cuanto de la inmensa perfección de su castidad que purificaba a quienes se le aproximaban.

El segundo de sus éxitos, más difícil quizá, por tratarse de un individuo de mayores dotes y poseído del delirio caballeresco, lo obtuvo del conde de Rougemont. Era éste un señor de las cercanías, pendenciero y licencioso, que pasaba, no obstante, por modelo de caballeros,

después de haber vivido muchos años en la corte. Entre los funestos hábitos adquiridos en ésta y pese a su edad, se contaba el de acudir a la espada por el motivo más insignificante. Poseído de manía furiosa, lo solucionaba todo a estocadas. Los duelos formaban parte de su vida con detrimento de las ajenas, pues su rival quedaba tendido a poco de cambiar golpes.

Era el terror de la comarca, un *loco*, al que todos ansiaban ver muerto. No así Vicente que deseaba conocer este individuo de tan extraordinaria fama. Las grandes reputaciones, aun contrarias, se atraen. Por su parte Rougemont, intrigado al oír extenderse el rumor de la elocuencia y de las virtudes de Vicente y curioso de juzgarlo por sí mismo, entró un día en la iglesia mientras el santo predicaba. Salió tan conmovido que no acertó a ir inmediatamente en su busca; y con la brusquedad propia de su carácter se declara arrebatadamente criminal digno de todos los castigos y dispuesto a cualquier expiación.

El santo lo invita a una entrevista en la cual podría hacer una confesión general. Pero ya él antes lo había pensado. La hace pues y a fondo, como sus estocadas. Y he aquí al hombre ardiente, espoleado, por la gracia, correr desbocado en sentido opuesto. Vende sus tierras de Rougemont y dona a los pobres y a los monasterios los treinta mil escudos de la venta. Sin perder un punto de su altivez, antes dirigiéndola al bien, se entrega, dice un cronista, "a los ejercicios más heroicos de la vida cristiana". Arrepentido de sus culpas, llora, detesta el pasado, se abraza con la pobreza más absoluta. Ansioso de desatarse de las cosas de la tierra, exclama, empleando los términos de esgrima que resonaron tantos años en su boca: "Corto, rompo y rajo todo para ir derecho al cielo". Sólo el poder de Vicente le impide despojarse de su camisa. Obtiene el privilegio de poseer el Santísimo Sacramento en su capilla, en la cual se abisma en profunda meditación tres horas por día y más, de rodillas y sin apoyo. Los que antes le maldecían, no salen de su estupor. Muchos acuden desde lejos para verlo orar sin que él se inquiete poco ni mucho por ello.

Siguiendo el ejemplo del divino Maestro, "*vende omnia*", se había desprendido de todo cuanto poseía, a excepción de su espada. Ya no la desenvainaba, pero la llevaba siempre consigo aun en la iglesia. De noche la suspendía junto a la cabecera de su lecho. "Una vez, narra el santo, me contó que yendo él de viaje y ocupándose de Dios en todo el trayecto, como lo hacía habitualmente, me examinaba si después de abandonarlo todo, era víctima de alguna antigua o nueva afición. Recorrió los negocios, las amistades, la reputación, los grandes y pequeños placeres del corazón humano. De pronto detiene los ojos sobre su espada. "¿Por qué la llevas? (se dice a sí mismo). -¿Qué? ¡Separarte de esta querida espada que te ha servido en tantas ocasiones, y que después de Dios te ha librado de tantos peligros! Si ahora te atacasen estarías perdido sin ella. ¡Sí! Pero también podría sobrevenir alguna disputa y no tendrías valor suficiente para dejar de utilizarla y ofenderías a Dios. — ¿Entonces, qué haré? , Es posible que el instrumento de mi vergüenza halle todavía tanto eco en mi corazón? ¡Sólo esta espada me estorba!... "

En aquel momento, divisando una gran piedra, se apea, empuña la espada, y la hace trizas sobre ella. Luego vuelve a montar y se va".

Tal fue el gran milagro, más difícil aún que la conversión de las dos frívolas damas, obrado por Vicente en el conde de Rougemont.

Este confesó más tarde que el sacrificio le había sido muy costoso. Cuando se reflexiona que para un caballero sediento de batalla, era la espada la inseparable compañera, defensora de su amor y de su honor, admira que el viejo espadachín se pudiera deshacer de ella.



Comprendió que habiendo ella participado en su delirio de sangre, debíale llegar también la hora de la expiación; por eso con la propia mano que mil veces la había empuñado, blandido y acariciado la castiga reduciéndola a fragmentos y enviándola a acompañar en la tierra a los que diera muerte en sus épocas de furor.

¿Recogió al menos los pedazos? No. ¿Qué habría hecho con ellos? Después que "cortó, rompió y rajó todo" como él decía, arrojó también de sí sus galas y carruajes para vestir el sayal de San Francisco. La cuerda nudosa fue en adelante su cinturón, y Vicente el padrino, cuando al morir entró en el verdadero campo del honor donde recibió de mano de Dios su espada restaurada.

## TERCERA PARTE

---

### ENTRE LOS MISERABLES

#### EL HOMBRE PROPONE Y LA MUJER DISPONE

Si ambos esposos Gondi quedaron a cual más atribulados por la fuga inopinada de Vicente, fue ella la que lamentó más que nadie la pérdida de su director.

Lejos de ocultar su aflicción la manifestó a su marido y a todas sus relaciones. Esperaba así que llegase de boca en boca hasta el ausente para confundirlo. Sin poderse contener emprendió fervorosamente, las diligencias necesarias para sacar a Vicente de Chátillon y obligarlo a ocupar de nuevo en su casa el único lugar que le parecía digno de ambos. Corrió a franquearse con M. de Bérulle quien después de haberla oído y calmado exclamó: "Pues bien, ya que me pedís consejo, escribid a Vicente de Paul lo que me acabáis de exponer, del mismo modo que aquí lo habéis hecho y en el mismo tono de súplica, describiéndole nuestra tribulación" Hízolo así inmediatamente. La carta es demasiado extensa para transcribirla íntegra. Desborda de emoción y hace acudir las lágrimas a los ojos: "...me encuentro en el más lamentable estado... mis hijos cada día peores..0. El bien que hacíais en mi casa y cutre las siete u ocho mil almas de mis posesiones, ya no se hace!... No sabéis la necesidad que tengo de vuestra asistencia, tanto en vida como en muerte... M. de Bérulle me ha prometido escribiros; yo por mi parte invoco a Dios y a la santísima Virgen para que os restituyan a mi casa ... Una vez más os lo suplico !... ". En la postdata añade esta amenaza: "Si a pesar de todo os negáis, os hago responsable ante Dios de todo lo que me suceda y del bien que deje de hacer por encontrarme sin ayuda".

Es evidente que el dolor le hacía perder el sentido de la realidad y que exageraba. A los dos jóvenes Gondi, arrogantes y altivos, ansiosos de independencia, mal se les atribuía ser "cada día peores" por el sólo hecho de que e) buen Vicente no estaba junto a ellos para mantenerlos en el recto sendero.

De igual manera, las ocho mil almas "que vivían en las posesiones" de la excelente señora, aunque resentidas por la ausencia del que había comenzado a cultivarlos espiritualmente, no habían perdido por eso todo el fruto adquirido. Pero la pena de la generala es tan real como contagiosa y la excusa de su inexacta apreciación. Es admirable y nos hace sonreír la astucia femenina con que dispara en su carta —como la flecha de los Partos— el piadoso dardo final. Previendo a su capellán que si no cede a su ruego se hará responsable de las dificultades que atentan contra su salvación, pone en práctica lo que podríamos llamar "chantage espiritual", imitando en un orden superior de ideas e intenciones el proceder de los astutos enamorados del amor profano, cuando en su desesperación dicen a aquel o a aquella que quieren atraer a su voluntad: "Si te resistes, me mato ante tus ojos o me tiro por la ventana... ".

Vicente leyó impresionado la carta que preveía y adivinaba antes de recibirla, pero sin experimentar inquietud por la suerte de su penitente en este mundo o en el otro. Conocía perfectamente, a través de su exterior vehemente, el valor de aquella alma escogida, para estar seguro que en su ausencia no corría ningún riesgo. Le contestó tranquilizándola, sin tomar más medidas. Chátillon lo aprisionaba. Había en él tantas obras por terminar!

Conversiones en vías de efectuarse, cuyo enfriamiento había que impedir, de herejes o de viejos guerreros enquistados bajo aparente barniz de religión que habían asesinado, saqueado, llevado una vida de desenfreno y volvían prisioneros en las redes de la fe. ¿Podía él abandonar todo aquello? Pero la generala no era de las que se desaniman. La resistencia de Vicente la hace más pertinaz. El antiguo e impío proverbio "El hombre propone y la mujer dispone", ¿estaba por realizarse? no lo sabemos. De cualquier modo, hubiera podido aplicarse en las actuales circunstancias. Poniendo a Dios de su parte pensó que el santo estaría derrotado. Por grande que fuera su pertinacia, ¿qué podría contra Dios? Entretanto redobla su actividad. Se suceden las diligencias, citas y cartas en que conjura a su marido, a su cuñado al arzobispo de París y a M. de Bérulle para que intervengan ante el prófugo.

Se encontraba al servicio de su casa un gentilhombre sabio y prudente, al cual profesaba particular estima. Era este quien había hecho entrar a Vicente en el palacio de la reina Margarita, y a quien Vicente a su vez había dejado como reemplazante en su cargo de secretario de M. de Gondi. Resolvió pues acudir a sus buenos oficios. Este partió para Châtillon, con todo entusiasmo, llevando cuantas cartas pudo conseguir la generala. Al elegir a M. du Fresne estaba segura de contar con el más sutil de sus embajadores. Conocía éste muy bien el carácter obstinado de Vicente a quien debía convencer. Comenzó por hablar de la generala y de sus congojas, pero como de algo accidental, como quien cumple con un deber de cortesía. Inmediatamente atacó a Vicente por el único lado que creía capaz de ablandarlo, comparando el bien que podría hacer, *en el futuro*, en Châtillon y en París. Con vivos colores le demostró que sus tareas en Châtillon serían sin trascendencia. Habiendo conseguido lo más difícil, bastaría cualquier buen sacerdote para acabar y mantener la obra.

En cambio, si consentía volver a la casa de Gondi, ¡qué obra fructífera e inmensamente más vasta le aguardaba! ¡Obra sin límites, no sólo en aquella casa de miles de individuos, sino también en París, en la corte y en toda Francia. Estos argumentos, bien dirigidos y convenientemente encauzados, conmovieron a Vicente. Quiso sin embargo reflexionar y consultar a sus directores, los cuales, encontraron muy acertada la opinión de M. du Fresne. Entonces se doblegó y envió a este último dos cartas para M. y Mme. de Gondi, anunciándoles su próximo regreso.

Al saberse esta noticia, toda la Bresse fue presa de universal consternación: "¡Al perder nuestro Padre lo perdemos todo!" repetía cada uno entristecido. Más de uno llegó a decir que no lo dejarían ir, que lo obligarían a quedarse y que lo encerrarían. Los pocos protestantes que quedaban y a quienes por falta de tiempo no había podido rendir, proclamaban su virtud, su bondad y sus talentos: "¡Ah! Al perder a vuestro pastor, declaraban no sin malicia dirigiéndose a los católicos, perdéis el mejor sostén de vuestra religión. Es una lástima". Como en Clichy, los adioses fueron sencillos y emocionantes, pero más expansivos aún. Y hacía sólo cinco meses que era allí párroco. Antes de partir distribuyó su humilde ajuar entre los pobres con sus propias manos: los rústicos muebles, la mesa, las sillas, la dura y estrecha cama..., el armario donde guardaba su pobre ropa blanca y sus escasas provisiones. A medida que los objetos cambiaban de dueño, eran arrebatados por los pobres y rescatados por los ricos, exceptuando algunos que no quisieron deshacerse de ellos por ninguna suma. Hubo riñas para obtener alguno. Un sombrero viejo fue disputado encarnizadamente como si se tratara de una reliquia... y cierto que lo era y tan digna de ser suspendida sobre el coro de la iglesia como el capelo de un cardenal. Vicente salió de la ciudad a pie, acompañado por un gran gentío, que gemía y se lamentaba exclamando: "¡misericordia!", *como si la ciudad, dicen los testigos, fuese víctima de un saqueo*. Habían

sufrido tantas calamidades y males de todas clases! El dolor público, tiene sus ritos. Todos querían acercarse al santo y tocarlo, le besaban las manos, lo ahogaban. Las madres le tendían sus pequeñitos. Y él en medio de los apretones, estrujado, riendo y llorando a la vez, avanzaba penosamente con la frente sudorosa a pesar del invierno, y les decía, deseoso por complacer a todos: "Hijos míos, yo os bendigo... rogaré por vosotros, no os olvidaré...".

Y no pudo decir más. Una hora después, lejos ya de Chatillon, repetía en el camino solitario: "Rogaré...", mientras el viento helado de diciembre henchía su manto como la vela de una nave. Pero no sentía sus fríos rigores. "Rogaré...".

## LA MISIÓN

Si Vicente se resignó a abandonar su rebaño, aunque con el corazón lacerado y en pocos días, fue porque vislumbró una palabra mágica y maravillosa, cuyo sentido jamás percibiera con tan brillantes resplandores: la misión. Como en un éxtasis, acababa de comprender su destino de ser misionero en forma exclusiva, un enviado de Dios, un "encargado de los negocios" divinos, de pasar toda su vida en misiones diferentes y sucesivas, según pluguiese al Señor ordenarle una tras otra, que todas estas misiones no serían más que una, hasta su muerte, porque un misionero jamás puede decir basta. Ahora abandona el retiro y huye del reposo... La edad lejos de retenerlo, lo impulsa. Conforme avanza en venerable vejez, aumentan también su deber y su poder.

La primera de estas misiones consiste en volver a la casa de Gondi para dedicarse allí a los más arduos trabajos. Es de imaginar la recepción que se le tributó. Sin permitir que se festejase su vuelta, puso inmediatamente manos a la obra, que recién más tarde sería de capital importancia, pero cuyo pensamiento directriz preveía con amplitud. Analizando la palabra "misión" y comparándola con la palabra "capellán" con que se le designaba, más honoríficamente que en realidad, vio que no había comprendido perfectamente el lazo de unión existente entre ambos términos, ni abarcado toda: la extensión del campo que se abría ante ellos. Ser capellán, aun en la casa de Gondi, no sólo significaba, como lo había creído con demasiada estrechez y humildad, officiar los servicios religiosos de una dama por grande que fuese su virtud, confesarla, darle la comunión, dirigirla a ella, a sus hijos, sirvientes y vasallos... también exigía, sin abandonar estas ocupaciones, ampliar el campo de acción para atender a Iris demás almas que esperaban sus dones, pues un capellán ha de ser el distribuidor de los dones divinos. Este don absoluto y total sería la primera regla de la misión... Entregar, entregarse: he ahí el comienzo necesario, darlo todo, su tranquilidad, su tiempo, su dinero, su atención, MIS días, sus noches, su cuerpo, su alma... y darlo a aquellos que por carecer de todo son los más necesitados: los pobres de condición, de cuerpo, de salud, de esperanza; pobres de espíritu, pobres de alma... Cuán clara se convierte entonces su tarea así contemplada y realizada, como un cristal en tinieblas que para mejor observarlo se lo coloca contra el cielo. ¡Cuán clara, simple, y atrayente esta tarea a los ojos penetrantes y puros de Vicente! Las dificultades inauditas, las pesadas responsabilidades, las fatigas... la sangre... el oro... las vidas humanas... y el tiempo... el tiempo exigido por la obra maravillosa, inconmensurable... aquel tiempo que tal vez le faltaría... todos los pensamientos de temor, de duda, de desesperación... que él ciertamente no buscaba. Cuando venían, los ahuyentaba tranquilamente como moscas. Poseía la fe del pobre y del santo que ante la montaña se siente atraído por su cumbre. ¿Pretenderá removerla? ¡Quimera, orgullo! No, más hermoso es escalarla. ¡Transportate a ti mismo, la montaña eres tú!

Vicente, apenas hubo esbozado la empresa del modo que hemos visto se apresuró a comunicarlo a Mme Gondi quien maravillada no sólo la aprobó, sino también procedió a colaborar activamente a favor del éxito.

M. de Gondi tenía una hermana, Marie Maignelais, quien dejaría un nombre famoso y venerado entre las grandes damas cristianas de la época. Aunque joven era ya célebre tanto por sus desgracias como por sus virtudes. Apenas salida de la adolescencia se había casado con M. de Maignelais a quien amaba apasionadamente y a quien perdió al poco tiempo de manera trágica hacia el fin de la Liga. Valiente hasta la temeridad se había consagrado sin reserva a la causa real. Adversario de Carlos de Mayena, éste le hizo apuñalar y Mme. de Maignelais, viuda a los veinte años, sufrió poco después la desaparición de su único hijo de muy corta edad. Entonces sin más vínculos, ni ilusiones para el futuro, desechando toda ternura humana se refugió en su doble duelo para vivir sola y frente a Dios. Hubiera sido su deseo despojarse de su fama y de su inmensa fortuna para entrar en el Carmelo, a pesar de la resistencia de sus padres y amigos, quien juzgaban, y no sin razón, que su verdadero claustro era el mundo, donde su mérito y ocasiones de practicar la virtud serían mayores. Estaba a punto de cumplir sus propósitos, sin escucharlos, cuando un breve del Papa le obligó a renunciar. Mme. de Gondi encontró en esta víctima dolorosa una colaboradora ardiente y natural; ambas se consagraron por entero a la gran empresa de San Vicente de Paul.

## LA LIMOSNA. LAS COFRADIAS

En primer lugar se aplicó a la fundación de las asociaciones y cofradías de caridad. En vez de dispensar las limosnas sin control, como si se tratara de bienes sin dueño, decidió procurarlas sin esperar que llegaran espontáneamente, dirigirlas, reglamentarlas y finalmente asegurar no sólo su duración sino también su perpetuidad. Según su pensamiento habían de ser una verdadera organización de continuidad ordenada e ininterrumpida. No contaba con sí sólo para lograr estos fines. Sin duda había decidido emplear todos los medios de su parte, pero también ese esencial interesar a los demás y comprometerlos en su obra. Para continuarla era menester que cada cual se dedicase a su tarea y conforme a su ejemplo la hiciese propia y personal...

Esperaba mucho, casi todo, de esta iniciativa privada sin la cual nada resulta; y este esfuerzo cotidiano, esta participación del cuerpo, del corazón y del espíritu, no la consideraba virtud del lujo y como deber exclusivo de los ricos; también la reclamaba de los pobres. Sus beneficiados debían tomar parte en ella tanto como los benefactores. Debían ayudar, a su manera, pero también dando, socorriendo al prójimo en su misma pobreza y en proporción a la ayuda recibida. Estimaba más necesario que útil poner al rico en comunicación con el pobre y al pobre con el rico, hacerlos entrar en contacto, conocerse juzgarse sana y lealmente, sin severidades injustas, ni complacencias falsas para llegar así a una nueva manera de estimarse y apreciarse recíprocamente. El desheredado y desafortunado, ¿no tenían igual necesidad el uno del otro? Separados, nada podían, en la frialdad sin mérito del aislamiento. ¿Cuál era, pues, el fin de la cofradía? Acercarlos, unirlos, enseñarles a darse la mano antes de llegar, más tarde... a unir sus hombros. La cofradía les enseñaba "en la práctica", junto con los deberes, el papel y beneficio moral y social de la caridad. Era menester que el pobre y el rico se sintiesen el uno para el otro en estrecha solidaridad, para aceptar cada uno de su parte su condición respectiva, éste en la humildad, la generosidad, el

desprendimiento de sus bienes; aquél sin rencores ni envidias, en la mansedumbre y el reconocimiento. Según Vicente no existía otra manera de concebir, a pesar de las diferencias de clase, la *igualdad* de ricos y pobres, y de realizar su unión fraternal, imposible sin el espíritu del Evangelio. Pero antes de llegar a los hombres por medio de los hombres, sabía el capellán que el medio más seguro era recurrir a la mujer, especialmente tratándose de servir abnegadamente a los pobres. A ellas acudió, pues, en un principio. La asociación de damas de Châtillon-les-Dombes dió origen a las Cofradías de la Caridad, mientras en los dominios de Gondi, en Villepreux, en Joigny, en Montmirail funcionaban otras semejantes. Se podría creer que fijar el plan y organizar estas cofradías, modelos del género, le fue a Vicente muy trabajoso. De ningún modo. Desde el primer momento había hallado espontáneamente su fórmula en la lucidez de su buen sentido y en la sencillez de su Corazón. Se dirigió a un grupo de personas acomodadas, las cuales reunidas eligieron a un superior y se comprometieron a observar ciertas reglas. Interrogóles qué pobres conocían y se obligaron a asistir sacrificando todo o parte de sus bienes superfluos.

Rogóles además que no se dieran por satisfechos con estos deberes tan naturales sino que los consideraran como amigos, de tal suerte que viniesen a formar como una familia y les aportasen los socorros, de los cuales se veían privados. También fue idea suya la Asistencia Pública -entiéndase que no criticamos la de nuestros días- que él creó de la manera más amplia, completa y con mayores probabilidades de otorgar la salud porque poseía un remedio seguro, más eficaz que la solicitud del Estado: la caridad cristiana, irresistible, indestructible, de esencia divina. Estas alocuciones tuvieron tanto éxito que treinta cofradías fueron fundadas una tras otra. Las señoras de Gondi y de Maignelais se prodigaban junto a Vicente adiestrando las nuevas socias entre las que se contaban personas de toda condición: damas de la aristocracia, mujeres de la clase media, vendedoras, sirvientas, mujeres del pueblo y de la corte reunidas sin reparos, conforme lo reclamaba la miseria. Según el deseo del fundador, nada debía desanimarlas. Había previsto todas las taras físicas y morales del pobre. Conocía su desaseo, su mala acogida, su resistencia a los cuidados que se les deseaba dispensar, su malignidad y hasta sus injurias. Para aguerrir sus tropas tampoco pasó por alto describirles anticipadamente la fealdad de las llagas, el espectáculo repelente de las enfermedades, los frecuentes peligros de contagio. La exposición de estos contratiempos debía, en su criterio, comunicar mayor energía a la orden por él dada de no detenerse ante nada, de no reflexionar pasase lo que pasase, de avanzar siempre, de no retroceder jamás. Así lo cumplieron aquellas valientes y santas mujeres. Marchaban por el fangal sin observar dónde ponían los pies, fijas sus miradas en la luz clara y deleitable adonde las conducía el sendero de lodo. Cumplían al pie de la letra y sin guantes lo de "dar la mano a los pobres". Los aseaban, peinaban, lavaban ; los acostaban, bis extraían de sus camastros que ellas limpiaban y mullían ; cerraban las puertas, abrían las ventanas, barrían y les daban qué comer, qué beber, qué amar, en qué creer, en qué esperar ; enjugaban las lágrimas, alentaban las sonrisas, conciliaban el descanso. La señora de Maignelais cumplía este asombroso ministerio vestida 'de basta tela y de oscura lana, ella que en sus tiempos de efímera alegría deslumbraba bajo el oro de sus brocados. Había vendido su vajilla de plata, sustituidola por platos de loza ordinaria para acordarse, aún mientras comía, de los pobres con quienes se solía acompañar y compartía sus comidas. A ellos destinó el total de sus rentas computadas en 350 libras, unos tres millones de francos actuales. Viéndose precisada a circular por París y a recorrer largas distancias, utilizaba, a pesar suyo, una carroza pero sin blasones ni lacayos y conducida por un solo cochero. Esta manera tan sencilla de viajar hubiera avergonzado a un comerciante de aquellos tiempos. La señora de Gondi, por el contrario, en lugar de

abismarse como su amiga en un renunciamiento absoluto, debía afrontar una doble existencia. Comenzaba desde muy temprano sus visitas a los indigentes y enfermos, no de la manera atropellada en que sólo participa el cuerpo y se cumple lo que suele llamarse tan impropriamente un "deber de conciencia". Las visitas de la señora generala eran reposadas, conscientes, verdaderas estaciones junto al lecho de los infelices a quienes no sólo se contentaba con prodigar sus cuidados, sino también interrogaba acerca de todo lo que aún podía interesarlos y unirlos al mundo de los vivos. Una vez "hecha su feria" volvía a su casa, donde ataviada conforme a su rango presidía la mesa de M. de Gondí y dirigía en sus salones la conversación acerca de literatura, artes, la corte, la ciudad, y otros temas que animaba con su gracia y agudeza de espíritu, a través de los cuales resplandecía el encanto de su bondad. Piénsese que era de temperamento delicado, bella y enfermiza y se apreciará mejor todo el valor a que había de echar mano para practicar esta doble y agitada vida, aun sólo en lo que se refiere a estas dos clases de trato, de aspecto tan diferente, con dos clases sociales que absorbían sus días y sus noches. Pero allí estaba también el señor Vicente que muchas veces enfermo y fatigado arrastraba entusiasta a sus fervientes imitadores, a quienes volvía gratas sus tareas gracias al cuidado meticuloso y a la cariñosa preocupación con que las planeaba. Montaigne observa: "La vida nos devora". Podría decirme de Vicente "que devoraba la vida", la suya y la de aquellos a quienes asistía con tal que ante todo se asistieran a sí mismos.

Todo lo que creó y fundó fue primero concebido por él en grandes rasgos, en un instante de destello genial, para ser, después de largas consideraciones y reflexiones, desbastado y pulido como a pequeños golpes de buril. Al recapacitar lo realizado jamás pensaba: "Basta, he llegado a lo perfecto", aún cuando así fuera. Difícil es imaginar en qué grado poseyó el arte y la ciencia de la exactitud y el don de obtener la mayor ventaja de los seres y de las cosas, al par que un increíble poder para abarcar a la vez el conjunto y el detalle, ordenando las partes integrantes. Organización, archivos, gastos, hospedaje, vestido, alimentos, nada olvidaba. Todo estaba previsto de antemano: el modo de tratar a los pobres, de servirlos a la vez de mantenerlos en condiciones salubres e higiénicas según la edad y la estación; los cuidados especiales requeridos por los niños, las mujeres, los ancianos, los mil diversos modos de distraerlos. La tristeza no tenía cabida, pues consideraba la alegría como el mayor atractivo de la virtud. El mismo, para conformarse a este precepto, llevaba siempre la sonrisa en los labios y en las pupilas, no a la manera rígida de las estatuas beatíficas, sino con la amable malicia gascona que centelleaba bajo las pobladas cejas.

Lo que asombraba era la tranquilidad, hasta diríase la presunción, con que se embarcaba en tamañas empresas del bien común sin divisar la ribera del éxito.

Algunas chanceaban, otros demostraban francamente temor. "¡Qué gran corazón, gemía más de uno, pero qué cabeza! Está loco. Gascón tenía que ser. *Se tiene fe*. ¿Pero adónde irá a parar él y el enorme fárrago de sus obras?"

El, dejando a un lado los comentarios adversos, proseguía en paz su camino. Jamás causó la impresión de atrasar o adelantar, de estar inquieto o desalentado.

Cada cosa a su tiempo. Marchar despacio era su garantía de pronta llegada. Solía repetir: "No adelantarse jamás a la Providencia, pero una vez que la Providencia ha abierto el camino, entonces se ha de dejar el paso para tomar la carrera".

Cuando hubo establecido más de treinta cofradías de mujeres, diseminadas en Villepreux, Joigny, Montmirail y demás dominios del general de las galeras, extendió su obra instituyendo también cofradías de hombres que deberían, en una acción similar y paralela, asistir a los desvalidos, quedando para las mujeres el cuidado de aquellos que por su edad o achaques eran incapaces de todo trabajo. La primera de estas Cofradías de Caridad fue fundada en Folleville, el año 1620.

Establecidas ambas asociaciones que se completaban mutuamente y a veces se reunían para combinar el esfuerzo común, Vicente de Paul, que descubría diariamente la extensión y profundidad de su idea, vio la posibilidad de ampliar su obra, contenida hasta entonces dentro de los límites de la campaña, haciéndole penetrar en las ciudades. Este nuevo giro de las cosas, impreso por la sola fuerza de las circunstancias, se producía casi a pesar suyo. Mientras el santo, marchando a la vanguardia de sus esperanzas, corría en pos de más amplios éxitos, éstos al concretarse superaban de tal manera lo previsto que él mismo se veía obligado a ponerles freno, pues sus anhelos se cristalizaban antes de lo que hubiera deseado: tanto temía que el celo imprudente e indiscreto viniese a malograrlo todo. Estimaba que el éxito pasajero de la precipitación suele ir seguido del fracaso. ¿Pero es posible detener una corriente semejante? La institución de la Caridad nacida del corazón de Vicente como el hilo de agua de un manantial, acrecentada poco a poco a través de las provincias de su nacimiento por todos los arroyos de buena voluntad que en ella vertieron sus aguas para aumentar su caudal, se convertía poco a poco en río impetuoso e irresistible, pero siempre contenido y canalizado por el admirable ingeniero... La institución como un torrente anchuroso se extendía por todo el reino, atravesaba las fronteras, inundaba Lorena y Saboya, penetraba en Polonia y en todas partes donde los hijos de Vicente comprendían la evangelización de los pobres "de afuera" pero loe para ellos no eran nunca "extranjeros"...

## LO QUE VICENTE DESEABA DEL POBRE

Al propagar así en el mayor ámbito y a precio de dificultades y grandes peligros el método del santo, sus discípulos tenían conciencia de cumplir su más caro anhelo: efectuar el trabajo de instruir, que a sus ojos era la única llave capaz de abrir todas las puertas; instrucción completa, religiosa, intelectual y moral.

El socorro y cuidado de los pobres —aunque era necesario comenzar por aquí— no era sin embargo la última finalidad. Lo principal estaba aún por hacerse.

Era menester enseñarles que si habían de permanecer siempre pobres, habían de serlo con dignidad. Después de hacerles ver sin temor sus derechos, era necesario inculcarles sus deberes, dignificarlos ante sí mismos, quitarles la idea de su ruina irreparable y fatal, persuadirlos que para ser respetados y estimados como el que más, bastaba ser respetable, en fin *educarlos*, yendo a la inteligencia a través del corazón. Aunque mediana o aletargada, la inteligencia de estas gentes era capaz de destellos admirables, ¡y cuántos corazones que parecían endurecidos definitivamente por las contrariedades, se enternecían con más facilidad que los de los dichosos y cedían al primer empuje!



Juzgando que la mendicidad nutre la pereza y estimula los vicios, siendo así el mayor obstáculo para la salvación de los pobres, la proscribió bajo pena de interrumpir la donación de limosnas y prohibió a *sus* fieles el repartirlas.

La bondad no desarmaba su rigor. Conocía admirablemente su clientela, el carácter de la misma y el modo de tratarla. Ninguno la analizó tan bien como él. Tanto sabía reconocer, cuando era conveniente, sus virtudes, como poner en claro sus defectos, artimañas y bajezas. Las miserias físicas de los pobres no le impedían ver las fealdades morales. Las lamentaba, pero sin apiadarse mucho exteriormente, sobre todo delante de ellos. No se procuraba el placer vano de crear seres aparte y modelos en su género, embelleciéndolos en su estima. Antes sin ilusión desestima los tenía por lo que eran: por infortunados. Siempre accesible a la caridad, sin retroceder ante las olas, entraba en ellas hasta el cuello no consintiendo jamás en que lo sumergiesen. Pero esta aparente indiferencia de sentimientos que hubiera podido creerse frialdad, ¡cuán solícitas atenciones ocultaba! Todo lo llevado a cabo desde su tiempo hasta nuestros días en el orden de la filantropía. Para mejorar la suerte de la humanidad doliente es creación suya. El fue el primero en concebir las grandes ideas fundamentales, no sólo de las obras que le son peculiares, sino también de aquellas que prescindiendo de directivas religiosas han sido efectuadas por laicos en estos dos últimos siglos. No han hecho más que copiarlo sin poder superar el modelo. Cuando preocupado por los errantes que quebrantados por el hambre y la fatiga veía dormir a la intemperie, quiso asegurarles, al menos por unas horas, una apariencia de hogar, y decidió que "se abriría un asilo en el que se daría cena y cama y al día siguiente (los sueldos al despedirlos", ese día fundó los Hospicios nocturnos. Hoy disponen éstos de cómodos dormitorios, de lechos, calefacción, lavatorios, gas y electricidad. Bien está. Pero en gran parte se deben a Vicente quien vislumbró estos resultados en su mente de visionario.

El hijo de labradores, el antiguo pastor de Pouy, supo aprovecharse de las lecciones de su infancia. Habiendo observado que las obras urbanas son de vida precaria sin el apoyo de las rurales, propuso a las cofradías de la campaña la adquisición en gran escala de vacas y ovejas cuya venta daría buenas sumas sin mayores dispendios pues podían apacentarse en los prados comunes, como entonces se acostumbraba. Con su larga experiencia en la cría de ganado específica: "Las ovejas serán marcadas cada cinco años con la marca de la asociación". Para procurarse otra fuente de ingresos auspició la creación de "talleres" donde los muchachos y los hombres capaces eligiesen y aprendiesen un oficio según sus aptitudes a fin de poder más tarde ganarse la vida. También en esto Vicente se adelantó a nuestro tiempo en la idea moralizadora y práctica de "la hospitalidad por el trabajo".

Nótese que no sólo se trataba de consignar en el papel el genio invertido de tales empresas, ni siquiera de ponerlas en marcha sin más ni más. También era necesario para obtener el pleno éxito, hacerlas aceptar por los espíritus, presentarlas de posible ejecución, crear a su alrededor un ambiente favorable y un entusiasmo capaz de llevarlas adelante. Eran estas innovaciones audaces para la época, que aún propuestas por un hombre de espíritu y experiencia como Vicente, corrían el peligro de ser acogidas con indiferencias y fracasar. Sin embargo fue inmediatamente comprendido con sólo hablar. Sin embargo sus prédicas jamás cayeron en desierto y eran aclamadas con entusiasmo. Las multitudes acudían a él y él las hacía prisioneras. La gloria era el tormento de su modestia, pero su obra se acrecentaba resplandeciente. Se necesitarían muchas páginas para enumerar sus fundaciones. En algunos sitios, muchas de ellas sólo se revelaron más tarde, como en Bourg, Trévoux, Cháloux, Mácon, donde 1846 los archivos dieron a conocer el proceso verbal de una asamblea

reunida con motivo de "un sacerdote del señor general de las galeras, piadoso y devoto, autor de nuevos medios por los cuales provee de alivio y alimentos a los pobres, tanto en Trévoux como en las demás poblaciones circunvecinas, cuya obra había de aprovecharse para el bien común". A todo esto, apenas si se menciona el nombre del fundador en memorias y procesos verbales de la época, a pesar de ser célebre y venerado y de haber estado presente, según nos consta por otros conductos, en muchas de aquellas sesiones y asambleas. Es que su mayor placer consistía en pasar inadvertido.

Las más numerosas fueron las cofradías femeninas, sea porque fuera más fácil reunir sus individuos dada la natural inclinación de la mujer por las obras de caridad, sea porque sus cuidados tienen mayor aceptación y son mejor aceptados por los beneficiados. Las cofradías masculinas, de escaso número en un principio, crecieron posteriormente y, caso maravilloso, subsistieron hasta la Revolución, después de la cual dieron origen a las asociaciones llamadas de San Vicente de Paul, inspiradas en el espíritu del santo.

Este hombre extraordinario tan perseverante como hábil en realizar proyectos había emprendido por entonces el apostolado de la campaña. Instruir sus habitantes pobres y santificarlos, no sólo los pobres en el sentido común de la palabra, sino todos los demás pobres que aunque provistos de todo lo necesario, carecían en lo moral de lo más indispensable, los despojados de pensamientos religiosos, de esperanza, de bondad, de amor al prójimo... los endurecidos y pobres de corazón, tal era uno de sus fines principales. Estos pobres interesaban al pescador de pecadores, pues se prometía, después de haberlos convertido, encontrar en ellos nuevos discípulos para lanzar a su vez en los surcos el grano del Evangelio y hacerlo crecer. De igual modo que él había creado las Misiones, estas debían crear misioneros. Exacerbados o envilecidos por años de lucha y de masacres, presa del odio o de la inercia bestial, los pobres propiamente dichos cuyo número se había multiplicado en proporción aterradora y las demás clases campesinas menos envilecidas formaban una inmensa y lastimosa humanidad privada de todo socorro, material y espiritual, los segundos de tanto valor como los primeros, porque "no sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra..." y esta palabra era lo que Vicente ofrecía como alimento con el pan de cada día a los que tenían hambre de todo.

Antes de llegar a realizar perfectamente, con la exactitud prevista, la Congregación de sacerdotes de la Misión, necesitó cuatro años. Pero su paciencia era inagotable; se diría que presintiendo su obra de duración eterna, se figuraba poseer la eternidad. Estaba seguro de poseer el tiempo necesario.

## EL GRAN HORROR DE LOS HOSPITALES

Tan atento a los asuntos lejanos como a los que absorbían actualmente su atención del momento, se hallaba presente en todo a la vez. Ya fuera por medio de cartas, ya por intermedio de sus enviados, hablaba donde estaba ausente y presidía las reuniones aunque su sillón de paja estuviese vacío. En todo instante y ocasión se manifestaba su presencia en medio de los que la presentían. En toda hora estaba presente donde se le reclamaba, aun de noche, en la cual, como una sombra amiga y tranquilizadora, se detenía junto a los lechos respondiendo al llamado de los que le reclamaban. Su pacífica silueta habitaba los muros, y los cortinados, penetraba en los sueños.

Después, súbitamente, descendía al fondo de los húmedos sótanos, subía a los graneros ruinosos, recorría las callejuelas sombrías iluminadas de repente con su presencia y por fin se dirigía al hospital donde su mano se levantaba para bendecir y detener las blasfemias.

La imaginación más ardiente no podrá formarse una idea exacta del conjunto de dolores y de horrores que se encerraba en un hospital. La peste hacía estragos en París de manera incesante. Durante todo el siglo XVI mostró el flagelo predilección constante por la capital y se vio diezmada por aquella "calamidad desencadenada por la ira de Dios, enemiga mortal de los hombres y de las bestias, de las plantas y de los árboles", como observa con trazos de fuego el gran Ambrosio Paré. Con la denominación de peste se designaban entonces todas las enfermedades. Montaigne contagiado de coqueluche, describe en sus "Ensayos" el pánico de su familia: "Apenas alguien comienza a sentir un dedo dolorido, se lo atribuye a todas las enfermedades, a la peste". Tanto las fiebres benignas como perniciosas, todo mal contagioso o que se creía tal, andaba en todas las bocas con el terrible nombre. Si alguien se encontraba indispuerto, estaba apeestado..

La ausencia total de limpieza propagaba las infecciones con la rapidez del rayo. Por todas partes pululaban los muladares, estercoleros, animales muertos, basuras malolientes, inmundicias acumuladas. No existían cloacas y sólo pocos desagües obstruidos y fétidos. Los cementerios, situados casi siempre junto a las iglesias, eran de escasa extensión y pronto estaban repletos. En aquellos tiempos de muertes violentas y misteriosas, los cadáveres eran sepultados a prisa y en cualquier lugar durante la noche, en los jardines, a lo largo de las caminos y tan a flor de tierra que cuando el azadón horadaba el suelo para plantar o edificar, arrancaba las osamentas y hasta girones de cadáveres todavía en putrefacción. ¡ Qué aires los del París de entonces! "Aire contaminado y descompuesto que corrompe nuestros espíritus y nuestros humores, engendrando peste mortífera", escribe Abraham de la Framboisière, médico de Enrique IV y de Luis XIII. Y resume su receta en tres palabras categóricas : *cito, longe, tarde*, advirtiendo, cuando asomaba la maldita, que el mejor remedio era "partir pronto, huir lejos, volver tarde". Las autoridades recomendaban medidas profilácticas que nunca se cumplían por carecer la población de los medios indispensables. Para ello hubiera sido necesaria una estrecha colaboración entre la Facultad de Medicina y la Policía, concretada en una organización de salubridad pública. En su lugar, los servicios de limpieza pública estaban encomendados a empresarios avaros o a los mismos vecinos, quienes los cumplían peor aún que los mismos concesionarios. Además los médicos de entonces carecían, con raras excepciones, del valor y honradez profesional que admiramos en los de hoy día. La tremenda palabra "peste" conmovía al pueblo y ejercía sobre él un influjo nefasto. Los enfermos se consideraban más como enemigos que como seres peligrosos. Se les atendía temblando. Los enfermeros les administraban las medicinas volviendo la cabeza y reteniendo la respiración. Es interesante leer en los tratados de la época las precauciones que se recomiendan a los que se atreven a aproximarse a los enfermos.

Interiormente debían llevar "una camisa empapada en esencias, aceites, y espolvoreada con siete polvos distintos; exteriormente una túnica talar de tafilete que el aire contaminado atraviesa con dificultad". Además, un diente de ajo en la boca, una esponja en la nariz y gafas que cubran bien los ojos. Júzguese cuán apropiado fuera este terrorífico aparato• para levantar el físico y la moral de las infortunadas víctimas que veían a los encargados de devolverles la salud tan aterrorizados o más que los mismos pacientes. El interior de los hospitales distaba mucho de ofrecer el aspecto confortable de los grabados de Abraham

Bosse con sus lechos de cuatro columnas y aristocráticos doseles, en los cuales, sobre almohadas mullidas y entre sábanas de fino lienzo que el buril presenta de blancura deslumbrante, los enfermos sonríen a elegantes visitas.

Los sonrientes cuadros de la escuela holandesa en nada se asemejan a las salas de un hospital, de ambiente tan repugnante, que quien se atrevía a penetrar en ellas lo bacía con el ansia imperiosa de retroceder o escapar ¿Dónde los barreños de cobre, de bordes abombados, depositados en el suelo, en cuyo interior reposan frascos de cristal como de vinos que se refrescan? ¿Dónde las finas maderas lustradas, los lienzos con blancura de manteles de altar, los pisos deslumbrantes donde se refleja el ondear de las vestes de seda? La realidad era muy diversa: camastros dislocados y vacilantes, harapos inmundos impregnados de babas y esputos, de gratitud y polvo, endurecidos como velas de navíos; recipientes semiquebrados, vasos de estaño o de plomo que jamás se aseaban, maderas hirvientes de chinches, (¡las había en el Louvre y hasta en el lecho real!) ¡restos inmundos lo cubrían todo y se extendían sobre el pavimento que desaparecía bajo una capa lodosa o seca según el tiempo y donde los pies, cuando no chapoteaban entre las heces o chocaban con vasijas de agua sucia y deyecciones, hacían lo posible para caminar de puntillas. Por último, en la penumbra de cortinas hechas girones por el tiempo y la polilla, yacían los pobres... pobres en el extremo de la miseria, que ostentaban sus llagas, sus deformidades y dejaban traslucir a través de rostros deshumanizados la angustia del alma ansiosa por continuar habitando los escombros del cuerpo o por libertarse definitivamente de ellos.

No se crea que exageramos por puro placer. Según un informe oficial acerca del Hospital de París consta que afiebrados, heridos, mujeres encintas, parturientas, sarnosos, variolosos, estaban confundidos junto a la sala de cadáveres y disecciones. Llegaban los enfermos a este horrible ambiente, sufrían, gemían agonizaban, morían y eran diseccionados sin cambiar de sitio, en comunidad. Los lechos con capacidad para dos personas recibían seis, apretujadas unas contra otras y obligadas, para dar lugar, a permanecer siempre de costado. Aquello era el suplicio del insomnio Imposible imaginar el tormento de estos mártires, casi encimados, sin distinción de edad ni de condición, presa de terribles enfermedades que se contagiaban mutuamente al entremezclarse sus alientos pestíferos, sus sudores, sus lágrimas y todas las miserias de sus cuerpos que absorbidas por los harapos, quedaban sobre las víctimas por tiempo indefinido.

Nada digamos de la desesperación, de la cólera, de los odios que se apoderaban de aquellos seres que en el paroxismo del furor llegaban a arañarse, a morderse, a golpearse. No era raro encontrar más de un estrangulado. La temperatura de aquellos lechos sobrecalentados era superior a lo imaginable. Los jergones eran removidos sólo de tarde en tarde y eso en medio de los mismos enfermos sobre los cuales caían las suciedades. Al ser transportados a los patios para ventilarlos, sembraban a su paso la infección a través de escaleras y corredores. Aún más: cuando algún enfermo había de ser operado no sólo se hacían en su presencia los espantables preparativos; la misma operación se practicaba ante sus ojos. Basta recordar lo rudimentario de la cirugía de entonces para comprender el espanto de los que eran obligados a presenciar el intolerable espectáculo. También existían los *piojeros*, nombre significativo que se aplicaba a los guardarropas de hombres y mujeres, donde se guardaban los harapos de enfermos de sarna y demás contaminados, con los vestidos limpios y sanos de otros pacientes. También... ¿A qué proseguir? Detengámonos ante los últimos horrores que sobrepasan en mucho a los que, con perdón del lector, hemos descrito con aparente complacencia. Pero era útil y aún necesario que así fuese, —la compasión sólo

se excita a menudo ante lo repelente— para conmover los ánimos y el corazón con el estremecimiento de las cosas vistas y palpadas, las cuales, enumeradas en dos palabras sin nada penoso, arroja rían un velo sobre tales horrores dejando el corazón insensible y la mente en la ignorancia o tal vez en la incredulidad. Al mostrar la cruda verdad o más bien sólo una parte, hemos ahorrado fatiga al lector... y lo hemos engañado porque el cuadro siniestro figura en un informe oficial redactado rigurosamente y del cual sólo hemos escogido algunos rasgos. Data de 1788 y fue redactado por el cirujano Tenon e impreso por orden del rey. Si pues en esa fecha por poco que hubiese progresado la medicina y la cirugía existían tales horrores, podemos deducir por comparación de lo que sucedía a fines del siglo XVIII, que pasaba por refinado, con el estado de los hospitales de París a principios del siglo XVII, cómo se encontrarían éstos cincuenta años antes. ¿Acaso en peores condiciones que las enunciadas? El pensamiento rehuye toda suposición y se niega a cualquier cálculo. Pues bien, en este último ambiente penetró Vicente, entraba todos los días, a toda hora, como era en realidad y sin esperanza de cambio. Pero para él estaban de más las precauciones como las vestiduras de tafilete, las gafas, las máscaras, y los guantes. Tampoco los enfermos lo hubieran permitido. Deseaban verlo, contemplar sus mejillas, sus ojos profundos y maliciosos, su nariz amplia, su boca, su frente sudorosa, su semblante bondadoso y las manos más envejecidas que su dueño. En aquellas mazmorras del dolor el capellán se sentía por su parte tan dichoso como aquellos a los que asistía. Expresaba a las personas inclinadas a compadecerlo o a admirarlo, que experimentaba un gozo especial en el cuidado de los infortunados de la ciudad y diferente del que le procuraban los de la campaña que eran para él una distracción recreativa. Corno lo decía lo pensaba, lo cual no impedía que alguna madrugada le asaltasen añoranzas de sus queridos campesinos y partiera hacia ellos con el mismo entusiasmo.

## EL HORROR MÁXIMO DE LAS PRISIONES

Sin embargo no había llegado en los hospitales de París a tocar el fondo del sufrimiento humano. Alentado por el resonante título de General de las Galeras que ostentaba el señor de Gondj, decidió acercarse a los criminales sujetos a la autoridad, de quien era también su amigo. Con frecuencia se reprobaba no haber entrado en contacto con esta clase de miserables. Se hizo pues conducir a la Alcaldía y a los Tribunales, en cuyas mazmorras eran custodiados antes de ser enviados a los puertos marítimos. Permittedle la entrada casi arrepentidos y como avergonzados de lo que allí vería, presintiendo el dolor que experimentaría en la visita. La primera de éstas dejaría en Vicente un recuerdo imborrable.

Existían dos clases de prisiones ; unas subterráneas, oscuras, de paredes verdosas por la humedad y el moho, impregnados de salitre, de bóvedas bajas como las de una cripta o una tumba ; otras a la luz del día, que al penetrar escasamente permitía ver el terrible espesor de los muros rocosos, las inmundas estalactitas que de ellos pendían y todo el arsenal de puertas acorazadas, de cerrojos, goznes, rejas, barrotes, tan gruesos como los de una jaula de leones, a través de los cuales penetraba el viento, la nieve, las ráfagas de lluvia invernal, pues las ventanas carecían de vidrios. Los presos eran amontonados en estas prisiones, roídos por los parásitos y cargados de cadenas ama, radas a las paredes que les sujetaban los tobillos y el cuello por medio de anillos de hierro, como si se tratara de perros rabiosos. El peso y estrechez de las argollas era por sí sólo una tortura. Los presos, semidesnudos, cubrían un uno' pocos andrajos su cuerpo llagado. Los había de toda edad, jóvenes, viejos y

adolescentes avejentados. Algunos llevaban larga cabellera gris apelmazada de suciedad que les cubría las espaldas, y barba blanca que se extendía hasta el vientre, barbas y cabellos lujuriantes de miseria como debieron ser los de Job y como sólo se veía en las catacumbas del crimen sobre las frentes y mentones de los cautivos olvidados. Pero a pesar del fracaso de sus vidas y de la deshonra de los parásitos, mantenían un aspecto venerable. Sus compañeros los ayudaban y respetaban como a sus abuelos. Las mazmorras de la antigua Francia también tuvieron sus patriarcas.

La mayor parte eran hombres en la flor de la juventud, de brutal virilidad, procedentes de la hez del pueblo, de cabeza salvaje, frente deprimida, mandíbulas feroces, músculos de atleta, capaces de desmenuzar sus hierros con sólo quererlos; y así debían ser, pues estaban destinados al trabajo sobrehumano de las galeras. Estos desdichados no se comportaban todos de igual manera : quiénes yacían doblegados por el peso de las cadenas, quiénes las sacudían como osos salvajes; unos se dejaban morir de hambre mientras otros mordisqueaban la paja de sus yacijas y hasta hubiesen devorado a sus semejantes ; los demás cantaban, aullaban, vociferaban echando espumarajos de rabia o profiriendo carcajadas espantosas.

Ninguno lloraba. Todos blasfemaban. Algunos tocados de locura se estrellaban la cabeza contra un sillar y se mutilaban para hacerse inservibles. Así vivían semanas, meses y hasta años, sin que nadie se ocupara de ellos, en compañía de las hordas de ratas que les roían los pies, de los murciélagos que descendiendo por la noche de las bóvedas revoloteaban alrededor de sus mejillas o se posaban sobre ellos, y de las arañas venenosas del tamaño de una castaña... En fin, aquello era el mismo infierno.

La primera vez que Vicente se presentó ante ellos, no comprendieron sus propósitos. ¿De dónde venía aquel hombre de negras vestiduras, sin espada, sin llave, sin garrote? ¿Un sacerdote? ¿Cómo reconocer su carácter por el hábito? La mayor parte jamás habían visto un ministro de Dios y otros no lo veían desde tanto tiempo que ya ni recordaban su vestimenta. El pasado y el futuro no existía para ellos; vivían sólo en el presente, oscuro e inacabable. ¿Qué pretendía, pues, aquel "nuevo". "¿No sería tal vez —sospechaba más de uno con el rostro deformado por el odio— algún carcelero superior más feroz que los ordinarios? ¿Qué irá a hacer con nosotros?". Los que no yacían postrados lo escudriñaban con mirada frenética. "O será - se preguntaban- algún visitante de la corte, curioso de contemplar nuestras miserias y deseoso de complacerse en ellas?".

No eran de extrañar sus suposiciones, pues los presos recibían algunas veces, aunque de tarde en tarde, visitas de gente calificada que después de muchos trámites obtenían el permiso. Damas encopetadas y caballeros rozagantes, en parejas, ricamente ataviados, entraban acompañados de un lacayo, ansiosos de presenciar el espectáculo. Este no duraba mucho tiempo. Los condenados, a quienes irritaba el lujo como un desafío, los recibían mal. Cuando no los asediaban audazmente con lamentos y quejas, los insultaban en su jerga burlándose "del bigote de sátiro" del caballero, de su barba "cola de zorra", sin molestar a las damas que veladas reían o se ruborizaban.

Con Vicente no sucedía lo mismo. Lejos de excitar burlas u ofensas, imponía la admiración seguida del respeto. Sus vestidos eran humildes, sus zapatos bastos y polvorientos no eran de "moño" o de "puente levadizo". Hubiera podido pasar por un pobre de tantos. Antes de hablar sonreía y tendía las manos en ademán amistoso. Nunca se les había obsequiado con una sonrisa ni con un gesto amable. Pero cuando de sus labios salía una voz que les llamaba

"amigos míos, hijos míos", cuando sus manos se acercaban a las de ellos sin temor ni repugnancia para estrecharlas, curar sus llagas y arrancar los parásitos hundidos en sus carnes... antes que felices se sintieron estupefactos. Algunos confusos y desconfiados a la vez, se sustraían a las atenciones de las manos maravillosas, hasta que vencidos repentinamente se abandonaban en un momento de flaqueza inefable. Creían soñar; pero no; era una palpable realidad y allí tenían para probarlo —además de la presencia del sacerdote y de sus palabras consoladoras— los cestos desbordantes de pan y de alimentos que él mismo les traía y distribuía. Y lo más admirable —observaban— era que allí quedaba largo rato, sin prisa por marcharse aun cuando los cestos estuvieran ya vacíos, mostrándose muy a gusto entre ellos, interrogándoles, preguntando sus nombres, informándose de su tierra natal, de sus padres, de su antiguo estado, de su salud... en fin, charlando con ellos "como si dispusiera para ello de todo su tiempo". Se sentaba sobre los jergones, sobre el banco de piedra y aun sobre la paja en putrefacción para sostener y levantar sus cadenas aligerándolos de ellas algunos instantes. Los exhortaba a la obediencia, al valor, al perdón, a la bondad, mostrándoles el crucifijo con la imagen de Aquel que había sufrido los más grandes tormentos y soportado mayores suplicios que todos los prisioneros y galeotes del mundo. Y El era la misma inocencia! Les decía que si había sido flagelado y crucificado, como lo podían ver, y traspasado por gruesos clavos era para salvar a todos los hombres y rescatarlos, en especial a los culpables como ellos. Por lo cual estaban por El salvados y para siempre! "*¡Lo estáis!*", les aseguraba. Aquellos desgraciados, que jamás en su vida habían oído cosa semejante se conmovían tanto al escuchar las palabras del santo que querían ver de cerca la cruz y tocarla. Vicente la ponía en sus manos. Ellos la pasaban el uno al otro, algunos solamente curiosos, otros impenetrables, la mayoría indiferentes. No faltaba quien la arrebatase con gesto de rapiña y ojos ardientes de codicia. —"¿Es de oro?", preguntaban señalando al Cristo de metal, de cuerpo reluciente. "No, es de cobre, replicaba Vicente, pero vale y lo aprecio más que todo el oro de los galeones". Y cuando algún huraño rehusaba la cruz profiriendo amenazas, el santo lejos de preocuparse pensaba: "Ya la aceptará más tarde".

Le bastó una hora en la primera visita para conquistar a estos rebeldes y ablandar sus corazones petrificados. Cuando los dejaba, prometiéndoles volver, veía brillar en sus pupilas de bestias cobrizas un destello de sol: alegría que no era solamente una expresión de gratitud inmediata, sino también de confianza y de esperanza. Mientras los escasos visitantes que se aventuraban hasta allí jamás volvían, sabían que él regresaría y sin hacerse esperar. Ya no se sentían solos y abandonados. Ahora tenían un amigo. ¡Si hubieran podido comprender la amistad del que acababan de ganar!

Vicente salió de las cárceles completamente conmovido. No creyó que los horrores de los hospitales pudieran ser igualados en ninguna parte, pero ahora se convencía que las prisiones los superaban en mucho. Inmediatamente corrió a casa del señor de Gondi, vibrante todavía de emoción y entre sollozos de dolor le contó lo que había visto. A pesar de su repugnancia por las frases solemnes le describió con exceso de detalles y en los términos más vivos el horrible cuadro que perduraría para siempre ante sus ojos, enardeciéndose hasta conjurar al general como si le dirigiese el reproche de la historia:

"Ah, señor, dedicad vuestra atención a estos pobres que os pertenecen. Como sois su señor en la tierra, así también daréis cuenta de ellos ante Dios. No niego que han merecido el castigo que sobrellevan, pero es asunto de vuestro honor y caridad atenderlos y no permitir que carezcan de todo auxilio y consuelo. ¡Apiadaos de ellos!".

Esta exhortación halló eco en el señor de Gondi.

El abominable estado de aquella multitud de reos, de la cual, como Vicente le recordara, era él señor absoluto, le era ya conocido y cuando lo pensaba al acaso experimentaba lástima y vergüenza porque amaba la justicia y era de buen corazón. Inmediatamente autorizó al capellán a tomar las medidas que estimase más eficaces para mejorar la suerte de los desventurados; al proceder así no se contentaba con satisfacer las demandas del abogado o aliviar su clientela: cumplía con una exigencia de su conciencia.

Impedido por su elevada posición para descender hasta aquellos criminales y para testimoniarles una compasión que muchos interpretarían como debilidad, experimentaba un gran alivio al saberlos en manos de Vicente, mejores que las suyas. No acostumbraba el santo al enfrentar un deber absoluto y urgente calcular las consecuencias del mismo, no por temer que las dificultades del compromiso fuesen capaces de detenerle, sino porque según su parecer debería preocuparse y perder tiempo inútilmente, ya que casi siempre las cosas resultaban opuestas a sus probables predicciones.

Por eso, al defender ante el general la causa de los galeotes prefirió no considerar la aventura que aceptaba. Como siempre, siguió sin mezquindades los impulsos de su bondad.

Intentando subvenir a una necesidad momentánea, sólo más tarde entrevió la profundidad del nuevo horizonte. A penas en posesión de los poderes concedidos por el señor de Gondi, trazó su plan de acción. Desde el momento en que se había declarado protector de los galeotes y se le permitía ejercer el cargo de intendente de los mismos, sus visitas por frecuentes que fueran eran poca cosa. Estaba resuelto a proscribir las inmundas mazmorras, nido de horrores y náuseas; sus prisioneros estarían en adelante y en cuanto fuese posible *como en su propia casa*. Con este fin acondicionó en el barrio Saint-Honoré una casa amplia y salubre. Cuando los hubo instalado allí en las condiciones deseadas, acometió la tarea de mitigarles el régimen, y sobre todo de instruirlos, reeducarlos y transformarlos. En lugar de hacerles aceptar, aun cristianamente, la plenitud de su catástrofe, prefirió atenuarla y reducirla al *mínimum*. "¡Basta ya de condenados en el otro mundo y de malditos en éste!". En una palabra: su objetivo consistía en probar a estos parias que habiendo sido salvados por el Galileo, ellos a su vez, cooperando con el arrepentimiento y la docilidad, podían convertirse, aun bajo el peso de las cadenas, en hombres sin crímenes a los ojos de Dios y a los de Vicente su representante... hombres que pasarían al reino sin tempestades con las manos libres y ascenderían recompensados en la barca de Pedro que navega por propio ímpetu sin las fatigas del continuo remar. Tentativa insensata, decían a su alrededor, la de pretender regenerar ladrones y asesinos caídos en lo más profundo del vicio y la degradación. Sin embargo Vicente lo consigné. El efecto de su virtud aplicada a los gangrenados sobrepasó sus esperanzas. Estos monstruos insensibles que habían vertido mucha sangre pero nunca una lágrima, se conmovían temblorosos a la sola vista del capellán, y al escucharlo prorrumpan en tantos llantos como habían causado.

Muchos se convirtieron. El caso se comentaba en París y en la corte atribuyéndolo a milagro. Como la moda lo invade todo, aun el ejercicio del bien, se introdujo la de visitar las cárceles a fin de comprobar los buenos resultados "de un tal señor Vicente". Lo cual sucedía no sin molestia del antiguo pastor, quien advertía con cierta malicia que hasta la virtud tiene sus carneros de Panurgo.



Hábil para servirse de lo que pudiera favorecer sus empresas, no dudó en sacar provecho de aquellos rumores para difundir su idea en todos los ambientes y convertirla en una obra simpática y popular. Lo que ayer fuera un pensamiento digno de ser tenido en cuenta como de paso, se convertía hoy en una obra estable y Vicente, sublime impulsivo a pesar de su mente reflexiva, se sentía anegado por los ensueños de su corazón. Las señoras de Gondi y de Maignelais, las damas de la alta sociedad, los que le conocían y los que no le conocían acudían presurosos hacia él deseosos de ayudarle por todos los medios. Le ofrecían dinero sin que lo pidiera. El obispo de París aprobó la obra y la recomendó a sus diocesanos. La buena marcha del movimiento lo alegraba, pero su regulación le exigía grandes sacrificios. El señor de Gondi, tan entusiasmado como Vicente por esta cruzada de humanidad, la apoyó como si se tratara de su propia honra. La obra de los galeotes era para él, su general, como una cuestión de familia y deseaba extenderla a las prisiones de las provincias. El asunto estaba a punto para recibir su coronación: la consagración del rey. La cual fue acordada por Luis XIII quien otorgó a su fundador por real orden del 8 de febrero de 1619, escrita de su puño y letra, *el cargo de Real capellán con renta de 600 libras anuales e idénticos honores y derechos que los demás oficiales de la marina de Levante, siendo voluntad de Su Majestad que el dicho de Paul por la dicha calidad de Real sea era adelante considerado superior a los demás capellanes de las dichas galeras.*

Este importante acontecimiento convirtió al modesto sacerdote en un personaje casi oficial y ponía bajo su jurisdicción a los forzados de las cárceles de París y de toda Francia. Pareció entonces que el primer deber de su nuevo cargo era visitar sin tardanza los presos de las diversas cárceles. También ésto era una *misión* de las muchas que le esperaban en el futuro. "Misionero en todo y para siempre", tal era su divisa. Difícil imaginar las fatigas y dificultades de tan largo camino: todas las cárceles del reino... ¡Tremenda gira! Pero Vicente después de hacer los preparativos la emprendió como si fuera un viaje de placer. El rey le había encomendado seres humanos, indignos de vivir según la opinión general, a no ser como *chusma* sometidas al garrote y al látigo. Puesto que éste es un pueblo innumerable y reprobado, corre a posesionarse de él con hambre y sed de llevarle el pan y el vino de su advenimiento. No pudiendo quebrantar las cadenas que cautivaban los cuerpos, desataría las del alma y los libertaría.

Y partió.

## A LAS GALERAS

El camino que debía recorrer Vicente en pequeñas etapas (comenzaba a dejar de ser joven) los forzados lo hacían en menor tiempo, cuando según el reglamento partía la caravana de penados. De muy buena gana los hubiera acompañado. Si no lo hizo fue porque ello no estaba de acuerdo con el carácter oficial de su alta investidura.

Desde París hasta los puertos marítimos adonde se les destinaba, los galeotes marchaban a pié, encadenados por el cuello, correspondiendo a cada individuo ciento cincuenta libras de peso, (unos sesenta kilogramos). Por todo alimento recibían una libra y media de pan y por bebida un poco de agua estancada. Iban rodeados por un cuerpo de arqueros que además de sus armas llevaban nervios de buey y garrotes. Antes de la partida, los guardias según costumbre, desnudaban a los prisioneros sea cual fuese la estación, para revisarles las ropas y despojarlos de las cosillas que en ellas guardaban. Terminada la operación, les devolvían

los harapos, endurecidos en invierno por la escarcha y ¡en marcha! El que no podía caminar con la rapidez exigida era inmediatamente maltratado a culatazos. Para los estropeados y los enfermos se disponía de carruajes, pero éstos se guardaban de manifestar sus dolencias, pues ello les hubiese valido una doble ración de golpes administrados con el fin de comprobar su veracidad, no fuera que alguno simulase incapacidad física para hacer el viaje en vehículo. Cuando llegaban al lugar donde debían pasar la noche eran arrojados en los establos. Siempre amarrados a la larga cadena, se dejaban caer deshechos de cansancio a la largo de la pared, donde se acomodaban como podían para dormir, sobre el estiércol de las bestias. En general preferían esta cama de inmundicias porque los preservaba del frío. Algunos se hundían a propósito en ellas hasta el cuello. Al alba volvían a partir. Los que a más no poder requerían el auxilio de los carros no subían a ellos sino después de haber pasado por la prueba de los nervios de buey. Una vez libertados de la cadena de los pies se los arrastraba por la cadena del cuello hasta el carro en marcha, dentro del cual eran izados como reses muertas. Allí caían contra los adrales de madera erizados de gruesos clavos. Las piernas desnudas colgaban al exterior y se entrechocaban, sangrando. Se podía seguir el itinerario de las caravanas por las huellas rojizas, como si se transportaran toneles de vino perforados. En ningún momento se permitía descender de los carros a quienes tenían la desgracia de pedir ser subidos. Si se quejaban diciendo que no querían o no podían más, se les contestaba: "¡Revienta de una vez!". Si gemían demasiado a causa de sus sufrimientos, eran muertos a garrotazos. Solían morir la quinta parte. Sus cuerpos eran arrojados a un lado del camino "¡Que los entierre el que quiera!". Al fin llegaban al Hávre, a Dunquerque, a Calais y la mayor parte a Marsella en un estado de agotamiento imposible de describir, cubiertos de sarna y de parásitos que no habían podido apartar de sí durante el trayecto por no disponer del tiempo ni de los movimientos necesarios para arrancárselos. "Se multiplicaban horrorosamente sobre nosotros, cuenta uno de estos infelices, de tal manera, que necesitamos varias horas para quitarlos de nuestros cuerpos a manos llenas". Marsella era el lugar principal, término de las grandes caravanas. Apenas llegados ocupaban su sitio en las treinta o cuarenta galeras que ocupaban el puerto.

El embarque significaba para ellos el término del viaje pero no de los sufrimientos. Una vida nueva, cuyo término ignoraban, comenzaba para ellos; vida tan terrible, que perdiendo por momentos la memoria del pasado, añoraban la anterior.

¿Qué era una galera? Vicente, obligado por su cargo a entrar continuamente en ellas, no las conocía aún. Es menester que nos enteremos de lo que era una de estas embarcaciones, no por vana curiosidad ni por placer de lo pintoresco. Ante todo tengamos presente a nuestro santo y sea nuestro guía el interés de conocer su vida. Nos parece útil para apreciar en su plenitud los méritos y sacrificios del capellán describir con colores exactos el teatro de su próximo ministerio.

Con colores exactos, hemos dicho. Es que la palabra "galera" provoca un sentimiento de extraña disparidad que asombra y aterra. Sobre cubierta se veía el brillar del oro y el serpentear de las oriflamas, el resplandor de los faroles en lo alto de los mástiles, el curvarse de las quimeras y los mascarones de proa, azotando contra el viento los pabellones marinos recamados de flores de lis.

En el interior se veían erguirse, curvarse, las filas de espaldas desnudas, amarillentas, morenas, oscuras, viscosas de espuma y relucientes de sudor, cárdenas de moretones y rayadas en todo sentido por el cuero de los látigos.

Pífanos y oboes... se escuchan aires de danza, música, silbidos estridentes, chirriar de dientes y de remos. Las maderas y los huesos crujen a cada esfuerzo. El honor y el horror "encimados" separan y reúnen en esta embarcación fina y robusta, potente y ligera, la más alta nobleza y la más baja canalla. Se piensa en ambos al mismo tiempo. Idéntico grito las evoca: "¡A las galeras!": implacable decisión de la justicia, maldición lanzada por el populacho cruel al rostro de los condenados mientras pasa la caravana, vulgar insulto callejero, deseo maligno escupido en el curso de cualquier reyerta: "¡A las galeras!" como se dijo en otros tiempos: "¡A Montfaucon! ¡A la hoguera!" Como se diría más tarde: "¡A la guillotina!".

Y aquel otro: "¡A las galeras!", solemne, relumbrante, pomposo, impregnado de orgullo que proclamaba la gloria del rey, su poder en los mares, los privilegios de su casa, el ansia de sus gentileshombres embriagados al poder responder a sus damas: "¿Yo, señora? ¿Que adónde iré a servir? ¡A las galeras!".

Fuera de las palabras, en la realidad, esta dualidad se tornaba, como es natural más rigurosa e impresionante a bordo de las naves.

Una embarcación estrecha y aplanada, de 125 a 160 pies de largo por 18 a 30 de ancho, de bajo bordo, sobre todo en su parte media ocupada por los remeros, de sólo tres pies de elevación sobre el nivel del agua: tal se presentaba a primera vista una galera con sus dos mástiles de grandes velas latinas, de ordinario recogidas. A proa, cinco piezas de artillería. A popa la *carroza* pequeña tienda de seda, de brocado o de terciopelo, según la fortuna del capitán, para quien estaba destinada. De popa a proa se extendía sobre el eje del navío un pasadizo central ligeramente elevado. Este pasadizo sirve para maniobrar las velas y en él se pasean incesantemente los oficiales: es como la calle de la galera. A cada lado de esta calle, en otro pasadizo, sobre la borda, se sientan los soldados. Los bancos de los remeros, situados perpendicularmente al pasadizo central están acolchados por un saco de cuero de vaca relleno de lana. Debajo del banco hay una plataforma sobre la que va encadenado el pie izquierdo del remero; el derecho, puestos los remos en movimiento, se apoya sobre un sostén colocado delante del banco. Cada remero sólo disponía de 45 centímetros de emplazamiento y es de notar que en el intervalo de dos bancos dormía el galeote molido, sobre la madera.

Lo descrito se encontraba sobre cubierta; en cuanto al interior no hay para qué describirlo.

Pero no podemos pasar por alto el modo inhumano con que los forzados desempeñaban sus tareas. Los 250 hombres de la *chusma* estaban distribuidos de a cinco en cada uno de los veinticinco bancos de cada lado, encadenados noche y día. Los cinco galeotes de cada banco manejaban un mismo remo, pues estos remos de sesenta pies de largo o sea de unos diecisiete metros de largo, eran de tal peso que su difícil manejo reclamaba tanta fuerza como maestría. La *chusma*, aunque estaba continuamente frente a los oficiales, vivía tan distanciado de éstos como si los separara la inmensidad. El *cómitre*, jefe de la *chusma*, permanecía en popa junto al capitán. Los dos subcómities vigilaban, uno en medio del pasadizo central y el otro en proa empuñando un nervio de buey, un látigo o un garrote. ¿Pero a qué tres instrumentos cuando hubiera bastado uno sólo? Debiéndose distribuir los numerosos golpes de manera continua era necesario que no fuesen siempre de la misma naturaleza, ni causasen siempre la misma clase de heridas porque en ese caso los galeotes, o bien no los hubieran podido soportar a la larga, o hubieran acabado por sentirse insensibles a ellos y ambos inconvenientes eran contrarios al buen orden de las cosas. Un teniente y un

subteniente formaban con el piloto la plana mayor. Sucedíanles, menos importantes que el cómitre y el subcómitre, los *capataces* y *subcapataces* encargados de aherrojar y desaherrojar los galeotes, de hacerlos reparar, azotar, atormentar y si morían sepultarlos. Después seguían el escribano, el mayordomo, los artilleros y el capellán de la galera "*que debía estar adornado de la sencillez y bondad requeridas por su profesión, ser docto y caritativo y diligente, asistir tanto a los libres como a los forzados, pues todas las almas son igualmente amadas de Dios*". También le incumbía atender las confesiones y celebrar los divinos oficios, salvo en el mar, pues entonces nunca se decía misa.

He aquí que una galera se dispone a salir. El capitán da la orden de *bogar*, el cómitre y subcómitre se lanzan con el silbato de plata suspendido al cuello; inmediatamente todos los galeotes, sentados en los bancos, con un pié sobre la plataforma y el otro en el sostén delantero, se yerguen, extienden los brazos, respiran profundamente, inclinan sus cuerpos hacia adelante cuanto les es posible y *golpean* todos a la vez. La acción se desarrolla en tres tiempos.

En el primero se levantan del banco, en el segundo empujan a fondo el remo hacia popa y en el tercero se dejan caer sobre el banco, echándose hacia proa con toda sus fuerzas. Entonces la pala del remo se hunde suavemente en el mar e impulsa a la nave apoyándose en el agua. La precisión de los golpes es tal que los cincuenta remos no parecen ser... no son más que uno. Orden perfecto. Candencia amplia y serenamente vigorosa con la regularidad de un reloj y la solidez de un corazón sincronizados en un pecho robusto. Ni hay prisa ni nerviosidad, ni brusquedades inútiles. La galera se desliza sobre la cresta de las olas como un gran pez volador que emerge del agua agitando sus aletas y rasando apenas la superficie.

Imaginemos ahora en lugar de una, cuatro, cinco, siete, diez, toda una escuadra de galeras en el momento de partir formando, como se decía "una caravana". Rompía la marcha la más hermosa de todas, la galera real, en la que viajaba precisamente en 1620 el señor de Gondi, "para perseguir en tierras berberiscas a los corsarios que asolaban las costas de España", y el año siguiente, en 1621, dirigir la expedición al mar océano.

A la salida del puerto, una inmensa multitud inunda los muelles. Ventanas y balcones desbordan de racimos humanos. Se da la señal. Se rinden honores, resuenan las campanas y el cañón entre el delirio del pueblo y la alegría de las mujeres y de los niños encaramados en los salientes y techos de las casas. En la rada, bajo su tienda, a un tiro de mosquete, los capitanes y oficiales que se distinguen por sus galones de oro sobre casacas rojas, saludan agitando con una mano el sombrero y con la otra el espontón que sostienen elegantemente como una caña.

Sobre el puente de las embarcaciones ondean los estandartes, flámulas y gallardetes, adornos de púrpura que azotan el aire desde las antenas hasta la cubierta. Mientras la escuadra permanecía en el puerto ante la ciudad de fiesta, la maniobra presentaba el aspecto solemne de una ceremonia. Pero a penas en alta mar lejos de las miradas deseosas de espectáculo, volvía la galera a ofrecer su verdadero aspecto de cárcel. Concluido el desfile, los oficiales abandonaban su ceremoniosidad y volvían a la tienda o a la cámara de Consejo. El cómitre y sus subordinados entraban en funciones reinando soberanos sobre la tripulación. "¡Se nos viene el chubasco!" pensaban por su parte los galeotes con la piel erizada. — ¡Aumentar la velocidad !". Esta llegaba pronto a la de un caballo 'de posta y para obtenerla los garrotes y nervios de buey empuñados enérgicamente caían sobre las espaldas pasivas, numeradas, impersonales, que de la nuca a la cintura se estremecían y vibraban

como atabales. "¡Acelerar!", ordenaba el capitán. Notificados por estas palabras que era necesario bogar, un redoblamiento de energía feroz conmovía a la chusma, *desencadenándola*, si es permitida la expresión, y devolviendo un instante, para este supremo esfuerzo, la libertad y agilidad a los miembros agotados. Para animarse y no prorrumpir en exclamaciones coléricas emitían clamores acompasados al compás de los remos, cantando, vociferando, riendo a carcajadas... Entonces resonaba el terrible grito: "¡los tapabocas!" Del cuello de los galeotes pendía un trozo de corcho que debían mantener en la boca a modo de mordaza para evitar que hablaran. Este suplicio era el más temido por ellos, pero estaban tan escarmentados que inmediatamente se amordazaban sin esperar la acción del garrote para continuar su tarea en silencio. Sus juramentos y blasfemias inexpresadas los ahogaban, pero asimismo remaban. Sabían que el tormento no duraba mucho pues hubieran sucumbido a la asfixia. Era cuestión de paciencia. ¡Y cuánta les era menester!... Pero por dura que fuera su suerte a bordo, la preferían mil veces al régimen de los presidios. Por lo menos en el mar podían respirar, durante el día a la luz del sol y por la noche bajo la claridad de las estrellas. Sufrían las ardientes quemaduras del sol, pero también su tibia caricia. El látigo de los inspectores les hacía sufrir menos al aire libre que entre los muros de una prisión. Además podían contemplar los cielos lejanos cuya nostalgia guardaba más de uno y podían moverse y cambiar de postura. Los furores del mar les causaban placer y los consolaban como si fuesen eco e imagen de los suyos.

El en su cabrilleo los llevaba hacia la batalla y lo desconocido, parecía comprenderlos. cubriéndolos de espuma los lavaba, los curaba, los fortificaba. Sus movimientos, un regulados e impuestos y disciplinados por el azote, les causaban cierta sensación de libertad. Cada golpe de remo, hábil, perfecto, profundo, desesperado, era para ellos como un impulso hacia la liberación. Se curvaban pero para volverse a erguir; penaban, vivían una vida horrible, pero al fin vivían...

Los galeotes estaban imposibilitados de ver lo que desde la parte superior se contemplaba. La depresión que ocupaban entre los bordes del navío y su postura de esclavos, siempre doblados en dos, los mantenía con sus cadenas de hierro, amarrados a la parte inferior de donde difícilmente podían levantarse en busca de panoramas. Sólo podían ver claramente a los que estaban sobre cubierta y los dominaban al capitán y demás oficiales, al cómitre y los subcómitres. El capitán y sus subalternos para quienes estos miserables eran menos que perros, bestias aherrojadas, un simple engranaje animal, ¿cómo habrían de consentir dirigir su mirada desde lo alto de su poder hacia aquella turba encadenada a sus pies? Ya era demasiado tener que soportar su inmundicia cercanía. Lejos de buscar sus miradas, procuraban evitarlos, olvidarlos. ¿Qué decir del miradas, procuraban evitarlos, olvidarlos? ¿Qué decir del cómitre? Un artículo del reglamento prescribe: "A su orden, es menester que la chusma tiemble". Vigila, acecha, distribuye golpes. A su vez se lo vigila; no debe tener un momento de distracción y su descanso es escaso. "Le está prohibido dormir de noche cuando se navega". Nada digamos de los subcómitres y de sus maneras.

Estos estaban más al tanto de *sus* galeotes que el capitán y los oficiales, pero lo que mejor conocían de ellos no era el rostro, sino las espaldas, aquellas espaldas sobre las cuales se veían obligados a hacer restallar el nervio de buey, cada una con su fisonomía especial de musculatura y cicatrices que les sugería el nombre del penado con más rapidez y exactitud que el propio rostro. Las llagas y los cardenales eran para ellos los rasgos del semblante. Este apenas se tenía en cuenta. Con los cráneos rapados del cual sólo pendía un penacho de cabellos y sus bigotes largos y enteros, se asemejaban, ya estuvieran semidesnudos, ya

vestidos de la casaca de esparto y del bonete rojo, pues esta era la nota dominante de la galera tanto en los oficiales como en la chusma, en aquellos de seda, en éstos de lana, pero siempre el rojo el color y librea de toda la tripulación. ¿Cómo, pues, podría exteriorizarse la personalidad de estos hombres tan despreciados que ni siquiera eran considerados como tales y a quienes se les prohibía como a leprosos "mirar al jefe qué les hablaba"? He aquí por qué a bordo de la galera eran único objeto de admiración y salutación la nobleza, el oro, el relumbrón, el fasto y las quimeras...

*Lo que los ojos no veían*, lo bajo, el sudor, la sangre y las llagas, los hierros, el sufrimiento y el odio, era lo que Vicente quería ver.

## VICENTE ENTRE LA CHUSMA

Llegado a un puerto se hace conducir al muelle de las galeras, sube y descendiendo del pasadizo central, se mezcla con los galeotes fila por fila sin temor ni vergüenza de tratarse con ellos. Los contempla uno a uno confundidos sus ojos en mirada recíproca, pues les pide que lo miren para poder penetrar mejor hasta el fondo de las almas, hasta "la rada donde sabe que están los víveres". Ellos no comprenden. El espera. "¿Qué hará con nosotros?". Vicente les hace preguntas, y hace más: los escucha. ¡Y con qué paciencia! Acepta sus quejas, sobrelleva la mala acogida. Se inclina conmovido: ha visto las cadenas. —¡Ah, mis pobres hijos, éstos son vuestros hierros? —¡Sí, contestan ellos, levantadlas, mirad qué peso!" Y se las muestran con la complacencia y el orgullo del esclavo, dejando adivinar su pensamiento: "¿Quién más que nosotros sería capaz de llevar tamaño peso? ¡Nadie! Se necesita mucha fuerza, tanta como la nuestra, la de los galeotes". Vicente aprueba, admira, levanta las cadenas y las besa. Al llegar este instante los penados se asombran y hacen señas. "¡Besar nuestras cadenas! ¡Las cadenas de un galeote! ¡Mientras esté en su sano juicio! ¡No! ¡Esto jamás se ha visto! O se burla, o está loco!". Sin embargo parecen ser ellos y no las cadenas a quienes besa e] sacerdote. Pero viendo Vicente que aquello no basta, los acaricia, los abraza, con palabras de dulzura desconcertante. Algunos de los más criminales que jamás han llorado, sienten correr por sus mejillas lágrimas ardientes y ver al "señor Capellán de las Galeras" llorando con ellos. Durante la comida gusta su pitanza y bebe el agua que encuentra buena. Cuando llegaba en el momento del castigo exclamaba: "¡Deteneos!" Pide y obtiene gracia. Una vez sobre cubierta nadie se atreverá a golpear, ni siquiera a aplicar un castigo merecido a uno de sus hijos. El y ellos lo saben. Quieren retenerlo, pero está demás que lo expresen, porque se queda con ellos por voluntad propia lo más posible; al despedirse les promete volver pronto. Desde lo alto del pasadizo contempla los doscientos rostros feroces que resplandecen con su luz. Ahora ofrece sus humildes servicios al capitán y a los oficiales, sin olvidar el motivo de sus preocupaciones, "*la chusma de su alma*". La entrevista, larga, breve, se refiere a ellos. Los recomienda. El capitán es un personaje humano, capaz de bondad. ¡Pero cuánto le cuesta practicarla desde el abrigo de su tienda, sobre todo en palabras! El cómitre y el subcómitre, endurecidos en el oficio, eran rocas difíciles de tallar. Pero Vicente logró desbistarlas. Los llama aparte y les habla confidencialmente. Les estrecha la mano y los abraza como a amigos. Del mismo modo que lo hiciera abajo con las cadenas, toca el garrote y el látigo pero no los besa. Únicamente suspira: "¡Ah, mis amigos, palpad este leño de encina, sus gruesos nudos, tocad el látigo, y sus ramales, cuán duros y cortantes! ¡Cuán duros han de ser sus golpes!... "Exhorta a los capataces a ser más moderados: "¡Vamos, no tan fuerte! ¡Vosotros mismos os fatigáis!" Pero

se dirige al cómitre, el más importante de todos, con especial energía "¡Os ruego, *mi hombre*, dejad en paz a esas pobres gentes, compadeceos de ellas!". Y sirviéndose cortésmente del término con que los galeotes deben llamar al cómitre, le observa que el rey en sus órdenes ha escogido muy de propósito esta palabra amiga, con el fin de crear entre la chusma y sus inspectores cierto lazo familiar que dé confianza al galeote y recuerde a los guardianes que han de comportarse sin maldad siendo *su hombre* y no su verdugo.

Esto sucedía de 1620 a 1623, época heroica en que las escuadras de galeazas, galeotas y bergantines, daban sin tregua caza despiadada a los caramuzales, polacras, tartanas y demás barcos del Gran Turco, cuando en los mares surcados en todo sentido por las flotas de Génova y Venecia, los galeones cargados hacia Levante, las carracas de Portugal, las urcas de Inglaterra... eran saludados y respetados nuestros estandartes al volver de la victoria. No había día en que "no tronara el cañón con diligencia o no humease la mosquetería". A veces yacían sobre el puente tal número de muertos, que se los cubrían con un lienzo, pues su vista espantaba a los soldados bisoños "poco acostumbrados a esta música".

El señor de Gondi procuraba, siempre que podía, tomar parte personalmente en estas expediciones, ocupando la que le correspondía, la galera real con los colores del rey.

En 1620 con seis galeras de España, efectuó una incursión contra Berbería y otra en 1621; en 1622 se señala en el sitio de la Rochela. Aquí se plantea una cuestión interesante.

¿Estuvo el señor Vicente en estas campañas? Podemos afirmar que no, pues de lo contrario, por escaso que hubiera sido el empeño de su modestia en ocultarlo, lo delataría. Pero sería un error creer que no abandonó la tierra firme, preocupándole siempre el afán de justificar su título de Capellán de las Galeras. Parece imposible, que cuidadoso como siempre de la experiencia directa, no haya querido, al menos de vez en cuando, ver remar a su chusma y formarse una idea exacta *de visu* acerca del funcionamiento de una galera en marcha. No temía el mar ni los piratas; ambos eran para él viejos amigos. Se embarcó, pues, y navegó sin duda alguna. E hizo más La historia es famosa en el mundo entero: no se ha de temer, pues, repetirla. Vicente al llegar a Marsella no quiso ser recibido con honores propios de su dignidad, prefiriendo guardar el incógnito para juzgar con mayor seguridad el estado de las cosas. Un día, recorriendo las galeras advirtió que un galeote era arrancado de los brazos de su mujer y de sus hijos a quienes su ausencia condenaría a la última miseria. ¿Cómo ayudaría a este pobre hombre? Ansioso y desolado tanto o más que el preso discurre el medio de socorrerlo.

No encuentra ninguno. Iluminado de pronto por el arco iris de una idea divina conjura al oficial le permita ocupar el puesto del penado. El oficial sorprendido, intimidado o quizás conmovido, acepta el cambio. Inmediatamente los hierros pasan, tibios aún, a los pies y al cuello de Vicente quien se sienta en el banco y empuña el remo como los demás galeotes, asombrados cómplices del sacrificio. El galeote liberado, en la exaltación de su reconocimiento que no osa testimoniar al incógnito salvador por temor de perderlo todo, es arrebatado por los suyos con aparente ingratitud, mientras Vicente maneja con sus cuatro vecinos el remo de 17 metros. ¡Cuán dichoso debió sentirse y hasta divertido, perdónese la palabra, por el éxito!... La malicia gascona con la cual encaraba placentemente el bien para atenuarlo y disminuirlo a sus ojos y a los ajenos, quitándole toda apariencia de mérito, se impuso una vez más en su corazón. "¡Quién iba a pensarlo, decía ejecutando *sus tres movimientos*: después de haber estado encadenado en Túnez creí que lo relativo a prisiones se había terminado para mí! Pero me equivocaba. Dios me ha devuelto las antiguas cadenas.

Quiera que habiendo sido una vez esclavo sea otra galeote, sin duda para que yo, capellán de las galeras, sepa por experiencia lo que es manejar el remo del forzado. Este remo es mi cruz que he de llevar, ¡bendita sea! ¡A bogar!". La galera se deslizaba velozmente. Los oriflamos danzaban en el viento. Bajo la tienda de los oficiales el pífano reía al compás del tambor. Veamos a Vicente martirizado por las argollas de los brazaletes, tocado del sucio bonete rojo, ofreciendo continuamente la espalda desnuda a la tentación o a la distracción del cruel cómitre y del subcómitre que podían desde lo alto del pasadizo cruzarlo con uno de los terribles latigazos que repartían el azar... que tal vez recibió diciendo amén sin delatarse.

No ignoramos que este hecho inaudito ha sido rechazado como supuesto o imposible por varios autores, admiradores de Vicente. No obstante nos parece verídico, como lo afirman varios biógrafos que han ahondado la cuestión. "Sólo después de varias semanas, escribe uno de ellos, Vicente fue reconocido. No lo hubiera sido sin la intervención de la condesa de Joigny que inquieta por no recibir noticias suyas emprendió su búsqueda a la cual le sería difícil escapar. El hecho se comentaba en Marsella, más de veinte años después, cuando se establecieron allí los sacerdotes de la Misión".

A esta juiciosa declaración hecha hace un siglo por M. Collet, instructor de la Congregación de la Misión y de las Hijas de la Caridad, ha de añadirse la opinión de uno de los últimos y más autorizados historiadores de San Vicente, M. Manuel de Broglie para quien la *imposibilidad material* que alegan la mayoría de los contradictores, parece carecer de fundamento. "Basta, dice, para desengañarse acerca de este punto, leer en la correspondencia de Colbert, tan bien analizada por Pedro Clément, los informes relativos a las galeras del rey y a los galeotes que los tripulan.

Se verá que treinta años después de la época que nos ocupa, después de Richelieu y de Mazarino, en plena gloria y apogeo de Luis XIV, bajo la administración vigilante y reparadora de Colbert, se comprueba en los documentos oficiales que los galeotes eran retenidos sin el menor escrúpulo en el banco de las galeras después de concluida la condena, un año, dos o más y hasta veinte según las necesidades del servicio".

"De lo dicho, que se halla confirmado en los documentos oficiales con ingenuidad asombrosa, se desprende que en los años de confusión posteriores a la regencia de María de Médicis, nada tiene de sorprendente la posibilidad del hecho referido y más si se considera que fue un acto repentino, debido a un impulso subitáneo, seguido de efecto inmediato aunque de corta duración". ¿Pero por qué andar a caza de tantas pruebas, cuando la más fehaciente, la única de verdadero valor, nos la proporciona el mismo Vicente? Habiéndole preguntado, hacia el fin de su vida un miembro de la Misión si las llagas que padecía en las piernas hacía cuarenta años, procedían de los hierros que debiera soportar cuando sustituyó al galeote, el buen Vicente se contentó con sonreír desviando la conversación y eludiendo la respuesta. ¡Con qué ardor e indignación lo hubiese negado si hubiera sido falso! Le repugnaba confesarlo y también negarlo no queriendo mentir. Por lo cual se limitó a sonreírse sin proferir palabra. Pero su sonrisa y su silencio lo *condenan* constituyendo la más conmovedora confesión.



## CUARTA PARTE

---

### LAS CREACIONES MAGNÍFICAS

#### LIBERA UNA CIUDAD

Una de las mayores preocupaciones de Vicente de Paul era la resonancia creciente de sus trabajos, en especial cuando creía haber puesto todos los medios a su alcance para ocultarlos. Entonces se veía obligado a eludir la curiosidad de que era objeto y el testimonio de gratitud que sus admiradores deseaban ardientemente manifestarle. Habiéndole permitido su servicio de galeote experimentar las penalidades de los forzados del mar, se proponía consagrarse más que nunca a suavizarlas, cuando la fama de una acción, tan natural a sus ojos se lo impidió y como por este motivo se veía obligado a suspender el bien comenzado, se reprochaba continuamente ser el autor desventurado de tales interrupciones. Así sucedió en esta última y notable circunstancia. Debió abandonar Marsella, donde, no teniendo las galeras asiento fijo en aquellos tiempos de revueltas, su presencia ajena a las circunstancias de su cargo, hubiera sido más bien inútil.

Parte, pues, precipitadamente y hacia París.

Marchaba en rápidas etapas cuando un asunto de caridad lo detiene en Mácon. Se encuentra en medio de una población en efervescencia, invadida recientemente por una muchedumbre de odiosos mendigos, borrachos y desalmados, que siembran a su paso la inquietud y el espanto. Su número y brutalidad aterrorizan a los vecinos, impotentes para defenderse y más aún para arrojarlos del lugar. Son de temer los peores excesos. Al menor incidente correrá sangre... y a la matanza sucederá el pillaje, la violación, el fuego y todos los horrores.

He aquí a Vicente completamente solo, sin escolta, sin armas, en medio de aquellos parásitos humanos que lo rodean y lo oprimen hasta sofocarlo. ¿Qué hará? Otro perdería la cabeza, él no. Desde el primer momento comprende la situación. Aquellos hombres no son criminales decididos, bandidos de oficio, sino pordioseros vagabundos a quienes la extrema miseria y más que nada el hambre los ha impulsado a entrar en la población. Es posible, pues, llegar a un acuerdo. Conoce perfectamente los vagabundos y la manera de tratarlos. ¿Les hablará en tono de mandato o de súplica? No, sino en el inesperado, en el único que puede tocarles el corazón por provenir del suyo en el de la bondad. "Al fin y al cabo, piensa, son otros tan- los galeotes". Por consiguiente, se lamenta en lugar de reñirlos o de exhortarlos, le expone sus quejas compasivamente. Les dice que él también sufre al ver sus miserias y que los aliviará. Según su costumbre palpa sus llagas sin repugnancia y examina los enfermos. Acaricia los niños, sonrío a las madres y para probar a todos la sinceridad de su compasión declara "que los considera tan viajeros como él mismo pero que ellos podrían ser despojados y heridos gravemente por los enemigos de su salud; en consecuencia él quedará con ellos y no se irá sin haberlos antes socorrido y puesto en lugar seguro". Los miserables se apaciguan al oír estas palabras, le obedecen y le siguen formando un inmenso rebaño, poco antes convulsionado, ahora dócil y sumiso en torno al pastor nuevo y maravilloso. Siendo Vicente un maestro del orden, trata de hacerlo imperar en la confusión reinante. Aplicando su consabido y exitoso sistema de agrupaciones divide a los pobres en dos clases, los

mendigos y los vergonzantes, socorridos a, su vez por dos asociaciones una de hombres y otra de mujeres establecidas a ejemplo de las cofradías de la Caridad. Gracias a esta medida, hija de las circunstancias y del llamado del gran Capellán de todos "tanto peregrinos como reinas", el aspecto de la ciudad cambia enteramente en menos de quince días. Los incidentes callejeros desaparecieron; renació la paz en las casas y en los espíritus; varios centenares de pobres fueron alojados, alimentados, instruidos, y consolados por la caridad pública.

¿A quién atribuir una vez más el mérito, sino a nuestro santo?

Pero una vez más, el reconocimiento público asumió tales proporciones que hubo de sustraerse a ellas. "Todos, dice en una de sus cartas, derramaban lágrimas de alegría, los regidores de la ciudad me dispensaron tantos honores que no pudiendo tolerarlos, tuve que salir ocultamente para evitar los inacabables aplausos". Lo cual no le impidió volver cuando lo reclamaba la necesidad pero siempre inopinadamente y sin dejar correr rumores. Se le creía lejos y está allí, a pocos pasos, durante una semana, un día, una hora. — ¿Pero dónde? Alguien lo había visto... Después, apenas descubierta su presencia, se eclipsaba y desaparecía... Una vez partido, se sabía que había pasado la noche sobre la paja de algún establo...

Terminada su obra en Mácon, Vicente volvió a París donde pensaba morar y dedicarse a sus pobres de la capital, cuando fue apartado de sus propósitos. Jamás podía hacer lo que se proponía, y por esta razón, como hemos dicho, tomó la resolución de no tener por anticipado voluntad propia y determinada. Una sola conservó, la de seguir los ocultos designios que se oponían a los suyos y en los cuales se complacía en descubrir la voluntad de Dios. Debiendo una flota de diez galeras a las órdenes del señor de Gondi, invernar en los puertos del océano después del sitio de la Rochela, partió para Burdeos a fin de efectuar una gira de caridad, como lo había hecho en Marsella, entre los galeotes de aquellas naves. Para mejor lograr su propósito obtuvo del Cardenal de Jourdés, arzobispo de Burdeos, veinte religiosos que lo ayudarían en sus tareas. El mismo los escogió e instruyó destinando dos a cada galera. Son "sus subcómitres espirituales" y él el cómitre, el capitán y el general de la caridad que se multiplica a bordo de cada nave prodigando sus cuidados, su palabra y su corazón a aquellos hombres a quienes enseña a creer, a rezar, a amar dentro de los límites en que puede hacerlo un galeote. Pero si no consigue inspirarles el difícil amor a los hombres, él sabe muy bien hacerse amar más que todos los hombres. El es para aquellos miserables un padre de entrañas maternas y obtiene de ellos lo que jamás nadie podrá obtener. Cuando está presente no es posible reconocerlos: tal es su compostura. Cuando les habla se convierten en mansas ovejas. Uno de ellos, un turco, musulmán obstinado, conmovido por su ternura renuncia a Mahoma para entregarse a Cristo a quien se consagra sirviendo a Vicente. El nuevo cristiano, bautizado con el nombre de Luis siguió por doquier a su libertador, y le sobrevivió largo tiempo, siempre inconsolable de haberlo perdido.

## LAS LANDAS LO RECLAMAN

Vicente se encontraba en aquella época en las inmediaciones de su país natal al cual no había vuelto desde hacía veinticuatro años. Su madre muy anciana vivía aún, en compañía de sus hermanos y hermanas. No nos ha de admirar la larga ausencia del hijo cuyas causas no eran la insensibilidad o el olvido. Vicente, pura bondad, amaba tiernamente a los suyos,

pero con un afecto más bien interna como sucede entre las gentes de la campaña, menos expansivas que las de ciudad, pero profundas y sinceras.

Si en todo este tiempo no volvió al techo paterno era porque desconfiaba de su corazón. Este hombre tan manso y tan apartado de su propia voluntad hasta parecer indiferente, tratándose de ciertos puntos, sobre todo de los relacionados con su misión, desplegaba una férrea energía. Estaba convencido de que aun siéndole penoso, su apostolado no se avenía con los lazos familiares. Precisamente porque eran *lazos*, pese a su naturaleza sagrada, natural y permitida a otros, era necesario que se librara de ellos. No pretendía romperlos sabiendo que no se le exigía un sacrificio semejante, pero no quería que fueran para él motivo de inquietud o preocupación. Desde el momento en que se había propuesto abandonarlo todo, pertenecía a Dios y a todos... comprendidos "entre todos" sus padres, lo cual no impedía que a pesar de tal inflexibilidad les reservase un lugar especial en su corazón. Las grandes almas, dotadas de la flexibilidad que proviene de la gracia, poseen el arte de proceder sin equivocarse, conciliando los deberes más opuestos sin que ninguno se resienta y sin que este doble afecto disminuya, encontrando en este ejercicio un medio de acrecentarlo. Seguro ahora de sí mismo, decidió visitar a los suyos. Después de la ruda y saludable prueba a la cual se había condenado, se sentía dichoso de poder entregarse sin escrúpulos a una alegría sin peligros. Además, procediendo así, no cedía únicamente a un deseo afectuoso mucho tiempo reprimido. Su principal finalidad era observar si después de tanto tiempo la piedad de los suyos había sufrido menoscabo y en este caso volverlos al antiguo fervor. Comprendiendo que los títulos y honores que había debido sufrir a pesar suyo no eran capaces de hacerle olvidar la humildad de su condición, se propuso en primer término enseñarla a amar y además declararles "de una vez por todas que habiendo podido vivir hasta entonces del trabajo de sus manos, no esperasen nada de él". Este lenguaje y comportamiento parecen sorprendentes, sin embargo conciben con el rigorismo religioso de la época y con el carácter del Capellán que habiéndose entregado a Dios sin reserva resuelto a despojarse de todo, hubiera creído robar a los pobres consagrando parte de su tiempo, de su trabajo a de sus beneficios a sus parientes quienes, según él eran menos necesitados.

\* \* \*

Los biógrafos de Vicente nos relatan su vuelta al país natal con igual donaire y emoción. No se hospedó en casa de su madre, sin duda para evitar enternecimientos importunos habitando bajo el techo natal. Fue recibido por el párroco de Pouy, su pariente y amigo, no sin cierta confusión. No varió en este tiempo su vida ordinaria de piedad y mortificación. A pesar de su edad y de las dignidades de que lo sabían revestido, no se notó en él cambio alguno. A todos les pareció el mismo niño prodigio' so de años atrás. Sin embargo su cabeza comenzaba a blanquear. Corrían vertiginosos los minutos con la rapidez peculiar del tiempo precioso. Los breves días pasados en Pouy fueron demasiado cortos para sus planes y se dedicó a aprovecharlos de la aurora al crepúsculo hasta más tarde. Ahito de recuerdos, comió poco y durmió mal. Las confidencias de la noche lo transportaban a un pasado que parecía de ayer, renovada con nueva frescura. Su alma rejuvenecida resucitaba a cada instante el alma de las cosas. Volvió a sentir la emoción del bosque, de los páramos, de otros rebaños y de otro mastín que corrió a su encuentro como si lo conociera; respiró la brisa que soplaba del mar, y hasta se quitó un momento los zapatos para caminar descalzo sobre la

arena. Descansó, soñó y rezó entre los árboles del bosque. El Adour seguía deslizándose límpido y majestuoso per *saecula*. El cielo era clausttral. Las cosas tenían un aspecto de eternidad; en las tinieblas azulinas brillaban las estrellas con el mismo destello inquietante que allá lejos, en otras regiones, impresionaba la retina de los galeotes agobiados por el peso de las cadenas. Sabía que aquel era su último viaje al país natal. No volvería a ver a su madre ni a *sus* parientes. Todo le hablaba de separación. Su corazón y su mente se empapaban de adioses. Eran los abrazos de la separación final.

Por fin hubo de partir.

Aquél día peregrinó desde la iglesia de Pouy hasta la vetusta capilla de Nuestra Señora de Buglose en la cual, siendo pastor de pocos años elevara sus plegarias. Su familia y casi todos los habitantes lo acompañaron al lugar, venerado entonces como nunca, pues en 1620 se le había restituido la imagen de la Virgen, su patrona. La estatua, enterrada por manos piadosas hacía cincuenta años para sustraerla a la furia de los extremistas, fue descubierta por un niño, pastor como Vicente, en una marisma, al seguir a una vaca que tuvo la milagrosa ocurrencia de ir a beber en aquel sitio. Después de la misa, Vicente reunió a los suyos en una comida íntima y frugal y les dirigió las últimas palabras que escucharían de sus labios: recomendaciones... casi mandatos. Los exhortó a permanecer toda su vida en el sencillo estado en que Dios tuvo a bien ponerlos... Después los bendijo y sin la menor flaqueza les dijo adiós para siempre... Pero cuando estuvo lejos y sólo, más sólo que cuando yacía en la esclavitud berberisca, su corazón se estremeció y dio curso libre a las lágrimas. Mucho después, recordando el suceso, se acusaba, ante sus hermanos en religión de la supuesta falta: "El día de mi partida sufrí tanto al abandonar a mis pobres parientes, que no hice otra cosa en todo el trayecto sino llorar sin cesar. A las lágrimas siguió la idea de ayudarlos dándoles a éste esto, a aquél aquello; de esta manera mi espíritu enternecido les repartía lo que tenía y lo que no tenía...".

Asaltado por escrúpulos, temores y remordimientos no sabía cómo prodigar su corazón y cumplir con su deber. A veces, recordando la pobreza en que había encontrado y abandonado a sus parientes, se hacía amargos reproches; otras se juzgaba culpable por abandonarse a flaquezas sentimentales que lo distraían del servicio de Dios.

Por más de tres años anduvo en dudas si socorrería materialmente a sus hermanos y hermanas o no, yendo de un deseo al otro sin jamás decidirse.

Con el tiempo y la reflexión, que era en él una forma de orar, tomó la decisión más costosa, la de resistir a la naturaleza. No ascendió sólo el áspero camino, la Providencia hizo la mitad. Así nos lo dice con profundo acento de gratitud: "*Dios me quitó la ternura por mis parientes; y aunque necesitaron de limosna Y la necesiten todavía, me concede la gracia de remitirlos a su bondad y de estimarlos más dichosos que si hubieran sido favorecidos*".

Por dura que nos parezca la conducta de Vicente hemos de comprenderla antes que criticarla. La moral de los santos es superior a la moral de los demás hombres; sienten la preocupación de obligaciones y exigencias superiores que escapan al común de los mortales. Consideran sus deberes bajo un aspecto especial y reciben órdenes a las cuales han de obedecer. Sus afectos naturales se transfiguran en el amor divino. Su amor es diverso del nuestro, celestial y no terreno. Sus operaciones se desenvuelven en la amplitud del infinito que los circunda. Vicente, al confiar a Dios el cuidado de los suyos, le demostraba su confianza de la manera más hábil y segura, obligándolo más eficazmente a socorrerlos. Tenía así la seguridad de asistir y enriquecer a su familia con mayores riquezas que las que él hubiera

podido ofrecerles. ¿Podía, además, responder de la virtud de sus hermanos y hermanas como para estar cierto de la prudencia de los mismos? ¿Eran éstos desinteresados y sin ambición? Lo ignoramos.

Es muy posible que Vicente, conociendo sus caracteres e inclinaciones naturales, temiese ver su bondad convertida en incentivo de la pereza y tener que oponer la negativa a sus pedidos frecuentes y reiterados. Antes que llegar a este extremo, prefirió suprimir la ocasión.

Los santos son categóricos, y lo son a pesar suyo por destino. Vicente no ignoraba el poder de sus plegarias dirigidas en favor de su familia. Sabía que al ser escuchadas serían de más precio que todo el oro del mundo. Abandonó a sus parientes sin pesar, aunque persuadido de no volverlos a ver, porque para él la tierra no era más que un lugar de tránsito y etapa anterior al gran reposo de la eternidad donde no existe la palabra adiós.

Habiendo, pues, consumado su postrer sacrificio, libre y despojado de todo, pobre de espíritu, señor de sí mismo como lo puede ser un hombre que no posee nada ni pertenece a nadie, servidor obligado de la miseria humana, podrá lanzarse en adelante con todo el ímpetu de su alma a la inmensidad de los designios que constituyen su voto y su anhelo.

## LA MISION

Hasta entonces Vicente había sido el hombre ardiente y obstinado que sólo cuenta consigo mismo para rendir el máximo de esfuerzo que hubiera exigido a los demás, quizá sin obtenerlo. Por razón de economía se empeñaba en hacerlo todo por sí mismo.

Sin ir muy lejos hubiera encontrado personas que se ofreciesen espontánea y gratuitamente a prestar sus servicios; pero precisamente porque se ofrecían se consideraba obligado a remunerarlos de un modo o de otro y por poco que fuera, pesaba sobre sus recursos siempre escasos... mientras que él... no estaba obligado a guardar consigo mismo ningún miramiento. Por otra parte su idea fija acerca del mérito personal lo llevaba a rechazar cualquier ayuda; su amor a la independencia en las empresas concebidas por él sin auxilio alguno le inducían a continuar siendo obrero y patrono de las mismas.

Había nacido para dirigir, tanto una vida como una comunidad, tanto una obra como una conciencia, ya fuese la de una reina o la de un galeote.

Pero abrumado por el peso de una tarea en cotidiano crecimiento, temió sucumbir y accedió a los reiterados consejos de la señora de Gondi: admitiría colaboradores formados bajo su dirección, celosos y experimentados en el trato de los pobres. Vicente resistió siempre a esta insinuación, confundido ante la idea de tener y formar discípulos; pero ahora se preguntaba si esta humildad no sería el velo de un secreto orgullo fundado en la dirección exclusiva de sus obras y en el acaparamiento de la gloria ante sus ojos y los ajenos. Esta reflexión significaba su derrota: se dirigió a la señora de Gondi para manifestarle que se doblegaba ante sus razones y juzgaba oportuno consolidar la obra de las Misiones según lo exigían su carácter y duración.

La condesa de Joigny, impresionada por el feliz éxito de las primeras misiones del capellán, y empeñada en extenderlas, decidió destinar un fondo de 15.000 libras a alguna comunidad para que se predicasen cada cinco años en todos sus dominios. Vicente, a quien juzgó digno y capaz de ejecutar sus proyectos, se encargó inmediatamente de invertir fructuosamente la suma.

Pero sucedió lo imprevisto: los Jesuitas, los Padres del Oratorio, y otras Ordenes declinaron la invitación, alegando unas su escaso personal y otras los numerosos compromisos contraídos anticipadamente. Grande fue su sorpresa al comprobar que en la práctica del bien era más difícil hacer aceptar el dinero que procurarlo. Sin embargo la señora de Gondi no se desanimó ante el fracaso. En la certeza de que sus fondos lograrían algún día el destino deseado, volvió a sepultarlos en sus cofres. Estos reposaron durante siete años, pero no la señora de Gondi. Juzgando que el proyecto no estaba aún maduro, se consagró a ampliarlo y perfeccionarlo. Contó para ello con el concurso de su marido quien, ganado por la causa, prometió añadir treinta mil libras de las quince mil donadas por su mujer. Disponiendo de este capital más que suficiente para comenzar, lejos de lamentar la negativa de las comunidades en las que esperaban contratar sus misioneros, se congratularon por ello. En efecto, como aseguraba Vicente, todos los años se unían a él numerosos sacerdotes doctos y virtuosos para trabajar en la campaña. Era pues fácil y práctico formar una especie de comunidad estable y perpetua, a condición de procurarles una casa en que pudiesen reunirse y vivir en común.

El conde de Gondi, entusiasmado por la idea, la comunicó a su hermano el arzobispo de París, quien no contento con aprobarla, prometió su ayuda activa.

En cuanto a la casa, existía una desocupada, un antiguo colegio construido a mediados del siglo XIII y denominado de los Buenos Hijos que sería la cuna soñada de la Congregación; en cuanto al fundador y cabeza de la comunidad, ¿quién mejor que el indispensable señor Vicente?

A pesar de su alegría ante el éxito de sus secretos deseos se hizo rogar llevado por el hábito de rechazar todo lo que tuviese aspecto de honor o dignidad. Sólo cedió ante el deber y el sacrificio. Se le demostró sin dificultad que aceptando el cargo se vería frente a ambos más de lo que sospechaba. Pero el escozor de los escrúpulos no le permitió dar la respuesta definitiva sino después de un retiro preparatorio, en el cual, impresionado al extremo por los derroches de virtud que preveía en el futuro determinó "no emprender nada en adelante mientras durasen aquellos trasportes causados por los grandes bienes que vislumbraba".

\* \* \*

El 6 de marzo de 1624 recibió oficialmente el título de Superior del Colegio de los Buenos Hijos, del cual seis días después, Antonio Portail, uno de sus primeros compañeros, tomó posesión en su nombre. El de fundador de la Misión (este era el nombre de la nueva fundación) le fue acordado el año siguiente, el 17 de abril de 1625. No sería desacertado atribuir tal lentitud a los deseos de Vicente, siempre propenso a evitar lo que tuviera visos de pompa o ceremonia. Quiso que esta fuese simple y sencilla; según su deseo realizóse en la residencia de Con- di, calle Pavée, parroquia de San Salvador. El señor y la señora de Gondi figuran en primera línea en las páginas del contrato, mientras Vicente de Paul apenas es mencionado, ya porque él así lo quisiese, ya porque conociéndose su inclinación a pesar inadvertido, se le nombró lo menos posible para complacerlo. Pero a pesar de faltar su nombre donde debiera brillar, su presencia resplandece en cada línea del admirable documento, que lleva el trazo de su pluma y la huella de su pensamiento. Sólo él era capaz de redactar las disposiciones con semejante firmeza y claridad. Cada palabra es eco del sacrificio y

caridad que animaban su alma. Cuando el señor y la señora Gondi se expresan diciendo *nosotros*, ha de sobreentenderse que Vicente habla junto a ellos dirigiéndolos y superándolos con toda su grandeza, a pesar del mérito de los esposos.

Ellos escribieron, pero él compuso y dictó. A decir verdad, sólo fueron los celosos secretarios de su genio, los generosos banqueros de su concepción. ¿Qué dicen, pues, los tres, en substancia? Lo siguiente: "que compadecidos de ver a los habitantes de las ciudades plenamente instruidos mientras que el pueblo de la campaña permanece solo y abandonado, deciden acudir en su ayuda congregando algunos sacerdotes de sana doctrina y de reconocida capacidad y celo que se aplicarán única y exclusivamente a la salvación del pobre pueblo, yendo de aldea en aldea a expensas de los fondos comunes, para predicar, instruir, exhortar y catequizar a los pobres e inducirlos a hacer confesión general, sin retribución alguna, a fin de distribuir gratuitamente los dones que recibieron gratuitamente de las manos liberales de Dios... ". Estos sacerdotes no debían ejercitar su ministerio más que en la campaña; les estaba prohibido predicar y administrar los sacramentos en las grandes ciudades a *no ser en caso de notable necesidad*; debían además *asistir espiritualmente a los galeotes para que sacaran provecho de sus penas corporales*. Al observar la sencillez y precisión del contrato no podemos menos de admirar el perfecto desinterés de los fundadores: lo dan todo sin pedir nada; si algo exigen no es para ellos sino para los pobres, sus eternos acreedores.

A los dos meses de quedar concluido el asunto de las Misiones, la señora de Gondi cuya salud siempre delicada se resentía día a día, cayó gravemente enferma. Hacía años que su salud se identificaba con la de las obras que sostenía. Le parecía —y así lo decía— que mientras tuviera en su corazón la preocupación por alguna obra virtuosa, éste seguiría latiendo. Se encontraba entonces en la flor de la edad y podía prometerse largos y prósperos días para hacer el bien en este mundo. Pero como si hubiera prodigado imprudentemente y de una sola vez toda la caridad que debiera dispensar en su existencia entera, se encontró de pronto quebrantada de cuerpo y de proyectos, desvinculada de las cosas terrenas y a punto de caer, mejor dicho, de subir, madura para el cielo. El derroche de energías empleado en la última y gran obra, parecía atajarle los pasos para cualquier otra empresa.

El acta de nacimiento de la Congregación tenía para ella el valor de un testamento. Su misión concluía. En este lapso de su vida y tal como siempre lo anhelara, Vicente fue su guía.

Así se extinguió el 23 de junio de 1625, a los cuarenta y dos años de edad, la ilustre y virtuosa dama Francisca Margarita de Silly, condesa de Joigny, marquesa de Yles d'Or y otros lugares. De su físico sólo nos queda el retrato del grabador Duflos. En él aparece en vestido de corte con adornos de finas perlas, cuello de gorguera a la florentina, abanico en mano y deslumbrante de lujo y de belleza juvenil.

\* \* \*

Después de haber cumplido con los despojos de la dama aguardaba a Vicente otro deber: anunciar la noticia al general que en aquellos días se hallaba de viaje por tierras del mediodía. En aquella época era raro que en caso de ausencia, sobre todo lejana, los parientes próximos del moribundo dispusiesen de los medios para llegar a tiempo y recibir el último suspiro. La agonía no espera.

Por diligentes que fuesen los deudos en pagar guías y caballerías, la muerte cabalgando con mayor presteza solía llegar antes que ellos. Ocurría también que se hacía tarde para prevenirlos por medio de un correo, cuando el enfermo empezaba a peligrar, y éste debía partir sin contemplar el rostro en que hubiera deseado fijar el adiós de su postrer mirada y privado de los brazos en que hubiera reposado dulcemente. Vicente antes que escribir, prefirió dirigirse a la Provenza al encuentro del señor de Gondi para atenuar mejor el golpe que habría de recibir. Así lo hizo gracias a la ciencia de su corazón, empleando todas las precauciones imaginadas y apaciguando la desesperación que resultó de la fatal nueva. Poseía como nadie el don de consolar. Las mayores penas se esfumaban ante la virtud de su palabra, la fuerza de su confianza en Dios, de su fe en la eterna reunión merecida y ganada con la belleza del amor. El señor de Gondi encontró en Vicente el director espiritual y el apoyo necesario a semejante prueba, pero quedó definitivamente consolado. La muerte de su esposa lo separó de todo. Abatido, flotando a la deriva como un leño de la pobre barca de su vida, y no viendo más refugio que Dios, resolvió consagrarle el resto de sus días. Vicente lo comprendía demasiado para oponerse a sus propósitos. Su primera intención fue abandonar la casa señorial donde ya nada lo retenía. Aunque la difunta pidió expresamente en su testamento que su capellán "permaneciese junto a su marido y a sus hijos" y no obstante las instancias del general en igual sentido, Vicente demandó y obtuvo su libertad. Poco después el señor de Gondi, renunciando al mundo y abandonando títulos, fortuna, empleos, dignidades, honores, llevando sólo su ilustre nombre del que también se hubiera despojado de buena gana, fue a ocultar su gloria en el Oratorio, fundado por el señor de Bérulle en 1621.

Allí lo aguarda la oración como lo prescribía esta palabra grave y radiante: *oremos*. Así se prepara a reunirse en la tumba y en el más allá con la compañera de su vida sepultándose ya en vida. Esta renunciación, cuyo eco fue enorme en la Corte y en la ciudad, aumentó aún más el poder espiritual de Vicente a quien se le atribuyó, aunque su acción, como lo hemos visto, fue muy indirecta. Tal vez la larga amistad con el santo, el ejemplo e irresistible influencia de su virtud, fueron para el futuro oratoriano una preparación misteriosa y providencial.

El señor de Gondi vivió treinta y cinco años en el retiro de la religión, dejando después de su muerte, fama de hombre excepcional y "tan distinguido en la oscuridad por su piadoso renunciamiento, por su alteza de alma y su mortificación, como ilustre en el siglo por su valentía y el brillo de su celo al servicio del rey".

## EN CAMINO

Habiendo Vicente roto los lazos familiares y mundanos, libre después de la desaparición de sus protectores de toda obligación para con la familia de los mismos, se encontraba en plena libertad para dedicarse a la gran obra cuyos cimientos había echado con la ayuda de los señores de Gondi. La situación no era muy brillante. El colegio de los Buenos Hijos albergaba escasos discípulos. Estos formaban el núcleo de la pequeña familia recién formada de la cual él era, sin sospechar el mérito y número de los que le sucederían, su primero y humilde director. Pero no todos podían prestar un concurso eficiente. Uno solo de ellos, Antonio Portail, sacerdote de la diócesis de Arlés, su discípulo decidido desde hacía quince años, se declaraba ahora dispuesto a imitarle activamente y a consagrarse sin desmayo a la evangelización de los campesinos. Dos hombres... para tantas almas, para toda Francia...



Pero el hecho no descorazonó a Vicente; sólo le hizo reflexionar, Se contentaba con poco, como debe hacerlo el cristiano dos veces más que el sabio. "¡Si al menos fuésemos tres!", pensaba. Y llegó el tercero, quien por un tiempo consintió en reunírseles. Partieron, pues, los tres. Largo era el camino y no se vislumbraba el fin. Pero ellos no extendían su mirada a la lejanía, limitada por la aurora de cada etapa cotidiana. Por la tarde, donde la noche detenía sus pasos, se entregaban al reposo con el cuerpo quebrantado, pero con el alma en paz. No llevaban equipajes; sólo un modesto paquete bajo el brazo que les servía de dura almohada y unas pocas monedas de escaso valor estrictamente administradas en la compra de alimentos.

Era tal su pobreza que careciendo de medios para dejar un casero, entregaron a un vecino la llave del colegio de los Buenos Hijos. Nada había en él que sustraer, pues todo lo habían dado a los pobres.

Llenados de legítima gratitud comenzaron por los dominios de la casa de Gondi. "Íbamos, declara Vicente años más tarde, buena y sencillamente a evangelizar a los pobres como lo hizo Nuestro Señor. Eso era todo. Dios por su parte hacía lo que tenía previsto desde toda la eternidad". *Buena y sencillamente*; estas palabras que vibraban sin cesar en sus labios podrían servir mejor que cualesquiera otras para compendiar a la vez su vida y su obra. Ellas fueron su divisa terrestre y expresan toda la paciencia y la confianza que constituían su fuerza y su fortuna. El tiempo no les interesaba. No lo perdían, pero lo usaban como si tuvieran siglos por delante. Consideraban el tiempo con las aparentes decepciones de su duración y la lentitud razonada de su empleo como un medio de éxito superior a su utilización atropellada. El tiempo era para ellos un amigo y un auxiliar que maduraba los asuntos a él confiados. Era, pues, menester esperar su obra como se espera brotar el trigo, subir la plegaria, arder el cirio, como se respeta en toda la marcha y el orden de la naturaleza. El tiempo, como Dios, nunca tiene prisa. Tal era la teoría y en la práctica la piadosa política de Vicente seguida con campesina sabiduría; por eso en lugar de correr en pos del éxito, éste corría a su encuentro. Estos resultados podrían parecer de menor importancia a caracteres más ardorosos, pero a él le parecían buenos y aun excelentes para lo poco que hacía. Adelantar paso a paso significaba avanzar siempre, jamás retroceder.

Al principio fueron tres, después ocho, más tarde once...

Al cabo de diez años no eran más que treinta y cinco... Alguien exclamará sorprendido: "¿Nada más? ¡Qué escaso número!". Pero esos treinta y cinco poseían un extraordinario poder de multiplicación moral. Renovaban cada día el eterno milagro de los panes y de los peces. Sus redes no eran de gran capacidad, pero bien manejadas y siempre llenas. Precisamente por ser pocos, pudo unirlos, instruirlos, modelarlos y convertirlos en escuadrón maravilloso. Eran sacerdotes como él los quería, como los había soñado, humildes, modestos, dóciles, dulces, desprendidos de todo, devorados por el deseo de seguirle cumpliendo sus órdenes, adornados de aquel espíritu campechano, de buen sentido y de gravedad tan apropiado para convencer a las gentes del campo. Vicente, hijo también de la tierra, guardaba por la campaña y sus hijos desventurados una ternura especial de predilección. Sin duda los pobres de las ciudades recibían de él con igual generosidad la misma parte 'de sus desvelos y socorros, pero los del campo, más cercanos a él por su origen le interesaban y conmovían mucho más, porque entre ellos se encontraba en familia.

¿En qué forma ejercitaban su misión los abnegados servidores del santo? Ya lo hemos dicho en dos palabras: "buena y sencillamente", conforme a su precepto. Marchaban de a tres, de

aldea en aldea, deteniéndose en cada una para hablar, confesar, exhortar. Estos fatigosos ejercicios les servían de reposo. Eran los peregrinos, los gitanos de Dios que ni siquiera disponían de carpas. Algunas veces su visita era anunciada con anticipación, muy a su pesar. Entonces eran esperados con curiosidad, pero casi siempre se presentaban de improviso en las aldeas.

Al ver llegar a los forasteros, mendigos polvorientos, con más aspecto de pedir limosna que de hacerla, las gentes se sorprendían benévolamente impresionados por la pobreza de su continente. Los portadores del pan y del vino invisibles inspiraban con su sola presencia un deseo: el de la grata acogida. Las puertas se abrían con un "¡entrad!", pero ellos permanecían afuera porque allí había más lugar que bajo techo y porque la predicación es más solemne bajo la bóveda del cielo y al soplo del aire que lleva sus acentos a través de las paredes y por sobre los tejados hasta los surcos donde habrá de germinar. Los sermones tenían lugar siempre a la intemperie. Apenas llegados, en la humildad y el exquisito candor de su reclamo se "exhibían" imitando el procedimiento de los titiriteros ambulantes que ya por entonces recorrían el mundo. No podría afirmar con seguridad si el tono o la canción eran idénticas, pero sí la manera de comenzar. "— ¿Quiénes somos? ¿Para qué hemos venido?... ¡Pues bien, para esto! ... ". Y lo explicaban empleando la fórmula adoptada por Vicente: el *Humilde Método*.

## EL HUMILDE MÉTODO

¿En qué consistía? En usar un lenguaje familiar, capaz de ser comprendido por el más rudo de los oyentes, lenguaje referido a su manera de vivir, con ejemplos entresacados de los oficios y trabajos a que estaban habituados. ¿Qué prescribía a los oradores? (Digo *oradores* para no emplear un término menos adecuado, pues el sistema de Vicente tenía poco de *oratorio*). Tres cosas bien definidas: "Exponer los motivos que llevan a la virtud y apartan del mal; en qué consiste la virtud; cómo se la adquiere".

Vicente explicaba a sus sacerdotes la manera particular de desarrollar estos tres puntos sin abandonar nada al acaso o a la fantasía. En las conferencias íntimas en que los reunía a su alrededor, les explicaba con todos los pormenores la manera correcta de predicar, de preparar y componer un discurso con sus divisiones y subdivisiones y el modo de pronunciarlo. La teoría era breve, la práctica abundante. Una vez construida esta fuerte, sabia y sutil armadura, la ejecución que había de recubrirla no debía dejar traslucir su rigidez. Lo esencial era: *buenamente, sencillamente*, con bondad y sencillez. Recomendaba no hablar muy alto. Era más conveniente el tono bajo porque a lo menos excita la atención, mientras el estridente provoca deseos de taparse los oídos. Los buenos predicadores del Evangelio no necesitan alzar ni bajar demasiado la voz. Desde que se despliegan sus labios todos escuchan, pues su palabra es clara. Basta oírla para atenderla y retenerla. Nada de exclamaciones imponentes ni meneos exagerados. Cuanto menos gestos, mejor. La predicación es una conversación: miradas, sonrisas..., una efusión constante del corazón y de las manos, que va expresando entre frase y frase la bondad que las anima.

Si dispusiéramos de espacio, reproduciríamos aquí la admirable conferencia de 1655, en que Vicente repetía los motivos de predicar según su "Humilde Método", el mismo, señala, de que se sirviera Jesús y los apóstoles... Con malicioso donaire y mordaz benevolencia crítica los conceptuosos sermones de los predicadores de su tiempo y el énfasis tan de moda. "¿A qué viene toda esa fanfarria? ¿Alguien desea demostrar que es buen teólogo y buen

retórico? Cosa extraña, toma para ello el camino menos conducente: para granjearse la reputación de sabio y la estima de hombre elocuente, es necesario persuadir al auditorio y apartarlo de lo que debe evitar. Esto no se consigue acicalando palabras ni construyendo períodos, ni pronunciando el discurso en tono resonante que se pierde en la altura sin penetrar en el alma. ¿Obtienen su fin los tales predicadores? ¿Persuaden el amor a la piedad? El pueblo al oírlos, ¿corre conmovido en pos de la penitencia? ¡Todo menos ésto!". Y prosigue: "Mi predicación es el método del buen predicar... ". Allí expone: 1.º Los motivos que hacen aceptable este método; 2.º en qué consiste y 3.º los medios conducentes para su adquisición.

La primera razón es "su eficacia" (que comentará y probará continuamente) para inducir a la práctica de la virtud. "¿Basta acaso declarar las obligaciones de practicar una virtud cuando se ignora esa virtud, en qué consiste y cuáles son sus obras y sus funciones? He aquí el segundo punto que subsana estas dificultades. Descúbrase la belleza esplendente de esta virtud, haciendo ver en qué consiste con sencillez y llaneza, y qué actos se han de practicar, descendiendo siempre al particular".

Así continúa el razonamiento preguntando y respondiendo, adelantándose a las preguntas de sus oyentes a quienes el respeto retiene mundos. "Perfectamente, ahora veo qué es y en qué consiste tal virtud... en qué acciones resplandece... Todo ello muy necesario y conveniente, pero, señor, ¡cuán difícil! ¿Y los medios para conseguirla? ¿Por qué medios y manera he de lograrlo? ¿Cómo he de hacer una cosa, por necesaria que me parezca si carezco de los medios conducentes? Imposible; pero dad a este hombre los medios... ¡Quedará satisfecho!".

A continuación los propone; y cuando los ha expuesto, continúa: "¿Qué he de añadir? Nada. Porque, ¿qué se hace cuando se quiere persuadir el amor y la práctica de algo a alguien? Se le describen las grandes ventajas que de ello se siguen, las desventajas de lo contrario, se le hace ver cuál es el objeto, su belleza; y en fin, puestos los medios a su alcance ya no queda más que hacer... He aquí en qué consiste y a qué conduce nuestro método. Os aseguro que en todos mis años, jamás he oído que sea menester más para persuadir a un hombre".

Enseguida vuelve sobre estas consideraciones, las aplica y las explica, como se disecciona una flor después de haber ofrecido su aroma, separando sus pétalos para mejor estudiar sus particularidades. Todo ello sin perder de vista el "Humilde Método" ni la consideración de los grandes beneficios que de él se siguen. "Tendría para nunca acabar si hubiera de narrar una mínima parte de lo que Dios ha tenido a bien obrar por medio de este método. Son tantos los ejemplos que me extendería toda la noche. He aquí uno nunca visto hasta ahora. Casi todos vosotros sabéis, que en Italia existen compañías de salteadores, que dominan la campaña, roban y despojan donde pueden, multiplicándose los asesinatos a causa de las venganzas y de los odios imperdonables. Esta gente después de despachar a sus enemigos para hacerse justicia, huye a los bosques donde asaltan y despojan a los viajeros indefensos. Se les llama bandidos y los hay en tan gran número que Italia está llena de ellos; apenas hay aldea libre de bandidos.

Pues bien, habiéndose predicado la misión en uno de estos villorrios, los bandidos que asistieron abandonaron aquel infame género de vida convirtiéndose por la gracia de Dios que en aquella circunstancia quiso servirse del humilde método. ¡Cosa hasta entonces inaudita! ¡Jamás se vio a ningún bandido dejar a un lado sus correrías, sea cual fuere el motivo!".

Entonces se dirige al señor Martin, uno de sus principales discípulos: "¿No es cierto, señor Martin, que los bandidos de Italia se convirtieron en nuestras Misiones? Vos estuvisteis presente. Ya que estamos en tertulia familiar, decidnos, si os place, cómo sucedió aquello. — Sí, señor, replica el señor Martin, así fué. En las aldeas donde misionamos, tanto los bandidos como los que no lo eran, acudieron a confesarse. — ¡Oh, prodigio, exclama Vicente, los bandidos convertidos! ¡Gracias al humilde método!".

"He aquí otro ejemplo, continúa entusiasmado. No hace mucho dos de nuestros seminaristas misionaban en una aldea de la costa junto a la cual había naufragado un navío. Las mercancías y equipajes habían sido arrojados por la borda. Los habitantes de la aldea e inmediaciones acudieron al saqueo y se apoderaron de cuanto pudieron llevar, quien de un fardo, quien de telas, quien de otros bultos. Esto significaba el despojo de los infelices náufragos. Predicada la misión según el humilde método, se restituyó todo a sus dueños. ¡He aquí, señores, los efectos del humilde método! Buscad algo parecido en el aparato y la pompa de la vana elocuencia. Apenas si se convierte uno en adviento o cuaresma con tales predicadores, como lo vemos en París. Y sin embargo el humilde método es también útil en la Corte. En dos ocasiones el humilde método ha hecho su aparición en la Corte y me atrevo a decir que ha sido bien recibido... que triunfa en ella, donde ha producido frutos maravillosos pese a todas las oposiciones. ¿Dirá alguno que sólo es útil para gentes bastas de las aldeas? La experiencia dice que en París, en la Corte y en cualquier lugar no existe mejor método ni más eficaz. ¡Sacad, pues, la consecuencia y admitámoslo de una vez!".

¡Con qué cálida gracia resuenan sus acentos! Las palabras, las ideas, los sentimientos, los consejos, las instrucciones, parecen distribuías al acaso y sin embargo ocupan su lugar propio en el orden más conveniente.

Es el lenguaje corriente y sencillo que se eleva hasta la elocuencia en alas de la sinceridad, del entusiasmo, de la tenacidad continua y serena. No teme incurrir en repeticiones, por el contrario, parece emplearlas advertidamente a fin de inocular su convicción personal en lo más profundo del ánimo. Vuelve y revuelve su humilde método presentándolo bajo todos los aspectos para probar que como quiera se lo considere es perfecto y sin defectos. Cuando creemos que ha terminado, vuelve a empezar; hasta tal punto lo lleva en la sangre y en su alma inagotable y fuerte. Es el pensamiento continuo que hace destilar del principio al fin de sus discursos como gota que al caer en el mismo sitio horada y traspasa la roca. No se contenta con recomendar y propagar su humilde método; siente legítimo orgullo al enterarse de los éxitos de los que lo practican. "Nuestro método, del que se han servido y se sirven grandes personajes, es el método de los predicadores que hacen maravillas. El obispo de... me decía que aun cuando hubiese de predicar cien mil veces no se serviría de otro. ¡Y Monseñor de Sales! Este gran varón de Dios me decía lo mismo. En la misión de Saint-Germain, las gentes acudían de todas partes, de todos los barrios de esta gran ciudad. Había allí personas de todas las parroquias, de toda condición y hasta doctores. Pues bien allí predicaba según el humilde método. El señor obispo Boulogne que predicó, lo siguió al pie de la letra. ¡Y, oh Dios, qué gran fruto se obtuvo! Hubo, tantas confesiones generales como en las aldeas. ¡Bendito sea Dios! ¿Cuándo se vieron tantas conversiones en los sermones de predicadores refinados? Sus palabras vuelan sobre los techos. Todos los convertidos exclamaban "Este sí que sabe y dice grandes cosas... ". Y esto es tan cierto que para pasar hoy por buen predicador en las iglesias de París y en la corte, es menester predicar sin afectación. Entonces los oyentes dicen: "Este hombre es maravilloso: predica a *la misionera*".

\* \* \*

Quizás se diga que pecamos de extensos al comentar el famoso "humilde método" y las conferencias en que renovaba sus ideas; pero hemos querido ofrecer un esbozo de la forma en que Vicente instruía en la privanza de sus reuniones. Gracias a la reproducción fiel de sus palabras nos es permitido conocer las vibraciones de su pensamiento junto con las de su voz. Con verdadero placer se escuchan las variadas inflexiones, la dulzura comunicativa, la incansable perseverancia, en fin, ese encanto especial tan propio suyo. Podríamos decir sin faltarle al respeto que charla, parlotea, machaca y repite; pero esas charlas, parloteos y repeticiones continuas y voluntarias del ideal que lo obsesiona poseen una fuerza, un poder de seducción y conquista inauditos. Sus pláticas, aparentemente deshilvanadas, tienen sin embargo tal trabazón, tal ilación, los conceptos y argumentos presentan tal cohesión que muy pronto el oyente queda preso en su sereno engranaje; y el candor, la bondad, la fe, todas las gracias ingenuas de su alma, dan a sus lecciones el encanto luminoso de un rayo de luz.

Estas páginas que podrían creerse heladas por el tiempo, conservan hoy todo su ardoroso arrastre. Se leen con la sonrisa en los labios y placer subyugante. ¿Qué sería escucharlo teniéndolo a pocos pasos, fijando la mirada en su asombrosa fisonomía? Oírlo y contemplar en su vejez la vasta frente marmórea, los rasgos enérgicos, el semblante terroso surcado por la reja de todos los sacrificios, ofreciendo el aspecto de uno de esos ancianos de apretada vestidura, de robusta cabeza y dura barba rapada, de ojos brillantes refugiados en el nido de las cejas que con tanto fuego trazara el lápiz sombrío de Lagneau. Pero la ternura y candor del alma que se echan de menos en los crueles retratos del artista, rayanos en lo burlesco, campean en la boca avellanada e indulgente del santo y en el venerable rostro con mentón de abuelo. Al escucharlo lo vemos revivir al natural, mientras de pie como lo hacía casi siempre, prosigue su plática.

Viste de negro, con sobrepelliz almidonado y corto como nuestros niños de coro. Sin detener el discurso va y viene, camina de un lado a otro, observando y visitando, por decirlo así, a cada uno de los oyentes, tocándoles el brazo, golpeándoles la espalda. Habla largo despacio y lo sabe. Cuando advierte la hora se excusa humildemente: "¡Han pasado los tres cuartos, señores; soportadme un poco más, os lo ruego, soportad a este miserable!". Al cabo de un instante, confuso otra vez, se golpea el pecho y pide perdón, repitiendo el humilde "soportadme". Pero nadie deja de seguir escuchando. Nada de catedrático en este maestro. Sus palabras eran las de un amigo que piensa en voz alta, diciendo lo que el oyente piensa pero mucho mejor. ¡Qué delicia oír esta charla sublime, beber en esta fuente exquisita!

## LA LEPROSERIA

En 1630 el colegio de los Buenos Hijos resultó estrecho para el número de misioneros que aumentaba cada año. A esto se añadieron descalabros económicos tales que la dotación de Gondi no bastaba para conjurarlos. Vicente no se atribuló y puso todo en manos de Dios, quien le recompensó esta buena costumbre. La antigua leprosería de San Lázaro, ocupada desde el siglo XVI por clérigos regulares a las órdenes de un prior nombrado por el arzobispo de París, era una rica señoría eclesiástica. Sus rentas eran considerables.

Establecida sobre el camino a Saint-Denis, comprendía vastos edificios donde ya no moraban leprosos y sólo algunos canónigos. En 1632 el superior, terminados sus compromisos, decidió retirarse y ofreció su beneficio a Vicente. Este, a pesar de todas las ventajas que en él veía, lo rehusó. La idea de que "su pequeña compañía" y de que él mismo pudieran ser objeto de tal fortuna y tamaño honor, lo confundía e inquietaba. Así lo confesó con ingenuidad.

¿Es posible, señor, tembláis?" exclamó el prior, Adrián le Bon sorprendido ante su resistencia. —"Es verdad, Padre, repuso el santo, que vuestra proposición me espanta y me parece tan sobre nosotros que no me atrevo a eleva hasta ella mi pensamiento. Somos pobres sacerdotes que vivimos en la simplicidad, sin más intenciones que servir a los pobres de la campaña. Os quedarnos sobremanera obligados y os damos humildemente las gracias, pero permitidnos declinar vuestra oferta". Y se mantuvo firme.

Hubo de transcurrir un año para que cayeran sus escrúpulos. Era siempre lento en decidirse por excesiva prudencia, pero una vez determinado lo decía y lo hacía. El 7 de enero de 1632 tomó resueltamente posesión del priorato de San Lázaro con sus misioneros que de la noche a la mañana fueron bautizados con el nombre de lazaristas.

El enorme establecimiento vacío y desierto que sólo albergaba en el fondo de los jardines algunos pobres dementes encerrados en chozas, hubo de parecer a Vicente y a su congregación, cuando hicieron su modesta entrada, una inmensidad triste y desconsoladora. ¿Tendría alguna vez sacerdotes como para colmarla? Lejos estaban de soñar que el colosal conjunto de construcciones semejantes sería un día reducido para albergar las obras de las cuales ésta sería el centro y el hogar.

Hoy, retrocediendo en la historia, nos preguntamos si el gigantesco priorato de San Lázaro no fue construido y dispuesto expresamente para ser, a su hora, la cuna y el domicilio titular, la casa madre de todas las órdenes a las cuales Vicente debía vincular su nombre y su gloria. En adelante sería su residencia y su palacio; palacio sin artonados de oro ni cielorrasos al óleo, de murallas desnudas y galerías embaldosadas, de patios y jardines severos encuadrados por claustros, salas de estudio, refectorios, dormitorio, guardarropas, celdas... pero asimismo morada y mansión real que será convertida por Vicente, con rapidez e inteligencia admirables, en Louvre de la caridad y Vaticano de su humilde genio.

## LAS HIJAS DE LA CARIDAD

Siempre profesó a la Virgen una devoción especial. Así como refería todo a Dios y veía en todos los hombres una imagen divina restableciéndolos por este medio a su puro origen, así también, como ya lo hemos visto, solía considerar y honrar en la señora de Gondi a la madre del Salvador. Este empeño y placer en venerar a María, en hacerla descender hasta sus más dignas hijas o mejor dicho en hacerlas ascender hasta *Ella*, produjo el efecto de *feminizar* su robusta piedad dentro de lo permitido y en la más exacta expresión de la palabra, comunicando a su caridad suave dulzura y aquella ternura y atención maternales tan características de su natural. Su preocupación constante de evangelizar y cultivar al hombre no fue impedimento para que se dedicase con igual celo a la formación de la mujer de la cual esperaba los poderosos y particulares auxilios que sólo ella podía ofrecerle.

Una vez asegurada la solidez y porvenir de sus cofradías de hombres vio llegada la hora de la misión personal de la mujer y de completar la gran cruzada comenzada con los hombres.

Entonces creó la obra maestra única y virginal, nacida de su amor a la Virgen e inspirada por el Espíritu Santo: la institución de las Hermanas de la Caridad, cuyo primer y verdadero nombre fue el de "Hijas de la Caridad". Pero, no son ellas acaso las hermanas, las hijas, las madres y las parientes del pobre y del desheredado? A su paso se extingue la orfandad. Son las hadas de Dios enviadas a la tierra para que vivan en ella hasta el último suspiro de la agonía del mundo. Las Hijas de Vicente serán las últimas en florecer junto a él y a su inspiradora, la señorita Le Gras, pues la idea de esta obra de amor había de nacer en un corazón y un cerebro de mujer.

La señorita Le Gras, por nombre de familia Luisa de Marillac, era sobrina del canciller Miguel de Marillac y del mariscal Luis de Marillac, ambos víctimas de la venganza de Richelieu después de la jornada de Dupes. Había casado con Antonio Le Gras, secretario de mandatos de María de Médicis. En aquellos tiempos de rigurosa nobleza era necesario ser mujer, por lo menos de un barón o de un caballero para merecer el título de señora. Luisa de Marillae, estando casada con un escudero no podía recibir otro título que el de señorita. Lo cual no impidió que esta simple señorita dejase, gracias a "sus hijas", un nombre más ilustre que el de muchas reinas.

¿Cuáles eran las características y el género de vida de estas *hijas de la caridad* cuyo modelo inmortal había ella plasmado y creado en comunión con Vicente?

Eran preferentemente aceptadas las jóvenes campesinas, adornadas de todas las cualidades y virtudes, de la servidora de Dios y de los hombres, alegres, despiertas y hábiles en los más humildes quehaceres. Se levantaban a las cuatro de la mañana y se acostaban tarde, durmiendo poco y casi siempre vestidas. Sin embargo debían conservar siempre el buen humor, la fortaleza y la salud y vivir en castidad y obediencia. Al principio, por lo menos, no es una religiosa propiamente dicha; no pronuncia votos, no se encierra en el fondo de un convento protegido por espesas rejas.

Tampoco su vestido es el que se usa en la actualidad. Eran, como hemos dicho, simples muchachas campesinas vestidas modestamente a la moda del campo, que cubrían la cabeza con un pañuelo. Dios quiere que los pobres vean su rostro. Su claustro es la calle que recorren, la empinada escalera que suben y bajan, la infecta sala de hospital, la buhardilla donde las reclama el enfermo y el chiribitil donde penetran audazmente. No hacen penitencias ni se abisman en la contemplación; caminan y se afanan todo el día; *sus* trabajos ininterrumpidos las dispensan de meditar. El permanecer inmóviles, mudas, sentadas, arrodilladas no es propio de ellas ni Vicente lo quiere. Su voluntad es que en medio de tanta actividad hablen, rían, canten... canciones más que cánticos. A fin de que se entreguen al trabajo en cuerpo y alma, llega a privarles de los ejercicios de piedad como si las castigara: "Pues bien, que los pobres sean vuestro oficio y vuestras letanías. Eso basta. Dejadlo todo por ellos. Hacer esto es dejar a Dios por Dios. Vuestros pobres os reclaman. Tratadlos, pues, con dulzura, compasión, amor, pues son vuestros señores y amos y los míos. Y siendo grandes señores del cielo, muy grande cosa será también abrirles sus puertas".

Vicente se aplica sin cesar 'a compenetrar a "sus hermanas" del espíritu de esclavitud voluntaria por el cual cada una debe considerarse como sirvienta de los pobres repitiendo sin cesar esta idea fundamental de que ellos son nuestros amos, aunque se estimen menos que nuestros siervos y de que les debemos respeto y ayuda. Hace trescientos años que la hija de la caridad fue informada por él de este espíritu que se conserva en nuestros días sin ningún detrimento. Antes se la llamaba "hermana gris", hoy se la designa con el nombre de

su padre y fundador, su hábito es de color distinto, el pañuelo anudado en la cabeza se ha transformado en toca... pero sigue siendo la misma.

## LA TOCA

¿Cuál es el origen de su toca y a quién se debe? Contrariamente a lo que más de uno pensaría no se debe a Vicente sino al señor Joly, su discípulo y sucesor. Sin embargo la leyenda no carece de toda razón. Resulta difícil y penoso separar del santo esta criatura de su genio y admitir, aun por un instante, que el buen Padre de espíritu tan atento y corazón tan minucioso, haya permanecido extraño al asunto. ¿Sería inverosímil que lo hubiera tratado hacia el fin de su vida cuando su edad y sus achaques no le permitían realizaciones inmediatas? ¿Que en su humildad incorregible hubiera dejado a su sucesor la actualización de su pensamiento? ¿Por qué no?

No, porque entonces el virtuoso señor Joly no hubiera consentido jamás en usurpar el mérito de su maestro. La verdad, como me atrevo a concebirla, es mucho más sencilla. La paternidad de la toca puede atribuirse a ambos. He aquí cómo. El mismo Vicente —lo aseguramos sin temor— si no en vida, después de su muerte, debió sugerir a su discípulo, entre las brumas de un sueño, el tocado que deseaba para sus hijas, esbozando el patrón y mostrándole el conjunto terminado. El señor Joly, apenas despertó, saltó inspirado del lecho y se precipitó a su mesa para fijar los rasgos de la asombrosa visión, antes que se disipasen. Comprendió que se trataba más de una orden que de una sugestión y recibido el mandato, lo ejecutó sin demora.

Tal obra de arte, tal poema, no pudo ser concebido sino entre sueños.

El hábito de ver la toca a cada instante, nos hace olvidar su originalidad, pero considerada con atención, su forma resulta asombrosa. Lo han de llevar las arrogantes hijas de la campaña, habituadas a la intemperie, llamadas a vivir fuera del claustro, en contacto con el pueblo. Su deber les exige que penetren en los estrechos tugurios, de atmósfera asfixiante donde habrán de barrer, limpiar, cocinar, hacer las tareas domésticas, sin vestidos embarazosos, libres los miembros, despejada la frente, los ojos, los oídos y el rostro. En tal caso, ¿no sería el más indicado un sencillito gorro "de tres piezas" como el de los bebés, o al menos algo semejante que pudiera quitarse y ponerse con facilidad?

Pero en su lugar, buen señor Vicente, ¿qué se os ocurrió inventar? Y vos, señor Joly, ¿cómo aceptasteis sin observación tal ocurrencia? Estimados Padres, si no fueseis quienes sois, estaríamos por creer en una apuesta caprichosa. ¡Contemplad vuestras inocentes hijas y considerad a qué las condenáis para siempre! A llevar más que un sombrero o un gorro... una especie de catedral de tela en pugna con el buen sentido. En lugar de realzar los rasgos de vuestra creación la veláis y comprimís de la nuca a las cejas. Ni los oídos se libran del lienzo opresor. Habiendo ellas de circular entre las multitudes y rozarse con toda clase de inmundicias sería recomendable una tela más ligera y sufrida; sin embargo les imponéis una especie de cúpula alta y tiesa cuya cúspide parece hecha a propósito para chocar y deteriorarse con los objetos circundantes. Y no contentos con aprisionar de modo tan cruel el rostro de vuestras siervas, ¿por qué los cubrís de paños de abundantes pliegues que las impiden correr a su deber con la presteza deseada? ¿Por qué vosotros, tan sabios y versados en economía les habéis querido prescribir el tejido frágil y delicado de la estameña, cuya limpieza exigirá lavados incesantes y costosos? ¡Explicadnos, por favor, este enigma!



Ambos señores nos replican sonrientes:

—Calma ante todo. Verdad que a primera vista podría parecer nuestro proceder en desacuerdo con nuestra experiencia; sin embargo, al prescribir este tocado que os asombra —tela, forma, color— nada sacrificamos a la ligereza o al placer de la fantasía. Bien sabíamos a dónde íbamos aunque no lo entendáis.

Resolvimos cortar y después ocultar el cabello de nuestras hijas y cubrir sus frentes para imprimirles materialmente, y en consecuencia moralmente, este pensamiento constante: sin estar obligada a la reclusión, deben considerarse en medio del mundo como fuera de él. Están, pues, de más los rizos y los caprichos del cabello. El oído al percibir la palabra y los sonidos tamizados por la tela, aprenderá a cerrarse a lo impertinente; los ojos, al mirar entre los dos remedos de muros que colocamos adrede contra sus mejillas, tendrán la impresión, estén donde estén ellas, de deslizar sus miradas por los corredores frescos y tranquilos de nuestras casas. Les restringimos la visión hacia los bordes del camino, para que se concentre más eficazmente en su objetivo, prolongándola ilimitadamente hacia las altas lejanías indicada por la extremidad aguda de la toca. En cada movimiento, la hermanita de caridad señala al cielo. ¡Qué bien parece entre las suaves sombras el rostro flanqueado y en perpetuo retiro. Allí se está como en el propio claustro lejos de toda disipación, viendo sin ser visto, recogido hasta en el tumulto, llevando consigo su celda, ¿Insinuáis "Que no es práctica"? Apelamos a la experiencia de quienes la llevan. Ellas os probarán lo agradable y cómodo de nuestra invención, protegidas de la nieve, de la lluvia, del viento y del sol. ¿Difícil de colocar? Se aplica, pliega y asegura con alfileres en un santiamén. Tampoco digáis que esta toca de amplios volados apesadumbra a nuestras viajeras, antes bien las aligera dándoles alas. Queda en pie el inconveniente de la blancura. Pero en ella justamente estriba la coquetería de nuestra pureza. Para honra y gloria de la Inmaculada, nuestras hijas visten de blanco y azul: el azul profundo de los hábitos, el blanco de la toca, emblema de sus almas sin mancha. Aún me preguntaréis, agrega Vicente ¿De dónde se os ocurrió? —Aquí me ponéis en aprieto. ¿Lo sé acaso yo mismo? De mi pasado, de mi vida, de Dios ante todo, sin más búsquedas. Los aciertos vienen siempre de El. Yo y el señor Joly apenas hemos tenido parte. Sólo somos los humildes fabricantes del modelo ofrecido.

¿Quién fue el intermediario? Un lienzo desplegado en el aire, que al caer presentaba la forma indicada por el cielo.

Todo sucedió como mi vida: "buena y sencillamente".

Si os ponéis a mirarla con ciertas intenciones, encontraréis en ella semejanzas, recuerdos, reminiscencias, algo de galera, de su velamen, de su popa y de su proa... En verdad, todo esto asombra. Después de todo nadie nos prohíbe creer que Dios en su bondad nos concedió de ese modo un pequeño recuerdo de nuestra capellanía, queriendo que en memoria de los pobres galeotes, la toca de sus hijas hienda los aires como un girón de vela. Pero insistimos en que no fue nuestra la idea. Las razones y explicaciones expuestas proceden del deseo de responder a vuestras críticas, de justificarla y elogiarla".

\* \* \*

Así nos habla desde ultratumba Vicente aplicando has- en la eternidad su "humilde método".

He aquí el origen de la toca. Una vez emprendido su camino, ¿qué sitios dejó por recorrer? En poco tiempo dio la vuelta al mundo y atravesó todos los cielos. Internacional, sin perder su carácter francés, ¿a qué abismos no descendió, qué cumbres no escaló? Se inclinó al nivel de los más humildes dolores y se elevó hasta las alturas más sublimes del sentimiento, de la compasión, del arte, de la poesía. Y ya sea que vele la frente de sor Rosalía, ya de otra desconocida cualquiera, sólo célebre en la mente de Dios, ha tenido por doquier sus pintores, escultores, grabadores, poetas y cantores. Es el tema obligado en los Anales de la Fe, en los frescos de las iglesias, en el arco iris de los vitrales. Boticelli y Angélico han de añorar no haberla podido hacer objeto de sus pinceles, pero por lo menos nuestro Willette la desplegó como una gran mariposa en el *Paree Domine* de la Colina. Como un símbolo heroico irá unida a la historia, a sus estertores y a sus apoteosis. En tiempos de guerra, de epidemia, de revolución, de tempestad, cuando nadie piensa más que en la fuga o en el refugio subterráneo, la toca se despliega tranquila convertida en la paloma del arca, de la trinchera, de la barricada. Ella rodea de blancos cortinados la agonía del pobre y del soldado; a su paso el aviador caído respira al expirar. Su blancura flota en las estaciones, en las portezuelas de los vagones de tercera clase, en los puertos de ultramar, sobre el puente de los grandes trasatlánticos que navegan hacia la China o al Continente negro; y cuando "nuestra madre superiora" la obliga a permanecer en la ciudad, es para convertirla en alegría de la escuela, del t alter y del hospicio, en flor que adorne las cunas, en lirio del tabernáculo o para que juegue a la gallina ciega con un grupo de huerfanitos.

Y oh prodigio renovado! en medio de tantas idas y venidas, la toca conserva intacta su pureza, su forma angélica, y su blancura inmaculada. Jamás se vio en ninguna de ellas la menor mancha... excepto en los días de guerra y de muerte las manchas de sangre ajena que su portadora restaña o de la propia que derrama.

En fin, ya escoltando procesionalmente con rumor de follaje el Santísimo o la bandera, ya resonando entre los juegos infantiles, entre el clamor de las muchedumbres, el estrépito de las calles o el vaivén de los suburbios, en todas partes es amada y venerada como sagrada y única. Entre los miles de lienzos que velan las frentes de las demás religiosas de la tierra —y también del cielo— ella es la primera.

*¡Magnificat!* Basta decir: la toca, y todos comprenden. Saben que se trata de la buena hermana de San Vicente de Paul.

## QUINTA PARTE

---

### IN EXTREMIS - IN EXCELSIS

#### EL ENGRANAJE

Las Hermanas de la Caridad, o las "Hermanas grises" de entonces, como el pueblo las llamó en un principio, disponían de una sola casa en el villorrio de la Chapelle: la mansión de la señorita Le Gras. Pero viendo ésta que su domicilio se hallaba muy alejado de París, decidió instalarse con ellas frente a San Lázaro. Así podían comunicarse cómodamente con su director quien las instruía en pláticas memorables inspiradas en aquel espíritu sencillez y paternal, base de su encanto y eficacia.

Habiendo, pues, formado las famosas Cofradías de hombres y mujeres, organizado y extendido sus misiones sin detrimento de la vasta labor o que le obligaba su cargo de Capellán de Galeras como consultas, sermones, correspondencia, visitas, viajes, espinosas cuestiones de dinero, de conciencia, podría arrogarse si no el derecho al reposo —que para el temerario señor Vicente hubiera significado la desertión y el pecado— al menos el de limitarse a desenvolver el gigantesco programa, concentrando en él sus actividades. Pensar de ese modo sería conocerle mal. No sabía limitarse en la práctica del bien. Su complejidad y temperamento le exigían "empresas" sin descanso y pródigas multiplicaciones al servicio del prójimo. Cuanto más hacía, más quería hacer y más encontraba por hacer. Las grandes perspectivas lejos de amedrentarlo lo estimulaban. Sólo la timidez y la reserva eran capaces de descorazonarlo.

Como si el colosal y desierto edificio de San Lázaro, donde apenas instalado con su escaso personal sintió el temor de su propia flaqueza, hubiera despertado en él el santo anhelo de animarlo y poblarlo, se irguió y agigantó como el nuevo señor que contempla sus vastos dominios gozoso de descubrir lo extenso de su posesión y la riqueza de sus recursos. Su mirada abarca aquel ardiente lugar de acción interior y exterior en que había de transformarse el triste conjunto de salas muertas y galerías frías del palacio desierto, en espera de su voluntad para despertar y desbordar de la gloria de Dios.

Desde aquel día el señor Vicente convirtió la antigua leprosería en su cuartel general. Colmena extraordinaria y en continua efervescencia, San Lázaro era un mundo y para Vicente el único *mundo* al que lo ligaban los lazos que en él se había creado. Sólo allí se sentía en plena posesión de su personalidad, en plena armonía de cuerpo y alma y en disposición de cumplir su destino. Allí estaba su patria, allí le parecía haber nacido y allí esperaba morir. Cuando volvía de las provincias abrumado, casi sin voz por haber predicado centenares de veces a los pobres de la campaña o después de las fatigosas visitas a los hospitales y a las cárceles, y se encontraba de nuevo en su estrecha celda de lisas paredes, recobraba al instante las fuerzas y respiraba un aire más vivificante que el de los grandes espacios abiertos. De 1628 a 1660 durante los treinta, y dos años que debía aún *misionar*, allí vivió, y allí nacieron las fuentes y arroyos de caridad destinados a convertirse en ríos caudalosos, hijos de su múltiple genio.

Nos faltaría espacio y tiempo para narrar la historia larga y difícil de esfuerzo perseverante y los espléndidos resultados que finalmente le coronaron. Otros lo han hecho con la ciencia y

autoridad necesarias en obras tan numerosas que formarían una biblioteca entera, sin agotar por eso el tema. Vicente de Paul continúa siendo después de su muerte tan inagotable como durante su vida: prodiga y se prodiga. Tómese cuanto se quiera de sus lecciones y ejemplos; el acervo de sus enseñanzas permanecerá siempre íntegro. En los repliegues de su generosa existencia quedará suficiente oro y plata para alimentar, instruir y refrigerar a los sedientos y hambrientos de perfección. Su recuerdo perdura entre el tesoro moral de todos los santos como los que se conservan en las basílicas, a veces en una sencilla capilla que son admirados por lejanos peregrinos. De igual manera Vicente de Paul, tesoro de Francia y de la Iglesia está patente en todos, en todo momento y gratis. Pero\_ en lugar de ostentar su imagen adornos deslumbrantes de pedrería, sólo se ven en ella inscripciones de rasgos austeros y poderosos como los de su escritura, como los de "Vicente de Paul, presbítero", que dicen: *"Cofradías... Hospitales... Cárceles... Galeras... Campesinos... Leprosos... Dementes... París... Provenza... Italia... Polonia. .. España... Berbería... Madagascar... Retiros... Sermones... Correspondencia. . . Caridad: sus Hijas, sus Damas... Ancianos, niños, los pobres de Picardía, de Champaña, de Lorena, Consejos, Deberes... Los hombres, Dios... Amén"*.

He aquí los diamantes de su espíritu, las perlas de su amor, los rubíes de su celo.

\* \* \*

Fundó, pues, sus Hijas de la Caridad, o como él decía, "ellas mismas se fundaron". Después de 1629 cobraron importancia, lograda, eso sí, poco a poco. Las obras de Vicente no son cosa de un día. Los comienzos de la obra fueron muy modestos. Las valientes jóvenes eran designadas por su nombre de pila seguido del de la parroquia en la cual trabajaban: Margarita de San Pablo, María de San Lorenzo...

Nadie sospechaba, ni siquiera ellas mismas, que llamadas así por un santo del cielo, llevaban un nombre de la más alta nobleza y que pese a su humildad formaban la aristocracia de la virtud. Al principio, siendo escaso su número, fueron agregadas a las Damas de la Cofradía de la Caridad. Estas últimas respondieron perfectamente a su cometido mientras se trató de figurar en la asociación, de distribuir limosnas y visitar a los pobres. Pero cuando fue menester algo más que dinero y buenas palabras, socorrer a los desgraciados en toda forma, aplicar sobre sus miserias la mano y el corazón, se las halló menos diligentes. Unas se excusaron por su situación, otras por falta de tiempo, de salud o de experiencia; la mayor parte se hicieron sustituir por criados en el alivio de la miseria, lo cual no concordaba con la idea de Vicente. Las Elijas vinieron a llenar este vacío. Su acción dio lugar a las más halagüeñas esperanzas. El santo, siempre que podía, las reunía en San Lázaro, para instruir las con sus suaves lecciones. Al principio les dirigía breves pláticas aclarando su vocación particular y el privilegio de servir a los pobres... más tarde a medida que la obra tomaba cuerpo, las desarrollaba más ampliamente hasta convertirlas en conferencias.

Lamentamos no poseer otra palabra menos académica, porque en realidad eran charlas cordiales y afectuosas, impregnadas de ternura paternal. Desconocedor y enemigo de artificios oratorios, alcanzaba sin pretenderlo el nivel de la elocuencia evangélica. Procuraba que sus charlas no se limitasen a un simple monólogo; se ingeniaba para que tomaran parte sus hijas a las que conocía en particular según su carácter y cualidades. A veces, las

interrogaba repentinamente: "Veamos, Brígida de Saint-Jacques... ", con aquella amabilidad fina y pura que da confianza y aun osadía de buena ley a los más tímidos, siendo recompensado con creces por la franqueza y libertad con que ellas exponían sus dificultades, dichosas de acercarse más a él y afianzar su filiación espiritual.

Así las vemos después de tres siglos animadas del mismo espíritu de los tiempos heroicos en que *charlaban* con el señor Vicente. Su encanto irresistible no ha declinado ni variado. Siempre han conservado el juicio recto, y leal, la frente serena y un no sé qué de franqueza y vivacidad que las distingue. La hermana de San Vicente ignora la tristeza. ¿Se las ha visto alguna vez llorar? No. Todo en ella es alegre, con alegría serena, infantil y límpida, pero resuelta y popular. Porte, gestos, tono de voz, la danza y el tintineo de sus llaves, el entrechocar de las cuentas de su rosario, la nieve y las alas de su toca, su risa de recreo, su espíritu de iniciativa, su adaptación instantánea a las más graves circunstancias, proclaman y contagian la alegría histórica que las hace correr al dolor como hacia un manjar exquisito.

\* \* \*

Doce años han de pasar para que la gran obra se afiance. No existen reglas ni constituciones, por lo menos escritas. Las cosas marchan *buenamente* sostenidas por la gracia de Dios y la asidua vigilancia del señor Vicente que aguarda el momento de fijar los estatutos de la Orden, a los cuales su prudencia temperamental no quiso dar forma de ley hasta no ver a la institución suficientemente probada. Antes que la letra, exige la práctica. Sigue el ejemplo de la Iglesia, que sólo se decide a promulgar una ley después de largas experiencias. Las Hijas de la Caridad no alcanzan a cubrir la demanda de las Cofradías que de todas partes las reclaman. En 1641 se consagran a dos nuevas obras, las *escuelas de párvulos y los asilos*.

La caridad tiene su lógica, su fuerza inherente e ininterrumpida de expansión. Los acontecimientos expuestos se suceden como en virtud de un orden predeterminado, para irse cumpliendo en su debido tiempo y lugar, justificando la calurosa fe de Vicente, pero sin dejar de atormentarlo, pues el encadenamiento trae consigo un movimiento propio impuesto por sí mismo hacia rumbos imprevistos. Es necesario marchar, y más rápida de lo que se quisiera. Avanzar es una ley humana o sobrehumana y los caracteres sabios y reflexivos que apartándose del mundo han tomado el estrecho camino que los aparta de la agitación no se ven libres de aquel otro trajín interior que les está reservado en la senda del deber. No todas las tentaciones proceden del demonio. También existe el espíritu maligno del bien que a cada instante asalta a sus favorecidos, conecedor de sus escrúpulos y piadosa timidez. Al llegar la vejez, en el tiempo en que llenos de días y de méritos, saturados de privaciones, hartos de sacrificios, se sienten inclinados a creer que lo hecho es suficiente y que ya carecen de los medios para llevar a cabo nuevos planes en cuya ejecución fracasarían, entonces se acerca el ángel para excitarlos y reconvencionarlos. —¡No has terminado aún! ¿Es miedo o cobardía? Considera lo que te resta por hacer. Obedece a mi llamado, lánzate a la meta. No alegues tu edad o tus achaques. Nadie es demasiado anciano para interesarse por los ancianos ni demasiado achacoso para descender hasta los niños. Alarga tus años en los primeros, rejuvenece en los segundos. Suaviza los dolores con tu sonrisa y tu mansedumbre".

Vicente no necesitaba semejantes amonestaciones. Las voces de esperanza y de socorro resonaban continuamente en sus oídos. Las posibilidades de hoy —imposibilidades ayer— lo acicateaban. "En verdad, se reprochaba, mi conciencia y sus llamados están en lo cierto. En realidad no he hecho ni la mitad, ni la cuarta parte de lo que debiera,

Las ciudades y los campos se han removido sin beneficio del pobre, existen cofradías de hombres, de mujeres; Hijas y Damas de la Caridad; todo ello bueno y excelente. Pero, después de esto, ¿me entregaré al reposo? Los niños tienen escuelas y asilos... pero para poder ser recibidos en ellos, han de entrar primero en la vida, comenzando por los que jamás tendrán cuna y son ahogados apenas ven la luz, lanzados por una ventana, arrojados en un muladar para ser pasto de las ratas o deformados por los verdugos de sus padres, quienes les aplanan la cabeza y tuercen los miembros para convertirlos así en monstruos de la naturaleza y miserandos mendigos... como lo pude ver yo mismo una noche; por fortuna arranqué al inocente de las tenazas del miserable y lo llevé sin sentido a la Casa Cuna de la calle Saint-Landry. Pero según me han dicho, esta casa vale poca cosa. ¡Otro problema que me preocupa! ¡Los niños! ¿Es que ya no existe la misericordia? Me he propuesto no comenzar obras nuevas y ahora se presenta una nueva y urgente... ¡Tanto peor!... No, tanto mejor. ¡La llevaremos adelante! ¡Y a mis buenos amigos los galeotes que me son tan queridos, a quienes debo tanto y que tanto me han enseñado, tendré que abandonarlos? Por el hecho de haberlos consolado con una que otra palabra, con algunas visitas, ¿puedo dar por saldada mi deuda para con ellos, para con sus cuerpos martirizados, para con sus almas más atormentadas aún? ¡De ninguna manera! Recuerdo que una vez, en Marsella, conmovido ante el aspecto de sus miserias, pensé que un hospital para ellos solos les sería muy útil.

Después todo pasó, como el agua bajo el Puente Nuevo... ¡Y ellos me esperan! ¿Dónde tengo la cabeza... y el corazón? ¡Cuanto antes, la primera piedra! Con el tiempo que se tarda en edificar, ¿veré alguna vez el techo? ¡Poco importa! Empecemos por los cimientos, que el techo, si no vivo, lo veré desde allá arriba. ¡Dios mío! ¡Millares de visiones me asedian, millares de luces me iluminan! Por ejemplo, los sufrimientos de los campesinos, increíbles, e imposibles de expresar con palabras. Convendría describirlos y relatarlos crudamente, imprimirlos y distribuirlos en las puertas de las iglesias, en las plazas, en los mercados. Sería un medio poderoso para tocar el corazón de las gentes y arrancarles limosnas del bolsillo. Esta idea me parece muy digna de ser tenida en cuenta. La idea por cierto es brillante, pero todo se me ocurre a la vez. ¿Qué hacer pues? El pensar en los pobres campesinos me apesadumbra. Sé que a pesar de nuestras limosnas y auxilios, su alimentación deja mucho que desear. Sería de gran provecho distribuir semillas entre los labradores, para que puedan sembrar sus campos devastados por las guerras. ¿Y qué pensar de los cadáveres insepultos que contaminan el aire con peligro de desencadenar la peste? En un rincón de mi cerebro reservo un plan: instituir una compañía a la que llamaría "de los saneadores", encargada de enterrar a los muertos y hacer desaparecer las inmundicias. Triste trabajo, sin duda, para el que se ofrecerán contados candidatos. Pero en caso de no comparecer ninguno, ¿no están mis misioneros y mis hijos que con sumo placer me darán una mano? Verdad que debido a los viajes que han de hacer por las provincias devastadas, Toul, Verdun, Nancy, Bar-le-Duc, Saint Mihiel, Pont-á-Mousson, adonde les he enviado a llevar socorros, se hallan sobrecargados de trabajo. A pesar de su entusiasmo y valor, ¿podrán estar en todas partes? Sin tener en cuenta que también la Picardía tiene gran necesidad de sus visitas. ¿Entonces? También

quisiera... ¡Ah, Señor, no me inspiréis más planes, porque con ello me desoláis! Pero..., ¡perdón! Antes bien, ¡mostrádmelos cada día en mayor número!... ".

Estos pensamientos resuenan continuamente en sus oídos durante un cuarto de siglo, como un juego de campanas. Al escuchar sus sonos se sentía conmovido y feliz. "¡Oh, mis campanas!", exclamaba ante el concierto de tantas sugerencias y proyectos imperativos que retumbaban en su conciencia como toques a rebato. Todas esas empresas y otras que omito, vinieron en su tiempo y hora a ofrecer el remedio, a cerrar el rumbo de agua, a llevar la salud. ¿De qué manera? ¿Por qué medios secretos y misteriosos?

No se lo preguntéis. Os responderá con su refrán de siempre: "*Buena y sencillamente*". Pero si se observan las condiciones especiales en las cuales Vicente hubo de encauzar y llevar a término sus obras, prescindiendo de la importancia y cantidad de las mismas, quedaremos maravillados, atribuyéndolas, no a prodigio de magia, sino a rotundo y admirable milagro.

Intentemos, pues, formarnos una idea cabal de las cosas, en su misma realidad,

## SAN LÁZARO

Tracemos ante todo el cuadro. El lugar carecía en aquella época de la terrible fama de días posteriores. No inspiraba ni atracción ni repulsión. Años después, el Terror, le dio la fama de crimen y martirio, convirtiendo a sus viejos muros, en la paz corrompida que sucede a los diluvios, en prisión tétrica de mujeres culpables o enfermas y transformándolo en morada de siniestra y punzante melancolía, en una especie de purgatorio donde, hasta nuestros días, preside y sonríe la Bondad.

Mas cuando Vicente y la falange de sus sacerdotes, hubo tomado posesión de la antigua leprosería sin un solo leproso, se convirtió al instante en uno de los lugares más famosos de París y de Francia.

Para todos los religiosos y laicos observantes, fue el lugar de entrevistas cotidianas y *de moda*, de la santa moda, en que el brillo de la piedad los llevaba a encontrarse, como el palacio real era el centro obligado de los paseos y las maneras elegantes. Bajo las arcadas de la mansión se reunía la concurrencia. Era fácil reconocer en su porte las personas importantes que allí acudían. Entrar, era encontrarse en medio de una inmensa colmena. Se diría que fuerzas irresistibles empujaban al interior. Allí vibraba la actividad silenciosa y sin ostentación, que a pesar de sus libertades e incoherencias era en general ordenada y regulada. La mayor parte de los parroquianos sabían el recorrido a través de galerías, corredores y pasadizos y se orientaban a través de aquel dédalo de varios pisos que era el enorme edificio de San Lázaro. A veces circulaban lentamente y con los ojos cerrados, pues estaba de más abrirlos en los rincones oscuros o apenas, iluminados, otras, los pasos se hacían más vivos allí donde los altos ventanales hacían deslizar sobre el embaldosado su lluvia luminosa.

El edificio ofrecía al que llegaba, perspectivas profundas de cuarenta o cincuenta metros donde campeaban tantas puertas que era imposible sustraerse a la tentación de contarlas y hasta de abrirlas mentalmente una a una. Las ventanas se contaban por centenares y lo mismo las escaleras construidas para ser subidas y bajadas cuantas veces se quisiese, escaleras anchas, rectangulares, de escalones indestructibles, de descansos amplios como habitaciones y barandas de encina tan gruesas y nobles como las de piedra del Louvre o del

fastuoso Hôtel du Marais, con pasaderas del espesor del brazo, en que la caricia de las palmas había puesto el lustre del ágata.

Imaginemos por estas galerías y escaleras a los diversos miembros de la casa, los del oratorio y del refectorio, los reposteros y enfermeros, el barbero y el sacristán, el boticario y el sastre, los hermanos laicos, los sirvientes, aguadores y leñadores, cada uno haciendo su recorrido conforme a las exigencias de su oficio. En medio de todo se distinguen los Padres de la Misión, de todas las misiones de las cuales San Lázaro es ahora la cuna rumorosa, y el hogar, el punto de partida y de regreso. Las cofradías de hombres y mujeres cuyos efectivos Vicente últimamente ha multiplicado, y cuyos directores llegan allí y pasan la noche entre dos jornadas, le informan o piden órdenes en busca de nuevos objetivos... Vicente no pertenece ahora a sus obras, como en los comienzos de su apostolado. Con el tiempo, habiéndose acrecentado el complicado conjunto de estas obras y aumentado por medio de las *filiales*, sólo con dificultad consigue estar al tanto de todas ellas. Además ha de considerar y emprender obras nuevas (le inspiración ajena, que habrá de dirigir, unas veces factibles, otras débiles, que esperan de él la vida que su gran corazón es incapaz de rehusarles.

He aquí cómo se explica la presencia continua y agitada de esa muchedumbre que "no es de la casa" y de la cual podría decirse: "¿Quiénes son? ¿Qué vienen a hacer?".

Ya lo sabemos. Allí se veía de todo: vestidos y tocados de los más diversos modelos, religiosos predicadores o mendicantes, labradores enjutos y rapados, colosos barbudos, capuchinos de todos los climas, del norte y del mediodía ; penitentes blancos, azules, negros; hábitos de todos los tonos, lienzos de los más diversos colores ; monjas de todas las órdenes alrededor de su abadesa, delegadas de hospicios y claustros: hombres y mujeres de iglesia venidos de muy lejos, desconocidos la víspera, emparentados, sin embargo, en la diferencia original y vecina de los cinturones, cruces, escapularios, cordones y *agnus Dei* que los individualizaban.

Aquello parecía una Babel en pequeño donde se oían todas las lenguas, traducidas al latín cuando era necesario y donde se encontraban los fatigados y polvorientos peregrinos de España y de Italia, apoyados en su bordón, de piel amarillenta de *terracotta*, que habían caminado cientos de leguas para contemplar unos instantes al santo y después volverse a sus tierras. Muchos erraban por los corredores devorados por secretas esperanzas o se acurrucaban en un rincón oscuro como después de un naufragio. ¿Quién se hubiera atrevido a arrojarlos?

No todos inspiraban tranquilidad. Mendigos profesionales con mirada de lobo y signos cabalísticos tatuados en la frente y en el pecho, crispaban sus dedos sobre el mal empuñado crucifijo, como sobre un puñal. Pero fuesen lo que fuesen eran pobres y miserables, representantes de la miseria, y así, nadie los inquietaba. Tal vez entre ellos se ocultaba algún asaltante en vías de conversión o algún galeote evadido que sintió en la fuga la nostalgia por su antiguo capellán. ¡Cuánta seguridad tenían estos últimos de ser recibidos con los brazos abiertos!

Descendiendo a la planta baja, hacia las cocinas y despensas, nos encontramos con los vendedores de hortalizas, carniceros y demás proveedores; afuera junto a las puertas que dan a la calle se alinean las filas de pobres famélicos que esperan su turno para llenar sus vasijas con las sobras de comida y sopa caliente. Por todas partes un mundo especial en que



se confundían todos los mundos, muchedumbre que variaba según la estación, la circunstancia y la hora.

## LAS PLÁTICAS DEL MARTES Y LOS RETIROS

Cuando Vicente a instigación de su amigo el señor Olier, futuro fundador de San Sulpicio, comenzó a reunir una vez por semana en San Lázaro, a los *ordenandos* para acrecentarlos en el fervor, las conferencias del martes se vieron tan concurridas que San Lázaro desbordaba. Todos querían asistir, pero como esto era imposible se hacía necesario escoger entre la muchedumbre de aspirantes. Entre éstos se hallaba un joven borgoñón, rubio y sonrosado que escuchaba ávidamente a Vicente, bajo los repliegues de un cortinado. Su nombre era Bossuet: tal discípulo para tal maestro.

Las conferencias adquieren tanta resonancia que el cardenal de Richelieu celoso de una fama no procedente de su persona, determina visitar a "aquella celebridad" Deslumbrado, declara poco después a la duquesa d'Aiguillon: "Tenía una gran idea del señor Vicente; pero después de nuestra entrevista lo considero como un hombre extraordinario". ¡Sólo la seductora modestia del capellán y sus humildes vestiduras fueron capaces de conquistar a su fastuosa y celosa Eminencia! ¿Pero quién no hubiera sido vencido por la dulzura y el brillo de su fe? Bajo un exterior débil e inerme, llevaba en sí el secreto del triunfo. Además de las conferencias de los martes que acababan de ser aprobadas —casi diríamos *absueltas* por el gran inquisidor—, inaugura los retiros para *sus* sacerdotes, pues el bien e interés de éstos suscita en él nuevas iniciativas. Si después, otros, deseosos de recoger a su vez una parte del bien efectuado, se aprovechan de ello, tanto mejor. El que descubre una fuente puede permitir beber en ella a los demás después de haberse posesionado de la misma. Tal fue el origen de casi todas las obras de este descubridor de manantiales del espíritu.

La nueva forma de retiros cobró desde *sus* principios una importancia extraordinaria. ¡Cuán distintos de los que hasta ahora se habían tenido! Estos eran una verdadera explosión que levantaba nubes de polvo, una verdadera moda o manía. Moda y manía casi sagrada, sin nada de profano, sin elementos impuros, animada de un ímpetu tan brusco y patente que todos sus secuaces, oyentes y actores, se encontraban como fuera de sí, excepto su creador, en quien toda agitación exterior acrecentaba la serenidad de espíritu.

Entonces apareció en San Lázaro una muchedumbre asombrosa compuesta de gentes que en otro lugar jamás se hubieran rozado y que allí se trataban sin la menor sorpresa. "En los bancos del mismo refectorio se encontraron de la noche a la mañana, juntos y sin el menor reparo jóvenes y ancianos, clérigos y laicos, doctores de la Sorbona y analfabetos, nobles y plebeyos, obreros y magistrados, pajes y caballeros, siervos y señores, todos al mismo nivel", todas las clases sociales representadas y confundidas en un acercamiento que ningún otro sitio, ni la misma iglesia, podía ofrecer. Si se tiene en cuenta que los fieles, durante su reclusión voluntaria, estaban obligados a comer y dormir allí mismo, se tendrá una idea de la efervescencia que en esos días animaría a la inmensa casa.

Probablemente algunos pocos estaban dispensados de la obligación de pasar allí la noche; pero lejos de eludir esta última costumbre la solían aceptar con agrado, pues formaba parte del programa de penitencias al que los participantes se adherían con ardor y entusiasmo. Esto último hacía que escasearan las habitaciones o que fueran ocupadas por varios a la vez. Se improvisaron dormitorios comunes pero sin lograr dar cabida a todos los aspirantes.

Además del aprovechamiento espiritual, compensaban las entradas los cuantiosos gastos? Con excepción de los ricos que pagaban generosamente los beneficios de Dios, los demás poco o nada ofrecían, de tal manera que bajo el aspecto práctico, Vicente no podía gloriarse de la excelencia del negocio. ¿Pero pesaban estas razones cuando se trataba del enriquecimiento de las almas? Nuestro capellán no se inquietaba en lo más mínimo. A veces, ante la amenaza de deudas al parecer insolubles, le aconsejaron desistir; era lo mismo que alentarle. Su aparente imprevisión era en él efecto de una certeza prevista y segura.

Como casi todas las grandes empresas religiosas que surgidas de la nada han conquistado al mundo paulatinamente, alimentadas con recursos módicos e irregulares, las obras de este creador magistral tan prudente y reflexivo vivían al día y no solo vivían, sino perduraban, prosperaban y se extendían sin garantía alguna contra los obstáculos entrevistos que podrían comprometer su prosperidad. Se diría que la exigüidad de los recursos era la mejor garantía del éxito. Otro que no fuera Vicente hubiera perdido la cabeza. El, por el contrario, nunca se mostraba tan tranquilo y seguro como cuando todo parecía ir mal y todos desesperaban. En verdad admiraba su sistema especial de conjurar el peligro. Podía creerse que con tal objeto "daría máquina atrás", que acudiría al ahorro o a la tacañería, presa de una fiebre de economía por lo demás inútil.

Su conducta era muy diversa. Redoblaba generosamente los gastos con increíble osadía. "¡Dios nos los volverá con intereses!". Sus misioneros se inquietaban: —Padre, estamos recibiendo en los retiros a muchos que no pagan...

—¡ Por Dios! ¡ Qué le hemos de hacer, si todos quieren salvarse!

El procurador llega despavorido:

—Señor, ¡ no nos queda un céntimo para mañana!

—¿Ni un céntimo? ¡ Valiente noticia! ¡ Bendito sea Dios! El será ahora nuestro procurador, El nos procurará lo necesario mejor que vos y yo. Volved a vuestra oficina.

Cierto día, dando oído a las advertencias de sus compañeros alegando que se admitía a todo el mundo por complacerlo, respondió:

—Pues bien; hoy haré yo de portero. Yo mismo me encargaré de seleccionar y admitir a los que deseen entrar en retiro.

Jamás fueron recibidos tantos candidatos como aquel día y con tanta amabilidad.

"¿Qué queréis, explica, no pude tomar sobre mí la responsabilidad de rechazar a nadie".

—¡ Señor, suspira un buen hermano en el colmo del apuro, no hay más habitaciones disponibles!

—¿Que no? Ahí está la mía, utilizadla.

Y al otro día el dinero llovía del cielo en cantidad inesperada que sobrepasaba las necesidades.

—Ya lo veis, sonreía Vicente, le pedimos un poco y nos da mucho. ¡ Oh, mi Dios! ¡ Sed razonables y que baste con lo sucedido!

La asistencia a los retiros era de unas ochocientas personas por vez; el movimiento no decrecía.

Cada nuevo retiro parecía superar a los anteriores en fruto y esplendor. "No había en París ningún eclesiástico ni persona de mérito que no hubiera estado en ellos". Bossuet, que siendo simple *ordenando* los había escuchado, hizo de ellos su primera cátedra ensayando su voz ante los grandes del mundo.

Pronunciadas las últimas palabras del sermón de clausura, cuando la casa quedaba silenciosa después que los participantes volvían a sus casas en posesión del precioso tesoro, ¿se daría Vicente un poco de reposo?

"Pasados los días de excepcional afluencia, el movimiento normal de la vida era bastante para animar y ocupar a Vicente más allá de las fuerzas humanas.

Las mujeres, que durante aquellos días reservados exclusivamente a los hombres se veían alejadas y privadas de su Padre amado, corrían a él en tropel deseosas de recuperar el tiempo perdido.

Y no solo acudían las plebeyas y humildes, sino también las damas de sociedad para confesarse, comulgar, para solucionar dificultades de familia y apaciguar tempestades de conciencia o escrúpulos... tanto por razones serias como por las más fútiles.

¿No debía satisfacer a todas sin parcialidad, no sólo a las privilegiadas, a las cuales no convenía dar lugar a pensar que el prestigio de su rango era causa de tratarlas con menos consideraciones que a las de "humilde cuna" cuya vida era con frecuencia mayor? Vicente testimoniaba a todas igual afecto de modo que las más indiscretas antes se cansaban de hablar que él de escucharlas.

Le placía ver en las más virtuosas a las reemplazantes de aquellas desaparecidas damas de Gondi y de Maignelais, sus amigas espirituales predilectas. No podía arriesgar un paso fuera de su habitación, pues se le acechaba incesantemente. —"¿Dónde está? ¿No lo han visto?". A veces tenía que esconderse. Por fin lo divisaban; entonces resonaba una sola voz: "¡Aquí lo tenemos!".

Las puertas rechinan, la gente acude, se inclina, se arrodilla, llora. Cada cual busca aproximarse lo más que puede para poder tomarle las manos, estrecharlas y besarlas. El las retira enternecido y confuso. "¡Basta, basta, reportaos!". Entonces lo dejan libre, mas no mucho, como para poderlo contemplar. ¿Este es el señor Vicente? ¿Este hombre de baja estatura, de cabellos escasos, de boca desdentada que sonrío con su mentón blanco y sus mejillas de anciana nodriza? Sí, es él. ¡Pero cuán atractivo! Parece un pobre y un campesino convertido en un Venerable de la plebe y un Santo de estrado!

Su afabilidad lo lleva a dispensar atenciones a todos los visitantes a pesar de las circunstancias. A veces era una orden que se le pedía, un consejo, un permiso, una dirección, un nombre, una noticia que no era discreto comunicar ante oídos extraños. Otras, personas virtuosas que trabajaban "como hadas" en el bordado de una casulla, o que en la habitación vecina gemían, desplegando un roquete de encaje. ¡Ah! Todos aquellos obsequios! Buen cuidado tenía de no aficionarse a ellos y hasta de prohibirlos, pero nunca se veía libre de ellos. De la noche a la mañana recibía de París o de las provincias objetos preciosos o de escaso valor, imágenes piadosas, escapularios, medallas, cirios, un sinnúmero de cosillas que los pobres le mandaban en cumplimiento de un voto o como recuerdo de sus tierras... Vicente lo aceptaba todo pero no conservaba nada. Cuando eran flores ordenaba: "Riéguenlas, y pónganlas en la capilla"; cuando eran frutas: "He aquí el postre de mis

enfermos"; cuando era pan: "Dénlo a los pobres, mientras esté fresco"; cuando eran huevos o leche: "A los niños expósitos".

Tenía un cuarto lleno de estas ofrendas que se renovaban sin cesar.

Además, cuántas molestias provenientes de los que traían polvos, elixires, hierbas, aguas, "que curan todas las enfermedades; de los curanderos "que curarían con seguridad al señor Vicente de sus achaques y su cojera".

De repente llega un hombre cubierto de polvo y sudor, enlodado, hasta los ojos. "¿Qué quiere ese tal?".

—Señor, replica el portero, es un correo de Lorena.

—¿De Lorena? Venid, pues, amigo mío.

Le hace señal de que entre. El portero le tira suave' mente de la manga:

—¿Qué otra cosa? —¡Señor! También está ahí el duque que vino ya dos veces y espera impaciente.

—Bueno... Ahora estoy ocupado. ¿Es ese que golpea la puerta con los pies?

—¡ Oh, no, señor! El que golpea es un pobre loco que encerré. Dice que es el Papa y está molesto por no poder veros.

—¿Un loco?¡ Dios nos lo envía! Lo veré inmediatamente después del correo de Lorena, antes que al duque.

\* \* \*

De esta suerte podemos imaginarnos a San Lázaro en continua gestación y producción de vida pululante, verdadero hormiguero humano en el que Vicente era la cabeza, el corazón y el rey. A los innumerables trabajos y desvelos impuestos por tal ministerio, añádanse los viajes que lo llevaban a donde quiera que fuese útil su presencia, a su cara Lorena, a Trois-Evéques, al Franco Condado, a la Champaña, a Borgoña, a Picardía, a cualquiera de las desdichadas comarcas víctimas del pillaje y de la guerra, roídas como huesos, tan devastadas que no era posible formarse una idea de sus miserias más que encontrándose entre sus ruinas y escombros.

El conocía los horrores de la guerra tan bien como Callot. Como éste, hubiera podido reproducirlos, de dominar el arte del buril. Aunque incapaz de los diseños del vigoroso grabador los conocía mejor que éste, pues además de la miseria *exterior* vívidamente captada por el artista, había llegado, como sacerdote, a las profundidades de la miseria *interior*. A través de las llagas y las torturas de los cuerpos, de los techos en llamas, de las murallas en ruinas, había sondeado las heridas de los corazones y de las almas martirizadas... y conservaba las *planchas* mordidas por un buril más cruel que el del grabador.

Estas otras imágenes cuya visión sólo él podía contemplar, sangraban y se revolvían en su pensamiento, se imprimían en cuadernos más dolorosos que una colección de ejecuciones en la horca y descuartizamientos. Apenas desprendidas del hogar convertido en un montón de ruinas humeantes, comenzaban a perseguirlo: entretanto él rogaba a Dios para que

resucitase las buenas tierras de Francia, suplicándole en su sublime mansedumbre por la salvación de los asesinos.

Además de los inocentes le preocupaban los culpables. Las hordas de bandidos croatas, bohemios, húngaros, suecos, italianos; la flor de las tropas mercenarias, los *condottieri* de cascos empenachados, señores de desastres, los Piccolomini, los Wallenstein, los Mansfeld que cobijaban la ruina bajo los buitres y halcones de sus estandartes eran quienes más excitaban la compasión de Vicente y provocaban su generosidad. Deseaba ardientemente que se arrepintieran para que Dios les otorgase el perdón. Quería la salvación de todos, atm de los verdugos, única recompensa de las víctimas, según su modo de pensar.

## SUS ÚLTIMOS AÑOS

No obstante el número de días cuya duración aumentaba el infatigable obrero tomándola de las noches, los años plenos de obras pasaban tan rápidamente que Vicente se alarmaba asombrado... pues la vejez llegaba. Ésta en nada cambió sus disposiciones o sus hábitos. En lugar de retraerse procuraba prodigarse. Su reglamento era el mismo de siempre.

Al final de una de las grandes galerías momentáneamente desiertas y envueltas en impresionante silencio, a la hora en que despunta el alba, empujemos la pequeña puerta que gira sobre sus goznes a la menor presión, y entremos. ¿Es una celda o un calabozo? Las dos pobres sillas, la tosca mesa de madera, el jergón desprovisto de abrigos, hacen creer que nos encontramos en una prisión; algunas imágenes piadosas pegadas en la pared alrededor de un crucifijo suspendido de un clavo probarían que se trata de una celda. Sea lo que fuere, alguien la habita: un hombre. Está extendido en un rincón y dormita apoyado en el muro. Su edad es avanzada, su aspecto de suma fatiga. Parece de humilde condición a juzgar por su cráneo de campesino, por los repliegues de su nuca y por la tela basta de su camisa. Probablemente es algún sirviente.

¿Pero no duerme? Habla en voz baja y solo... ¿con quién habla? ¿Qué dice? Cuchichea con laxitud y suspira. ¿Estará enfermo o apenado? Tal vez ambas cosas. Es un hombre que sufre. De pronto se vuelve hacia la luz que le da en el rostro... ¡Es Vicente! Todo se explica.

Sufre, es verdad, pero sin quejarse y ora.

Ahora su actitud es de atención. Cuatro campanadas descienden de un reloj... las cuatro, que un reloj y después otro repiten como si fueran las letanías del día que despierta. El, sentado, recoge los sonidos. Pero, ¿cómo no ha saltado del lecho? ¿Por qué tanta pereza para levantarse? ¿Qué espera? Espera poderlo hacer. Al fin se arranca dolorosamente del lecho, incorporándose sobre sus enjutas piernas de anacoreta, torcidas, deformadas por la vejez, ulceradas por las llagas de los hierros que llevó cuando fue esclavo en Berberia y cuando en Marsella ocupó el puesto de aquel galeote que puso en libertad. Las pobres piernas sufren tanto al sostenerlo, que vacila y tiene que apoyarse en la pared. El sudor baria sus pies desnudos hinchados, surcados de gruesas venas tumefactas por cincuenta años de marchas. Poco a poco entra en movimiento y la máquina comienza a marchar; se pone las medias negras de lana y los pesados zapatos, polvorientos todavía de la víspera. Después, piadosamente, como si se tratara de una estola descuelga el hábito usado y remendado que constituye todo su vestuario; se cubre con el solideo que una mañana más protegerá su cabeza envejecida y sale a cumplir "su jornada".

\* \* \*

Apenas fuera de la celda, en el dédalo de galerías, las piernas recobran su vigor. Las escaleras lo rejuvenecen. Las desciende de a dos escalones como un muchacho y se dirige a la capilla adonde llega siempre el primero para postrarse en oración. Allí pasa una hora inmóvil y de rodillas.

La oración es para él el primer alimento del día que le nutre y devuelve las fuerzas. A continuación se confiesa. Suele hacerlo todos los días en su afán de conservarse inmaculado. Después dice la misa.

Desde que llega al altar abandona la tierra. Ya no ve a nadie sino a Dios. Parece no tener conciencia de sí propio. Pero los asistentes, participantes del privilegio de esta misa única y maravillosa lo contemplan absortos, conmovidos por la emoción sobrehumana que lo penetra y transfigura. Es tal la felicidad de la misa que quisiera decir otra. En vez de celebrarla la ayuda, convertido en humilde monaguillo de cabellos blancos. La mano que le levantaba el cáliz, agita la campanilla. La capilla tiene un encanto especial que lo cautiva. Allí se queda tres o cuatro horas en oración, remontándose impetuosamente hasta las cumbres inmatriciales sobre los cuales se comienzan a sentir delicias desconocidas... ¿Qué es entonces el tiempo? Las horas ya no pesan. El segador implacable agita la hoz de sus alas, deslizándose como una pluma por el azul del éter...

Pero la vida activa lo reclama y lo obliga a abandonar aquellos momentos felices. Vicente vuelve a su habitación. Sin abandonar sus sentimientos de compunción, se sienta a la mesa de madera, parecida a un banco de carpintero, lustrada por el roce de sus mangas, testigo de tantos planes.

Escribe, lee, compulsiva expedientes, revisa informes, apoya un pedido, implora una gracia, concede ayuda— examina las cuentas. Las horas de trabajo se suceden. Los registros de gran formato, las carillas de papel con filigranas reales o con el anagrama de Cristo se cubren con su diligente y robusta letra.

Insensible al calor y al frío, siempre vestido de igual manera tanto en invierno como en verano, no toma precauciones especiales: sus pies descansan sobre las baldosas sin ninguna alfombra intermedia y se expone a las corrientes de aire que entrada la noche agitan la llanta de su vela. Alguien golpea la puerta. Como hace algunas horas hubo de abandonar el reclinatorio, así ahora llega el momento de separarse de su mesa. Es hora de inspeccionar la casa y recorrer todas sus dependencias. Las escaleras y corredores lo esperan como a su presa. ¡Cuántas veces durante su vida anduvieron sus pasos por aquel laberinto! Se puede calcular en leguas y leguas... tanto como de París a Roma.... En todos los pisos hay personas que desean entrevistarle: Niños sonrosados que le deslizan un obsequio en la mano; madres con sus inquietos bebés en brazos para que los bendiga; enfermos abatidos sobre unos peldaños que esperan de él la salud; paralíticos en camillas cuyos ojos hundidos son la única señal de vida. Tampoco faltan los perros de la casa que un buen día de su vida errante se refugiaron allí a la hora de la comida y quedaron admitidos en la cocina. En el alféizar de una ventana, entre dos macetas floridas, dormita un gato. Al ver que pasa Vicente desciende maullando cariñosamente y se le acerca para recibir de él una caricia. Por momentos se oye allí en los patios lejanos el relincho de un caballo, el rebuzno de un asno, la sonrisa de una

fuente y el canto de un gallo. Las bandadas de palomas festonean el techo con sus revoloteos. Los viejos muros, únicos leprosos que aún quedan, están blanqueados por todos lados por los nidos de golondrinas y poblados de gorriones. ¡Deberes y distracciones cándidas que demoraban la tarea del santo, pero con tanta dulzura que no sabía sustraerse a ellas! Cada cosa reclamaba la parte de amistad que le correspondía, el hombre y el animal; primero los más humildes, después los otros. Estos otros no eran los que le esperaban en los rincones de las galerías y en los descansos de las escaleras sino aquellos con quienes no podía hablar decentemente más que a puertas cerradas después de las saluciones de rúbrica y de haberlos hecho sentar: arzobispos, obispos, canónigos, nobles de capa y espada, damas devotas de reclinatorio reservado en la iglesia, superiores de comunidades, dignatarios del bien, con insignias o sin ellas, adornados todos ellos, Eminencias o clérigos, princesas o burguesas, duques o caballeros, de dignidades y virtud.

¿Pero no lo reclaman otras obligaciones, en la casa y fuera de ella? ¿Irá a descuidarlas? — ¿Cómo? ¿Ya ha pasado media tarde? ¡Si seré perezoso! ¡*Miserable!*

Y se retira furtivamente.

—¡ Señor Vicente! Señor!

Le buscan. "¡Estaba aquí hace cinco minutos y ha desaparecido!".

Ha desaparecido por la pequeña escalera que utiliza cuando escapa a las exigencias de los visitantes.

Es el momento de deambular por la calle murmurante y jovial con sus adoquines y sus caballos, sus carros, sus peatones, por los portales de las iglesias... donde desearía entrar será paya otra vez—, las bóvedas de los sórdidos albergues, los barrios lujosos o míseros donde después de las visitas le aguarda tanto trabajo.

Visitas de toda categoría que requerirían —si él no existiese— veinte pares de piernas, veinte cerebros, veinte corazones, pero que efectúa alegremente como un Proteo bienhechor: visitas bruscas y sin transición como un golpe de escoba, pasando de un salón a un puesto de venta, de un monasterio a un albergue, que lo arrojan de un sofá a un taburete de negocio, del sitial capitular a un banco de jardín, de una asamblea de notables a una *cadena* de galeotes, de una presidencia a una audiencia, de un lugar de virtud a otro de vicio... y siempre con la misma atención, con el mismo afecto y prudencia, tan dueño de sí como de los demás.

Durante este recorrido a través de todas las miserias, los vicios y las pasiones de una humanidad en bancarrota, Vicente no sólo debe mirar, decir buenas palabras y después irse frotándose las manos: "Bueno, ya se terminó".

Para él lo comenzado es lo que está por hacerse. El es el hombre obstinado de la prosecución y el término, que piensa en el mañana tanto como en el hoy. Por esto le es necesario, además del trabajo de cada instante, prever la hora y la semana, observar, anotar, retener. ¡ Qué mecanismo cerebral requiere este trabajo, qué incesante agitación de todas las facultades! No perder el control de su espíritu, dejar de lado un asunto para liquidar otro, aplicarse paralelamente a resolver problemas opuestos en doble y continuo trabajo, todo esto era para él como un ejercicio profesional que lograba en forma excelente.

Vuelve, por fin, muy tarde, pero con la misma rapidez con que salió. El hambre le atormenta, se pensará, pues no ha tomado nada desde la mañana. Error. Si entra con semejante rapidez es porque se hace muy tarde y teme las inquietudes de su larga ausencia.

Habrá que detenerlo en la ventanilla del refectorio, antes que penetre en su celda para obligarlo a tomar un poco de alimento. Como siempre, la hora de la cena de la comunidad ha pasado, y sólo quedan las sobras. Los que le sirven se lamentan. "¡Tanto mejor! me gustan más". Después del último bocado, idéntico al primero, sube a su habitación adonde a veces le acompañan sus íntimos.

—¡Acostaos enseguida, señor! Prometedlo! Prometido!

Pero una vez cerrada la puerta no se acuesta. En lugar de doblegarse después de la jornada abrumadora, se pone a trabajar como si comenzara otra nueva.

Escribe páginas y páginas... mientras los relojes escriben en el bronce las horas indeseables del descanso. ¿Se acuesta al fin para descansar? Ni él mismo lo sabe. Llega un momento en que las cosas escapan a su atención, en que pierde el conocimiento y cae sobre su cama. Se da cuenta de haber dormido, cuando despierta, reprochándose su pereza y sorprendido en flagrante delito de sueño. "¡Vamos! ¡*Benedicanus!* ¡*Qué* hermoso día!". Y se levanta como un Lázaro inmortal que resucita con cada aurora.

Por cortas y cargadas de trabajo que fuesen esas noches, Vicente las pasaba al menos en una habitación, sentado o acostado, a cuyo abrigo gozaba de un reposo relativo. Pero a partir del día en que se consagró a la salvación de los niños abandonados, ya no conoció ni siquiera este breve descanso.

La Casa de Expósitos, única existente entonces, y a donde iban a parar los pequeños parias desechados como leproso, estaba administrada por una viuda ayudada por dos sirvientas avaras y de mal carácter. Los condenados de pocos días que caían en sus manos no quedaban mucho tiempo a sus cuidados; algunos morían al poco tiempo faltos de alimento y cuidado, otros eran vendidos a los saltimbanquis que los deformaban o a brujas que los necesitaban para sus monstruosas prácticas demoníacas, sin mencionar la introducción clandestina de los mismos en las familias y los diversos fraudes de que eran objeto a fin de alterar el orden de las sucesiones y herencias.

Resuelta a salvar los cuerpos y las almas de aquellos inocentes, sometidos impunemente a torturas físicas y morales *sin estar bautizados*, Vicente determinó hacerse cargo de ellos. ¡Qué desolación! Siendo tan numerosos, sólo había lugar para doce. ¿Cómo hacer? Se los escogió por suerte, resultando doce como los apóstoles. Fueron confiados a la señorita Le Gras y a las Hijas de la Caridad, quienes en 1638 comenzaron la obra de los niños abandonados y expósitos, obra por la cual Vicente experimentó siempre especial predilección. A partir de esta época de su paternidad siendo ya sexagenario, no disfrutó más de sus escasas horas de sueño.

Como lo había advertido, los niños eran abandonados pocas veces durante el día. Los padres culpables temían ser vistos; y aun cuando estuvieran ciertos de no serlo, buscaban siempre la complicidad de las tinieblas, pues a la luz es mayor el horror de las malas acciones.

Vicente recorría París durante la noche. Cuanto más oscura y larga, mayores eran sus esperanzas de hacer una buena *cacería*. Esta daba resultado sobre todo en el invierno cuando el frío impedía sacar una mano fuera de las tibias habitaciones. Si se hubiera tratado de un paseo con otro objeto, saldría vestido como de costumbre, pero debido a las



circunstancias especiales, llevaba una capa, no para sí sino para los niños que debían ser obligados sin pérdida de tiempo y que sólo en sus brazos no hubiera podido recoger en número suficiente. La capa le permitía llevar tres, cuatro y más, y por eso había elegido una de gran tamaño. Cuando salía, sus amplios pliegues tocaban el suelo. Una vez humedecida de lluvia o rocío y repleta de niños pesaba tanto como un saco de harina, pero el buen molinero la encontraba ligera, como encuentra el pescador ligeras las redes al abandonar su barca. Aquella capa con sus pliegues y sus pequeños peces milagrosos era en verdad una red de amor y de bondad que jamás era echada en vano.

Por lo general Vicente hacía sólo el recorrido; a veces acompañado de un sacerdote.

Imaginemos el París nocturno y terrorífico de la época, hundido en tinieblas y silencio hasta la cúspide de sus techos, donde no circulaban más que merodeantes prontos al robo y al asesinato. Las rondas nocturnas pasaban a caballa agitando antorchas, pero de tarde en tarde y con tal estrépito que el ruido de los cascos y la luz de los hachones advertía de lejos a los criminales. Nuestro capellán con su manera precavida de rozar las paredes, de inclinarse, de detenerse, de volver a partir, y a veces de correr, parecía un verdadero criminal. La pequeña linterna sorda que llevaba a la cintura, añadía más verosimilitud a la sospecha. Al divisar el resplandor más de un asaltante se engañó creyéndolo un camarada o algún trasnochador que volvía a su guarida.

Pero al reconocer al santo popular le pedían perdón y advertían a los compañeros que olfateando una presa se preparaban a dar el golpe:

—¡ Dejad libre el paso! Es el señor Vicente.

—¡ Ah!, exclamaban estos decepcionados, con tanto respeto que Vicente confundido y entristecido, sólo atinaba a decir en agradecido tono de reproche :

—¡ Oh, amigos míos, amigos míos!

Como sabían bien cuál era el objeto de sus correrías muchos de ellos le ayudaban dándole indicaciones:

—En la encrucijada, a trescientos pasos de aquí, bajo el letrero del *Tiesto Florido*, encontraréis uno.

—Yo, señor, sólo puedo decir que ayer, pero un poco lejos, en la callejuela de las *Malas Palabras*, había dos que gritaban como marranos.

—¿Cómo?¡ Infelices! ¿Y no los habéis recogido sabiendo dónde vivo?¡ Infelices!¡ Malos hombres!

Ellos se defendían:

—¡ Si lo hiciéramos, señor, siendo tantos como son y con el trabajo que tenemos!... En fin, cuando tengamos ocasión así lo haremos por daros placer...

Y más de una vez estas gentes lo llevaban, o lo conducían de la mano a través del dédalo de calles estrechas que sólo para ellos carecían de misterio, hasta el montón de basura sobre el que habían visto algún niño abandonado. A veces estaban muertos y descompuestos, otras los habían robado. Si todavía respiraban, Vicente los arrebatava y huía como un ladrón. Perros hambrientos, gatos famélicos, ratas rabiosas, toda clase de roedores de carne fresca o en putrefacción, impedían que nadie se acercase a aquellas larvas humanas a punto de ser devoradas. Había que disputarlas a tientas, en invierno entre remolinos de nieve, en verano

entre nubes de murciélagos y mosquitos. A la idea de que en todos los suburbios del inmenso París, tantos corderos de Dios sembraban el suelo a punto de expirar y que sólo era posible salvar unos pocos, Vicente y sus compañeros que iban siempre a pie, se sentían desolados. Si pudieran disponer de uno o varios vehículos, les sería más factible limpiar de muertos y heridos este campo de batalla de los recién nacidos.

"Cada hora requiere su esfuerzo, su golpe de remo. Mañana pasaremos el Sena para recorrer otro barrio. Recorreremos la rivera izquierda alrededor de Saint-Germain... la calle de la Petite-Tivanderie y el bajo de la Montagne. Allí los habrá con seguridad. ¡Pero el asunto es llegar a tiempo!".

Estas y otras cosas se repetía Vicente a cada paso mientras llevaba su preciosa carga como si fuera el Santísimo Sacramento. Tropezando en las piedras, hundiéndose en el agua estancada y en el cieno, llega por fin a San Lázaro con los primeros fulgores lívidos del alba, donde esperaban su regreso hacía horas. El anciano llega agotado, pálido como un cirio o enrojecido, con las arterias de las sienas palpitantes. Sus mejillas empapadas en sudor y lágrimas Los zapatos y las medias enlodadas de la suela a la rodilla. El lodo acartonaba su capa, sin deshonrarla. Y cuando abría el manto y veía inanimados y hacinados a aquellos cuerpecitos de cabeza no más grande que un puño yacer entre sus pliegues como en una bolsa... ¡qué emoción! Los pequeños dedos, aunque débiles, se agarraban a las vestiduras bienhechoras con fuerza increíble: Con infinitos cuidados debía desprenderlas de la ropa que no querían soltar, como si los pobrecitos, en el fondo de su inconsciencia sintiesen el terror de ser arrojados al muladar. Algunos, acurrucados contra el pecho de Vicente, manoteaban el crucifijo. A muchos que apenas respiraban ni siquiera se atrevía a moverlos. "¡Pronto, traigan agua!", ordenaba. Y mientras derramaba sobre la frente tres gotas de agua, se extinguían para siempre en sus brazos como flores regadas demasiado tarde. Pero cuando por suerte parecían reanimarse, ¡qué ansiedad, qué apresuramiento! Los hacía llevar junto a un gran fuego, para que entraran en calor, se los bañaba y envolvía en pañales. De repente se escapaba un grito de la boquita entreabierta y una sonrisa borraba las muecas de dolor.

—¡Vive! ¡Vivirá!, exultaba Vicente levantándolo en sus brazos.

Y lo mostraba a los presentes como se muestra al pueblo entero un rey que acaba de nacer, los acariciaba mimosamente y con sus labios que jamás se posaban sobre rostro humano, los besaba. Besaba al Niño Jesús.

## SUS ÚLTIMOS DIAS

El señor Vicente ya en el tiempo de su robusta madurez, ofrecía aspecto de anciano.

A los cincuenta años representaba mucho más.

A los sesenta tenía el cabello completamente blanco.

A medida que en sus hábitos cada vez más amplios el cuerpo disgustado de la carne se consumía y desecaba, la cabeza ardiente aumentaba de volumen. La frente, de las más amplias que se han visto, tomaba una extensión impresionante. Las orejas, como distendidas y cansadas por tantas confesiones, alargaban sus lóbulos hasta el borde del cuello. Las mejillas hundidas, hacían resaltar el hueso de los pómulos como si fueran a traspasarlas. Del mentón arrancaba una barba puntiaguda de viejo marino, y la bondadosa nariz, famosa y

potente traía a la memoria la del anciano angelical pintado por Ghirlandaio y hacia el cual un hermoso niño extiende los brazos en ademán de abrazarlo.

Pero este pequeño defecto pasaba inadvertido ante la formidable frente de mármol luminoso a la cual parecía haber ascendido el antiguo vigor del cuerpo, de sus huesos y médulas para refugiarse allí y juntarse con el del espíritu, como se habían refugiado en la oquedad de sus ojos más profundos y vivaces que nunca los fuegos del corazón y los diamantes del alma.

Tres veces, en 1616, 1644 y 1649, estuvo gravemente enfermo, pero las tres veces, gracias a su fuerte constitución y a su voluntad de vivir, se restableció. Esta voluntad iba en disminución a medida que entraba en años, más en virtud de un deseo convertido en resolución que como consecuencia de su debilitamiento. A medida que la vida lo abandonaba, él no se abandonaba, pero se abstenía de luchar. Había en él una especie de resignación particular y definitiva, un *fiat* de serenidad. En el momento de recoger sus frutos, se recogía, para *merecer* hasta el último segundo y para sobreponerse a las torturas de su pobre cuerpo convertido en un "tejido de dolores".

Hacía treinta años que luchaba con sus piernas recargadas sin compasión. Para recorrer la campaña hubo de servirse de un caballo y más tarde para sus visitas en la ciudad debió usar la carroza que le impusiera la duquesa d'Aiguillon. Subía golpeándose el pecho como acusándose y diciendo:

"Esto es mi ignominia". Pero llegó un día en que sus piernas atormentadas y condenadas a tantas fatigas no le permitieron ni siquiera subir a la carroza. Hinchadas y cubiertas de úlceras, formaban una horrible llaga que mantenía oculta, impidiendo que le curasen. Verdad que era incurable. Sin embargo se procuraba curarlo de una manera poco apropiada para causarle mejoría.

A fin de detener el curso de la fiebre perpetua que soportaba, sobre todo durante los grandes calores estivales, se convirtió su cuarto en una especie de estufa. No se sabe cómo, estando tan extenuado, pudo soportar un calor capaz de ahogar a una persona joven y robusta. Cuando salía de este suplicio al cual se le obligaba tanto de día como de noche, la cama y las ropas estaban empapadas. Era retirado de aquel lecho de hospital anegado de sudor, como de un baño de vapor. Los humores que se detenían en las articulaciones mientras permanecía acostado, volvían a correr, causándole dolores indecibles y redoblando sus sufrimientos. Con todo, más maltratado y dolorido que Job, tuvo durante mucho tiempo la energía de levantarse todos los días a las cuatro de la mañana, *su hora*, para hacer oración junto con la comunidad y para presidir las conferencias del martes. Seguía recibiendo las damas de su amistad que acudían para tener el consuelo de escucharlo una vez más.

En cada visita se decía que podía ser la última. Pero en aquellos extremos, se sobrevivía, permaneciendo lúcido con una presencia y un dominio de espíritu como cuando se hallaba en plena presión de sus recursos. Dictaba o terminaba cartas para las Misiones.

Dos de sus últimas cartas están dirigidas a dos personajes, que por diferentes razones, le preocupaban grandemente: una a su protector y amigo el General de las Galeras, señor de Gondi, ordenado después de la muerte de su esposa; la otra a su antiguo y escandaloso discípulo el cardenal de Retz. El primero sufría humildemente el destierro en Clermont caído en desgracia de Richelieu. El segundo, a la sazón en Roma, avanzaba en el camino de la penitencia. No podían estar junto a él para recibir los últimos consejos del gran director

como hubiese sido su deseo, pero tenían el consuelo, al recibir sus cartas, de ver que no los olvidaba.

Recordaba todo y a todos, excepto al mal que le hubieran deseado. Su renunciación era cada vez mayor y rogaba a Dios que lo llevase pronto: "¿Por cuánto tiempo, Señor, me sufriréis todavía en la tierra?". Y Dios parecía escucharlo, no sólo despojándolo de día en día del limo que envolvía su alma, sino también retirándole uno después de otro los últimos puntos de apoyo que eran sus amistades más profundas, más tiernas y más antiguas...

La muerte del señor Portail, su venerable y querido discípulo, ocurrida poco después del fallecimiento de la señorita Le Gras, su hija predilecta, le advirtieron que el momento de partir se acercaba. Estos amigos le precedían para abrirle y mantener abierta la mansión del Padre. El cuerpo casi en ruinas, parecía irse acostumbrando al sepulcro, a la inmovilidad, a la corrupción. Vicente ya no podía caminar. Se servía de los brazos que aún podía mover para hacer ademanes hacia Dios. Pidió muletas y empuñándolas con rigor de enfermo exaltado, sin tolerar ayuda, él, el pastor de las Landas, ahora octogenario, se arrastraba victoriosos sobre estos otros zancos tan distintos de los de la infancia. Así iba hasta la capilla para oír misa y comulgar de pie, en equilibrio. Pronto las muletas no bastaron; caían de sus manos. Entonces se creyó satisfacerlo convirtiendo su cuarto en capilla. Pero se opuso protestando contra un honor del que se juzgaba indigno. Como esto significaba para él una gran privación, accedió a ser transportado a los oficios en una silla, y aunque el trayecto era breve y pesase menos que ésta, pedía perdón a los hermanos que lo llevaban, por la molestia causada.

Hasta entonces, a pesar de sus sufrimientos, no los dejaba traslucir, pero llegaron a ser tan agudos que le arrancaban ayes, de los cuales se lamentaba más que del mismo mal. La imposibilidad de hacer el menor movimiento en el lecho sin ser atravesado de horribles dolores, era lo más molesto.

Para que pudiera volverse le habían puesto una cuerda a poca distancia de la cabeza, anudada a una viga del techo a la cual se asía para levantarse o cambiar de postura. Esta simple operación era una verdadera tortura. Al verlo aferrado al extremo de su cuerda balancearse desesperadamente, se le hubiera creído un prisionero suspendido por las manos sometido al interrogatorio en la tortura. "¡Ah mi Dios, mi Salvador!", suspiraba dulcemente como si diera gracias a Dios por su martirio en vez de implorar el fin. Gemir no es quejarse. El jamás se quejaba ni quería, que nadie lo hiciera. Cuando le venía la tentación de hacerlo, la apartaba humillándose, acusándose de su flaqueza y de estar demasiado apegado a los bienes de este mundo. "¡Miserable de mí! Yo que tuve caballo y carroza, y que tengo todavía una habitación (paseaba su mirada sobre las paredes desnudas de su celda y sobre la chimenea) ... una habitación con calefacción! (Golpeaba su camastro como para castigarlo) ... un lecho con grandes cortinas! Yo que siempre he sido tan mimada y a quien nada falta, qué escándalo doy, señores y hermanos, a la Congregación! Y todo por este cuerpo de viejo pecador que un día de estos será enterrado y reducido a cenizas y que vosotros hollaréis con los pies!".

Al decir estas severas palabras, no hacía como muchos enfermos que las pronuncian por pura fórmula. No se hacía ninguna ilusión sobre su próximo fin. "Después que Dios le sufría sobre la tierra por más de ochenta años", sentía haber abusado de su bondad y que este favor no podía prolongarse. Una prueba de esta creencia suya era la preocupación de utilizar lo mejor posible los últimos instantes de su vida.

El 27 de agosto, un mes antes de su muerte, reunió "a sus hijas" para nombrarles una superiora en reemplazo de la señorita Le Gras. Pidió perdón a todos sus familiares por las faltas que creía haber cometido contra ellos y por los disgustos que les había causado. A veces caía en letargos tan profundos que era imposible volverlo en sí.

Armado de la pequeña cruz de madera que siempre le acompañaba y sobre la cual seguían fijos sus ojos cerrados, parecía no pertenecer más a este mundo, donde todavía respiraba. Reflejos y brisas celestiales parecían venir a acariciar la calma de su rostro.

Los que rodeaban el lecho o lo contemplaban tendiendo el cuello por la puerta, permanecían sobrecogidos.

Si los agonizantes reflexionan, piensan y meditan más de lo que se sospecha durante las pérdidas de conocimiento exterior, cuando todo se concentra en el interior, ¿en qué pensaría sino en su vida maravillosa?

Como Dios, que ve a la vez todas las cosas, veía y abarcábala en todos sus pormenores desde el comienzo al último instante. En esta visión adquiría la primera noción de eternidad. Todo su contenido desfilaba en el orden prescripto por el destino, no para inspirarle tristeza, escrúpulos, cándidos remordimientos, inocentes desesperaciones sino para tranquilizarlo y regocijarlo, ofreciéndole los frutos de los árboles que plantara y un poco de la miel celestial de la azul colmena por él formada.

Se veía nacer allá en las Landas y crecer... Veía el pequeño cortijo de sus padres, sus manos, sus rostros, sus ovejas... el Adour. Su entrada en el colegio de los Franciscanos... los libros... el latín. Es un joven alumno, más tarde maestro, diácono, sacerdote. Después un huracán de sangre y de fuego lo lleva a la cautividad de Berbería de arenas candentes, de azul profundo, de señores con turbantes. Aparecen las mujeres, la pagana tocada de la gracia, arrodillada... el *Super flumina*. . Luego la liberación... Roma... París... dos mundos que ya no le atemorizan, de horizontes tan claros como los de Dax y de Pouy. A cada momento cruza un rostro amigo, alguna de aquellas personas que en una forma o en otra han sido los personajes de su historia. Laicos, religiosos, palacios, ciudades, campos, desfilan ante él, y todos los campos donde labró, sembró y dejó tantas mieses que le ofrecieron sus espigas.

A medida que el número de rostros aumenta sucediéndose y en inmensa confusión, los va reconociendo tímidamente como si temiera espantarlos y ponerlos en fuga con sus muestras de alegría, porque no sabe con certeza si está despierto o no, si continúa en esta vida. Poco a poco la visión cobra contornos tan claros, que en su delirio aplica nombres y revive recuerdos: "¡Señora de Gondi! ¡ Señor general! ¡ Señora de Mignelais! ¡ Mis antiguos alumnos, mis maestros! ¡ Y nosotros, pastores y labradores junto con los príncipes y duques! He aquí mis ministros, mis cancilleres, mis capitanes, mis mariscales, mis cardenales! ¡ Bérulle, Retz, Richelieu, Mazarino!... ¡ Mis prelados —vestidos de rojo como mis galeotes!— ¡ Mis cómitres, mis enfermeros, mis carceleros!... Ilustre asamblea! ¡ Aquí están mis reinas! ¡ Mis tres reinas! Margarita de la que fui capellán, María de Médicis en cuyas bodas oré tanto, Ana de Austria que me hizo de su Consejo de Conciencia. ¡ Buenas y generosas Majestades! ¡ Dispensáis demasiado honor al más vil y al último de vuestros súbditos; os saludo avergonzado! ¿Es posible? ¿También reyes? ¡ Ah sois vos, Enrique tercero, bajo cuyo triste reinado nací y a quien veo ahora por vez primera! ¡ Y vos *mi* Bearnés, mi rey preferido, que me recibíais con tanta amabilidad, me decíais cosas tan bellas, y a quien contemplé muerto después que Ravailac...! ¡ Y vos, pálido rey Luis cuya pequeña mano tuve tantas veces entre las mías cuando vuestro padre os llevaba a presentar vuestras gentilezas a la reina Margarita!... ¡ Y

vos, señor Delfín, que seréis Luis XIV! ¡ Que el rey de los reyes, que impera en la tierra y en el cielo os bendiga! Y ahora, ¿quién más puede venir? ¡Ah, Señor, vuestra bondad es inefable, vos no olvidáis ningún detalle! Después de tantos favores me reserváis el más grande y precioso para el final, pues vos mismo cerráis la marcha resplandeciente, rodeado de representantes de todas las obras que me permitisteis realizar a despecho de la Liga y la Fronda, de las guerras, y de tantos flagelos. No falta ninguna: las cofradías de hombres y de mujeres... mis Hijas de la Caridad... mis buenas damas... mis buenos ricos... mis buenos pobres, mis misioneros, mis confesores, mis mártires, mis enfermos, mis galeotes, mis ancianos, mis niños abandonados!

Si he podido hacer todo esto, Señor, es porque vos me disteis los medios, las ideas, la fuerza. Mi misión está cumplida. Ahora voy a Vos. *Nunc dimittis...*".

Los circunstantes, entretanto, examinaban si aún respiraba. Al fin abre los ojos con tal aire de bienaventuranza que parece descender del cielo cuando todos creen que acababa de subir a él.

Al salir del largo sopor, explica con fina sonrisa: "Es el hermano que viene a esperar a la hermana". La hermana se acercaba. Estaba ya en la casa, subía lentamente las escaleras, deteniéndose en cada peldaño. Todos sabían quién era ella, pues no se ocultaba y la seguían de cerca. El 27 de setiembre llegó al piso de Vicente. Cuando entró en la pequeña celda, lo encontró sereno, sentado en su sillón. Estaba preparado. Acababa de recibir la extremaunción. Al verla, después de haberla llamado tanto tiempo, su rostro pasó del rojo púrpura al blanco de la nieve. Le acercan un crucifijo a los labios. Un beso... articula la palabra final: *Confido*, y muere *bueno y sencillamente*, como si aplicase el humilde método. En el reloj sonaban cuatro campanadas. Era la hora en que se solía levantar.

\* \* \*

Después de expirar su rostro no se alteró y su cuerpo quedó tan flexible como cuando vivía. "Los cirujanos que le hicieron la autopsia discurrieron mucho acerca de un hueso que se le había formado en el bazo, semejante a una placa de marfil. Muchos que conocían íntimamente al siervo de Dios, atribuían esta curiosa formación a la violencia con que combatía el humor sombrío y melancólico que le era propio por temperamento".

Permaneció expuesto dos días, con solideo y sobrepelliz, tal como siempre le habían conocido. Las exequias fueron sencillas, como lo había deseado. "La muchedumbre se dirigió en masa a la capilla mortuoria de modo que la vida de París se interrumpió por un día". El príncipe de Gonti, arzobispo de Cesarea, nuncio del Papa, numerosos prelados, grandes señores, damas de la nobleza, entre las cuales la duquesa d'Aguillon, asistieron en gran pompa; tras ellos le,, , demás nobleza: las buenas Hijas de la Caridad, los sacerdotes de la Misión, y todo el pueblo de los pobres que formaban la especial clientela del santo.

Su corazón fue guardado en un vaso de plata (él lo hubiera preferido de plomo) y su cuerpo depositado ante el altar, en la antigua iglesia gótica de la leprosería.

El epitafio reza así:

*Hic jacet*

*Venerabilis vir, presbyter Fundator, seu Institutor*

*Et primus Superior Generalis Congregationis Missionis*

*Nec non Puellarum Charitatis.*

*Obiit die 27 septembris anni 1660*

*Aetatis yero suae 85.*

La explosión de pesar fue unánime. En París, Reims, y en otras ciudades tuvieron lugar servicios solemnes a los cuales acudían de muy lejos para oír y pronunciar los elogios fúnebres de aquel que en vida sufría tanto al ser alabado Ahora que no estaba presente, nadie se privaba de expresarlos. Entre otros, el obispo de Pouy, Mons. Enrique de Maupas du Tour, pronunció un discurso de dos horas y bajó del púlpito sin haber terminado, "pues la materia, según expresó, era tan abundante que diera lugar a predicar un' cuaresma, entera". A pesar de su longitud, logró resumir y caracterizar excelentemente la obra de Vicente de Paúl al decir que "había cambiado la faz de la Iglesia".

Las voces que se elevaron de todas partes para expresar su aflicción o para emitir un juicio acerca de esta gran figura, se pueden condensar en algunas frases definitivas, tan justas como breves. "La Iglesia y los pobres, dijo la Reina madre, han sufrido una gran pérdida". "No he conocido a nadie, declara el príncipe de Conti, en quien halla brillado tanta humildad, tanto desprendimiento, tanta generosidad de corazón. El señor Piccolomini, nuncio en Francia, se expresa en los mismos términos.

La reina de Polonia, el marqués de Pianéze, los obispos de Pamiers, de Alep, cuantos prelados y sacerdotes pretendieron formular su pesar y su admiración se valie [...].

Hasta en los elogios, que Vicente no podía impedir después de su muerte, imponía la concisión y la simplicidad. La desesperación de los pobres que sólo atinaban a gemir "hemos perdido nuestro amigo", la silueta sombría de los galeotes murmurando entre cadenas: "ya no tenemos padre", hubieran sido, si los oyera, los más dulces a su corazón: los que sufrían más con esta pérdida eran los que menos lo sospechaban y que sin embargo lloraban como si lo supieran... los pobres niños abandonados. "En fin, concluiremos con Bossuet, hubo en su muerte infinidad de lágrimas".

## LO QUE DEJA

Los despojos de Vicente fueron depositados en el coro de la iglesia de San Lázaro.

Hasta 1712 reposaron en paz. En esa fecha, abierta la tumba, "se halló el cuerpo en perfecto estado".

En 1724, cuando fue beatificado por Benedicto XIII, fue extraído el sarcófago en una ceremonia especial e imponente, presidida por el arzobispo de París. Los muros estaban cubiertos de tapices, y en medio de las luces y de los cantos se hallaban presentes los miembros de la Corte; la reina de España presenciaba bajo un dosel.

El cuerpo fue depositado en la Cripta.

En 1729, una infiltración de agua causada por una inundación apresuró la descomposición del cadáver, bastante perjudicado en 1712 por el contacto del aire. Era, pues, necesario retirar de allí los restos del apóstol que fueron encerrados en una caja de plata y colocados

sobre el altar de la capilla, donde en 1737, año de su canonización, fueron objeto de insignes honores.

Durante cincuenta años acuden de todas partes a venerarlos y a implorar gracias.

En 1789 se desencadena, el ciclón. La multitud amotinada el 10 de julio, asalta las armerías se apodera del Palacio de los Inválidos. La noche del 12 al 13 se oyen los clamores de :—"¡ A San Lázaro!" como vociferará algo más tarde: — ¡A la Bastilla!".

Un puñado de asaltantes, no más de doscientos, pero tan eficaces para el mal como un ejército entero, invaden el edificio y se entregan a la destrucción más salvaje. Todo cuanto cae en sus manos es roto, destrozado, pisoteado, reducido a girones, arrojado por las ventanas, robado o llevado.

La caja de plata maciza, que contenía los restos del santo, ¿no excitaría la codicia y el furor de los facinerosos? Allí está sobre el altar, sin defensa alguna, expuesta imprudentemente a las miradas, en el esplendor del precioso metal, de los ornamentos, joyas y ofrendas que atraían los ojos, los brazos, los golpes, las hachas, el sacrilegio y la profanación. Sin embargo allí queda intacta. *t*, Cómo y por qué ? ¿Casualidad, olvido, distracción, negligencia? ¿Desconocimiento del lugar o más bien milagro?

El caso es que nadie toca la urna. En todas las narraciones del *desastre de San Lázaro* y en el del Padre Lamourette que fue testigo de los hechos nada se dice de la iglesia ni de los restos de Vicente.

Sin embargo todo lo referente a su persona y a la veneración de su memoria era muy a propósito para encolerizar a aquellos furiosos. Su estatua, esculpida poco antes y destinada al Louvre para que perpetuase sus rasgos y su recuerdo, se hallaba ubicado en un vestíbulo. Al descubrirla, exhalan un rugido de rabia y alegría; saltan sobre ella, la arrojan por tierra, la mutilan y la reducen a fragmentos. Le cortan la cabeza, aquella cabeza augusta y bondadosa, y la pasean en el (extremo de una pica después de haberla pintarrajeado de rojo para impresionar a los viandantes.

Cuando ya no es más que un muñón de mármol la arrojan en el estanque del palacio real.

Al mismo tiempo es invadida su celda. La reconocen inmediatamente, pues su pobreza la denuncia. En un rincón se conserva todavía el pobre lecho tan poco usado por él para dormir, su única silla vacilante como su dueño suspendidos de un clavo están sus vestidos remendados que denuncian la, forma, del anciano cuerpo, su sombrero desteñido por el sudor, su gran manto en el que tantos niños fueron rescatados, las medias de sarga de talonea perforados, el rosario recorrido por sus dedos, el breviario cargado de imágenes y marcado por las yemas de sus pulgares. En el ángulo descansa el bastón y en el extremo de la mesa el candelero de hierro enmohecido en el que todavía quedan restos del cirio que alumbró su agonía y cuya llama fue apagada en el instante en que él se extinguía... Todos estos humildes objetos convertidos en reliquias y que conservados allí hablaban al corazón y hacían subir al cielo las plegarias, fueron también despedazados, profanados, y arrojados al fango.

Felizmente la urna se salvó del diluvio. Pero en 1792 la Revolución la confiscó como propiedad nacional y los huesos, colocados en una pequeña caja, y remitidos a un notario, en cuyo estudio quedaron olvidados en depósito hasta 1804. De 1804 a 1830 fue encomendada la custodia de los mismos a las Hermanas de la Caridad, primero en la calle Vieux Colombier y más tarde en la calle Bac. En 1830, en solemne ceremonia son llevados a



la casa madre de la Misión, calle de Sévres. Después, de 1909, la ley de separación los envía al destierro.

¿Dónde encontrarles un lugar seguro?

En Bélgica. En este país tranquilo y neutral, preservado de conmociones, nada iría a turbar su reposo... Pero llega 1914 y la violación de las fronteras. Los Padres Lazaristas consiguen atravesar con el sarcófago las líneas enemigas y llevarlo a Inglaterra. Allí permanece hasta 1919, en que vuelve a ocupar su legítimo sitio en la capilla de la Misión de la calle de Sévres, sobre el altar.

Después de haber soportado tantas revoluciones y guerras, tantos viajes por tierra y mar, entre la sangre y las bombas, tantas idas y venidas en carros, trenes, autos, barcos y tal vez aviones, ¿habrán encontrado los frágiles despojos de Vicente el lugar de su reposo definitivo? Bien lo merecería. Ojalá pudiéramos aplicarles las palabras de aquel epitafio que se lee en las tumbas de las antiguas catedrales:

*Hic molliter ossa cubant in aeternum! Cubant, es verdad, ¿pero será in aeternum?*

Qué es nuestro *aeternum*, el que nosotros concebimos y llamamos tal? Nada; menos que nada. El y nosotros somos incompatibles.

¿Pero qué importa este menoscabo del cuerpo que vale tan poco? Lo que jamás pasará, aun cuando no quede un puñado de las cenizas de Vicente, será su obra viviente e inmortal como su memoria. Hijo de la tierra, de *nuestra* tierra, pastor durante setenta años, sacerdote, educador, fundador incomparable y misionero incesante, director seguro del espíritu, orador íntimo capaz de conmover sin artificio al auditorio, escritor elegante y castizo, fue en todos los órdenes de ideas, de sentimientos, y de obras, un realizador acabado y magnífico... siempre sereno y constante como un maestro dócil a las órdenes de la Providencia. Todas sus empresas alcanzaron el éxito. Admiremos y veneremos en él una de las mayores glorias de Francia. Canonizamos a nuestro santo *nacional*, alma de oro y de lis, maravilla de amor, que Dios creó pensando en su Hijo —como añade un ángel a su Paraíso o una estrella a su firmamento— y que deja caer entre los hombres para probarles su existencia.